

REVISTA DE DEBATE POLITICO Y TEORICO
EDITADA POR EL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

N.º 138 FEBRERO 1987
300 PTAS.

Nuestra Bandera



El crepúsculo del reaganismo

■ Manuel Ballester, José Luis Gonzalo

El pleno empleo como objetivo

■ Antonio Bassolino

la URSS
GORBA de
CHOV

Cine español. Dirigido por Pilar Miró

■ Carlos F. Heredero

La novela española prefiere el olvido

■ Rafael Conte

■ Damián Pretel, Zdeňek Mylnar,
Stephen F. Cohen

CONSEJO DE REDACCION

Eulalia VINTRO - Directora
Daniel IRIBAR - Redactor jefe
Luis ARROYO
Esther BENITEZ
José Luis BUHIGAS
Antonio GUTIERREZ
Francisco HERRERA
Salvador JOVE PERES
Antonio KINDELAN
Daniel LACALLE
Jordi LOPEZ
Damián PRETEL
José SANDOVAL MORIS

2

CONSEJO ASESOR

Emerit BONO
María Antonia CALVO
Andreu CLARET
Ramón ESPASA
Agustín MORENO
Fernando PEREZ ROYO
Nicolás SARTORIUS

Edición y cierre:

Aida F. VAZQUEZ

Maqueta y confección:

Javier URBEZ

Administración, Distribución

y Secretaría de Redacción:

María GARCIA OSET

Redacción y Administración:

Santísima Trinidad, 5. 28010 Madrid

Teléfono 446 11 00. Ext. 173.

Imprime:

EDISSA. Santiago Estévez, 26
28019 Madrid

Depósito legal: M.20.166-1977

EN PORTADA: Reaganismo en crisis

- Liberalismo, la ilusión perdida. *Manuel Ballester* 4
- El crepúsculo no favorece a Reagan. *José Luis Gonzalo* 9

ESPAÑA

- Renovación de la democracia. *Gerardo Iglesias Argüelles* 14

INTERNACIONAL

- Chile en el corazón. *Luis Arroyo Zapatero* 16
- La paz renacerá en Palestina. *Carlos Carnero* 20

PROBLEMAS DE HOY

- Importancia fundamental del pleno empleo. *Antonio Bassolino* .. 26

DOSSIER: La URSS de Gorbachov

- La reforma política en la URSS. *Damián Pretel* 34
- Un aspecto de la reforma económica. *R. M.* 40
- Los cambios necesarios. *Zdenek Mylnar*..... 41
- Los opositores vistos desde EE.UU. *Stephen F. Cohen*..... 48

LA FRONTERA

- Hay individualismo e individualismo. *Salvatore Veca*..... 53

CULTURA

- El cine español al advenimiento del PSOE. *Carlos F. Heredero* .. 56
- Metamorfosis y alienación en Kafka. *María Cándor Orduña* 62
- Diez años del punk. *Alberto Gómez* 66
- ¿Nuevo planteamiento frente a consolidación del poder local?
Teresa Arenillas 70
- La novela española prefiere el olvido. *Rafael Conte* 75
- Desde el feminismo. De la igualdad y la diferencia. *Rosa Pardo* . 80

HISTORIA

- Vivencias de la guerra civil. *Santiago Alvarez* 82

Carta de la redacción

Querido lector:

Los guionistas de la película han cambiado los papeles: ahora el bueno es el malvado inquilino del Kremlin y el malo es ese simpático vaquero de Washington; los espectadores, para seguir el argumento, tendremos que suponer que se ha producido un declive del liderazgo americano y, en paralelo, una renovación del liderazgo soviético.

Los cambios comenzaron cuando la nueva dirección del PCUS fue capaz de proponer iniciativas políticas modernizadoras: cada paso adelante del equipo de Gorbachov restringía el margen de credibilidad de los elementales mensajes ideológicos del reaganiano dogmatismo liberal. NUESTRA BANDERA adivinó pronto el sentido de lo que nacía en Moscú; probablemente fue la primera revista de este país que supo leer qué podía significar el relevo en la dirección del PCUS (ver número 132, diciembre 1985). Hoy continuamos: este número de NUESTRA BANDERA dedica una buena parte de sus páginas a analizar desde distintos puntos de vista las causas y consecuencias del nuevo escenario en que se representa la política internacional (páginas 4 a 13 y 34 a 52).

La crisis en la Casa Blanca no parece desacreditar todavía a esa reaccionaria doctrina política a la que se viene llamando reaganismo; de momento es una crisis de imagen que, eso sí, socava las bases sobre las que el presidente había construido un consenso social en torno a su liberalismo dogmático; ¿cuál será ahora la evolución de la opinión americana?; ¿se puede prever ya un relevo en las ideas allí dominantes?

Las manifestaciones de estudiantes en las ciudades de Europa del sur pueden constituir un primer anuncio de esa situación de incertidumbre propia del final de una coyuntura. NUESTRA BANDERA quiere ofrecer a sus lectores algunos análisis de los movimientos juveniles para que comience el debate: de Manuel Ballesteros en relación con la crisis del liberalismo de signo reaganiano (página 4); de Alberto Gómez en relación con una de las expresiones culturales más genuinas de la sensibilidad juvenil de la época anterior, el punk (página 66); y del Salvatore Veca que nos plantea sus dudas sobre el habitual rechazo de la izquierda a una de las señas de identidad del actual movimiento juvenil: el individualismo (página 53).

También en España el movimiento estudiantil ha estado en la calle hasta que consiguió un satisfactorio acuerdo con las autoridades. El acuerdo fue posible por la fuerza del movimiento y porque éste se marcó objetivos compatibles con el programa y con las ideas del Gobierno; los jóvenes pusieron así todo su peso en los debates del Palacio de la Moncloa, inclinando la balanza a su favor. Algún comentarista ha deducido de esos días de lucha la posibilidad de afirmar «una línea política orientada a moderar el poder socialista, no a arrebatarlo. Tal vez esa línea —continúa— podría agrupar fuerzas suficientes como para, sin desmentir una vocación modernizadora y reformista, resultar determinante en la política que desarrollen los socialistas, como en el ejemplo de los estudiantes».

¿Podría afirmarse alguna iniciativa similar en relación al problema del paro?

NUESTRA BANDERA inicia en el número que ahora presentamos una atención continuada a este problema; pretendemos aportar así lo que podemos —artículos, debates, ideas— a la solución de este primer problema nacional (y europeo): el paro de masas (página 26).



▶ El movimiento estudiantil expresa un cambio de sentido de la actual coyuntura: lo que fue un período en el que la iniciativa ideológica y política estuvo en manos de los círculos más arrogantes y agresivos del capital parece cerrarse con el desplome de la impetuosa marea de los sectores más decididos y radicales de la izquierda y de la desertión de los elementos más frágiles y oportunistas, absorbidos y como tragados por el rutilante torbellino del espejismo liberal. Los primeros crujidos de lo que empieza a parecer un desfondamiento se oyeron con motivo de la

ni tan nulo ni tan inocuo como al principio se había dicho.

Poco después, una vez más (Watergate) por bien medidas indiscreciones que la prensa divulgó, resonó un verdadero halali contra el *ex-carismático* y *gran comunicador*, *leader* de las iniciativas belicosas y liberales, R. Reagan. Todo ello han sido los síntomas precursores del desfondamiento de las altas presiones liberales de que hablábamos. El movimiento estudiantil le ha dado la puntilla a un toro que se arrodillaba; no digo que no pueda levantarse ni volver a embestir, pero su vigor ya está altamente mermado.

Lincoln decía que «*puede engañarse durante cierto tiempo a todo el mundo y todo el tiempo a algunos, pero es imposible engañar todo el tiempo a todos*». Y eso es lo que está ocurriendo. Con el apoyo logístico de *unos media potentísimos* y con la oportunidad que brindaban las insuficiencias y el enorme retraso democrático de las sociedades del *socialismo real*, la contraofensiva liberal se desencadenó años atrás explotando con habilidad, en el plano ideológico, *las tensiones reales que habían brotado en las sociedades occidentales hacia un más alto nivel de civilización y de autonomía ciudadana*. Sobre la base de un auténtico y contradictorio movimiento de emancipación, tanto en el área del consumo como en el de la producción, el presidente Carter desarrolló la gran iniciativa de la lucha por los derechos del hombre y *simultáneamente éstos fueron definidos en términos aceptables y adaptados a las sociedades burguesas*, excluyéndose de la tabla aquellos que, aunque basilares, la sociedad capitalista no puede en modo alguno asegurar: el derecho al trabajo, al alojamiento, a la educación. La maniobra de Carter tendió a identificar respeto de los derechos humanos y democracia occidental.

Esta operación mistificadora está en la raíz de la valoración exclusiva, excluyente y obsesiva de

Liberalismo, la ilusión perdida

Manuel Ballester

cumbre en Reikiavik las ofertas de desarme de la parte soviética chocaron con la tozuda voluntad americana de proseguir en una estrategia de rearme a ultranza, vía *guerra de las estrellas*. La *inmensa mayoría de la prensa*, en aquel entonces, tan cercano todavía, trató de ocultar las negativas de Reagan, insistiendo en lo *inocuo* y *sin interés* de las propuestas, contrapropuestas y del encuentro en general. Poco a poco comenzaron a aparecer juicios de muy distinta naturaleza; por parte de los observadores occidentales empezaron a aflorar verdaderas inquietudes acerca del impacto que pudieran tener aquellas presuntamente «vacías» conversaciones. En una colaboración del parisino «Le Monde» se decía sin tapujos que las propuestas e iniciativas soviéticas en materia de desarme podían crear una situación difícilmente controlable; resultaba así que el balance de Reikiavik no había sido

REAGANISMO EN CRISIS

uno solo de los términos del lema de la revolución burguesa: *la libertad*, silenciándose los otros dos (egalité y fraternité), incompatibles con el funcionamiento jerarquizador y atomizador de la totalidad social capitalista. Durante dos lustros el latiguillo de la libertad, fantasmal y sólo soñada por falta de condiciones reales para su goce y su ejercicio, ha intentado sofocar de antemano cualquier reflexión, cualquier cuestionamiento histórico-social. En los últimos años, intoxicados con su propia adormidera, los políticos, ideólogos y demás domésticos de la clase dominante se han embarrado y atascado en los más chuscos sinsentidos; la muletilla de la libertad brotaba viniese o no a cuento. Pero como todas las cosas humanas tengan su fin, también ese espejismo mediocrementemente liberador había de desgarrarse y disiparse en el viento. El progreso de *desengaño* ha seguido un paradójico curso: *el enorme potencial de fe infundada, se ha trocado en sú-*

bita descreencia, en explosivo desencanto.

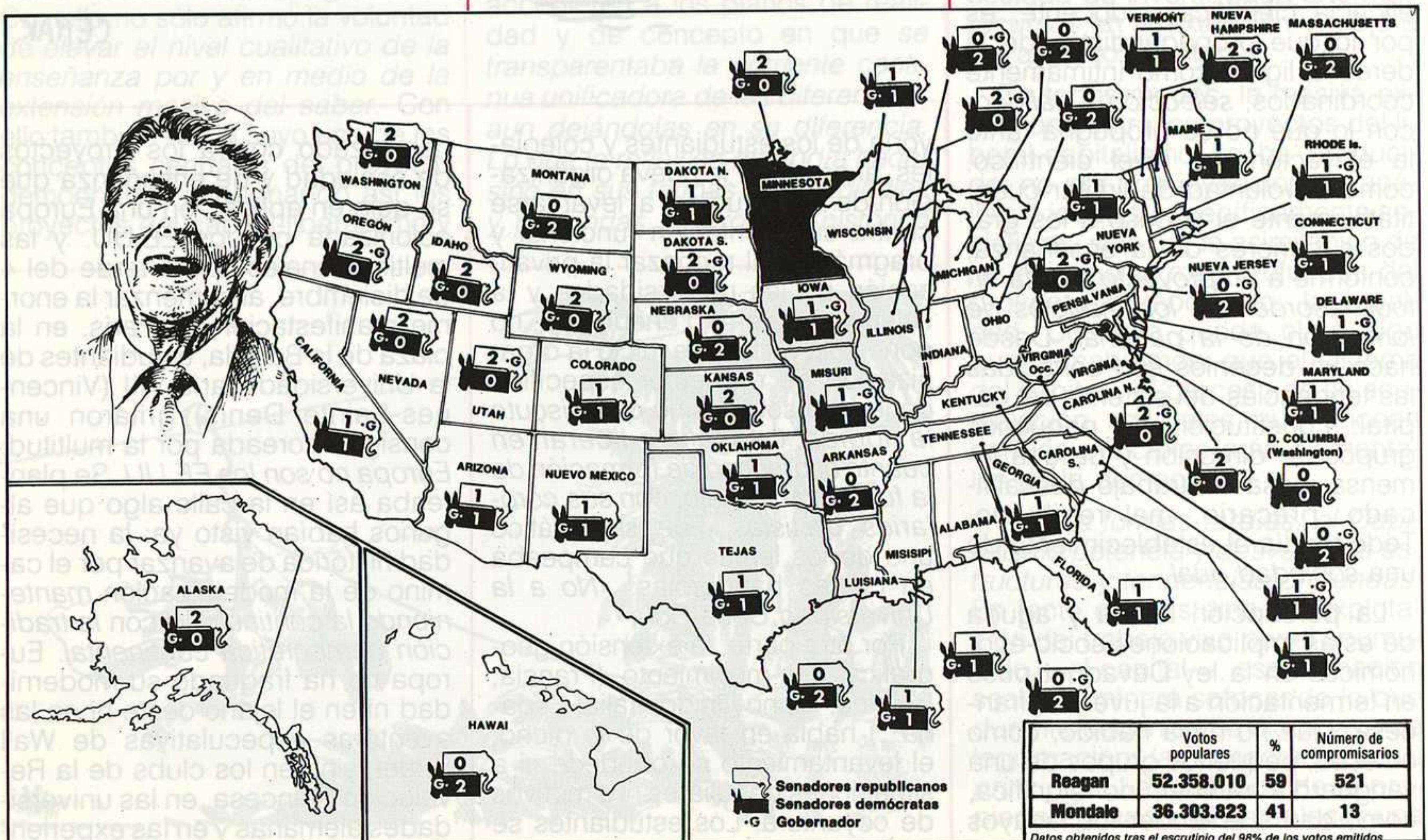
El crack de los estudiantes

Las generaciones nacidas y criadas bajo la égida liberal, desprevenidas e ingenuas, asumieron el credo que se les predicaba; tanto más doloroso fue el despertar. *Sociedad de libertad* que, de pronto, pretende dirigir despótica o pecuniariamente el flujo de estudiantes, conforme a opciones ante las que los interesados no tienen más que callarse. *Sociedad de abundancia* que atiborra sus escaparates, sin que muchos sepan para quién, ya que el paro los expulsa fuera del número de posibles consumidores. *Sociedad de consumo* que tiene que multiplicar las olvidadas *sopas populares para los nuevos pobres*. *Sociedad de expansión* «cultural y estética» (postmoderna), de inflación de lo lúdico y gratuito, que de pronto

contabiliza, entre aria y recitativo de ópera (bufa), millones de analfabetos funcionales o totales. Tales desajustes, semejantes contradicciones, tan brutales diferencias entre *lo pintado* y *lo vivo* tenían que desencadenar bruscos fenómenos de toma de conciencia, amargos despertares. Así se ha cocido, creo, el gran movimiento estudiante.

Ese proceso de desencanto y de desmitificación indica que con la rebelión de la juventud se han derrumbado lienzos enteros de la fortaleza ideológica liberal. La insurrección estudiantil podría muy bien denominarse «*de las ilusiones perdidas*», y esas ilusiones constituían el centro del dispositivo hoy en ruinas. *Toda una generación acaba de escapar al embrujo.*

Sólo ese despertar puede explicar uno de los rasgos del movimiento; su carácter masivo desde el principio. En mayo del 68 el mecanismo fue otro: grupos radicales entraron en movimiento, fueron



brutal y estúpidamente reprimidos; las mayorías inertes pasaron a la acción por *solidaridad*. No así en este diciembre de 1986. Una universidad del norte de París, aislada y solitaria, lanza la huelga y de pronto todo se enciende sin que el estado policial haya blandido una sola porra. El movimiento se enraíza en motivos no accesorios ni de coyuntura, y tiene su origen en la *impugnación de un proyecto pedagógico*, y a través de él, en un rechazo del *proyecto de sociedad liberal*.

La crisis del sistema, con más de un decenio a la espalda, y *las dificultades con que choca la acumulación del capital*, así como la necesidad histórica de encajar la revolución técnica, hicieron ineludible una reforma radical del aparato escolar. Ese sistema tenía que adecuarse, en lo que respecta al contenido de las formaciones y a su jerarquización, a las exigencias que se desprenden de la dinámica del capital y del tipo de sociedad que éste segrega. Por esa determinación, y no por motivos de eficacia científica o docente, es por lo que propagandistas de la derecha ligan, como íntimamente coordinados, *selección y calidad*, con lo que no se propugna tanto la elevación del nivel científico, como la voluntad de limitar cuantitativamente el acceso a los grados superiores de la enseñanza, conforme a un *proyecto elitista en todo acorde con los modelos de formación de la patronal*. Desde hace ya decenios son conocidas las tendencias del sistema del capital: constitución de pequeños grupos de dirección y de una inmensa masa de trabajo descalificado, precario, mal retribuido. Todo tendía al establecimiento de una *sociedad dual*.

La percepción lúcida y aguda de estas implicaciones socio-económicas en la ley Devaquet puso en fermentación a la juventud francesa. Que no haya habido, como en el 68, pequeños grupos de una vanguardia radical, no significa, como dan a entender los lacayos

de la pluma y del chaleco de rayas, que en el movimiento no haya contenidos de impugnación social. Al contrario, la inmensa ma-



yoría de los estudiantes y colegas, al combatir la nueva organización de los estudios, al levantarse contra su orientación funcional y pragmática, al rechazar la privatización de las universidades y la selección abierta o encubierta, no pone sólo en tela de juicio la organización de un sector específico de la vida social, sino que *discute la lógica capitalista-liberal en cuanto al proceso de formación de la fuerza de trabajo, con sus corolarios elitistas*. Fue sintomático uno de los lemas que campeaba en ciertas banderolas: «*No a la Universidad Coca-Cola*».

Por otra parte, la extensión geográfica del movimiento (Francia, Bélgica, Reino Unido, Italia, España...) habla en favor de lo dicho; el levantamiento no obedece ni a situaciones peculiares ni a motivos de coyuntura. Los estudiantes se

han alzado contra los proyectos de sociedad y de enseñanza que se quieren aplicar, en una Europa colonizada por los EE.UU. y las multinacionales. En la tarde del 4 de diciembre, al comenzar la enorme manifestación en París, en la plaza de la Bastilla, estudiantes de la Universidad París VIII (Vincennes-Sainte Denis) gritaron una consigna coreada por la multitud: *Europa no son los EE.UU.* Se planteaba así en la calle algo que algunos habían visto ya: la necesidad histórica de avanzar por el camino de la modernización *manteniendo la continuidad con la tradición democrática continental*. Europa no ha fraguado su modernidad ni en el lejano oeste ni en las aventuras especulativas de Wall Street, sino en los clubs de la Revolución Francesa, en las universidades alemanas y en las experien-

cias insurreccionales de los movimientos socialistas.

No es casual que a nuestro personal político, en gran medida educado y domesticado en EE.UU., sean los estudiantes quienes hayan de recordarles esa tradición europea. Las nuevas generaciones, masivamente escolarizadas, dotadas de un sentido crítico y de una autonomía de juicio de que carecen sus mayores precisamente por haberse educado en la atmósfera pedagógica que impuso mayo del 68, brutalmente golpeadas por la crisis, menos integradas que los adultos en la túnica de Nesso del *consenso democrático*, esas generaciones ponen en tela de juicio esta sociedad.

Libertad... e igualdad

El movimiento estudiante, en su combate contra el selectivismo elitario liberal, echó mano de uno de los tres vocablos del lema republicano revolucionario: *Igualdad*. Con ello no sólo afirmó la voluntad de *elegir el nivel cualitativo de la enseñanza por y en medio de la extensión masiva del saber*. Con ello también hacía suyo uno de los conceptos centrales del proyecto democrático, impugnando así los proyectos del capital-liberalismo y

zambulléndose en las aguas de la tradición europea. De este modo se producía un cambio significativo en la *articulación y orientación del movimiento general de oposición*.

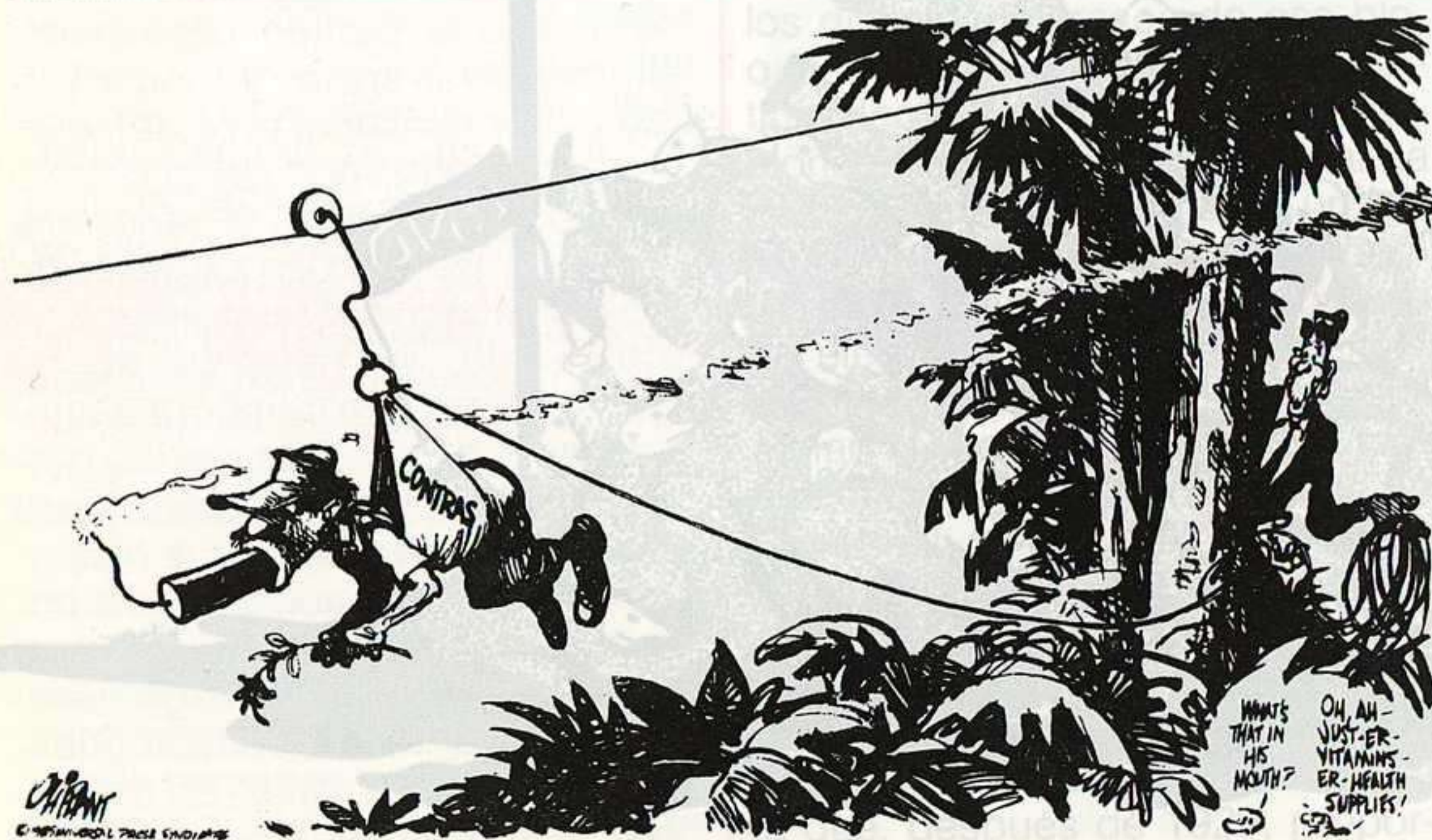
Desde la gran crítica que Marx realizó de los derechos (burgueses) del ciudadano, de la igualdad política, de la llamada *democracia formal*, el movimiento socialista definió el proceso de liberación social en una oposición más o menos marcada, y desde luego en una clara diferenciación respecto al simple impulso democrático. Recuérdense las académicas «lecciones» de Della Volpe sobre *Rousseau o Marx*. En un pensamiento de envergadura como el de Lenin, la conexión *democracia-socialismo, aunque anidada en el fondo de su visión*, no aparecía en términos de *nexo-de-esencia*. Sólo audaces pensadores de la talla de Bloch, capaces de escrutar en las profundidades y por encima de las diferencias de la «letra», accedieron a los planos de realidad y de concepto en que se *transparentaba la corriente continua unificadora de las diferencias, aun dejándolas en su diferencia. Lo que la reflexión no podía hacer sino en sus formas más radicales y profundas, el proceso histórico*

lo ha llevado a cabo en consignas y manifestaciones. Me refiero a la ligazón que existe, *en el seno de un proceso histórico único*, entre democracia y socialismo. No que esos momentos en el movimiento de liberación puedan identificarse hasta confundir sus perfiles; sí, en el sentido de que se trata de «*momentos dentro de una misma corriente histórica*».

En el movimiento estudiante esa conexión ha sido evidente. En nombre de la idea de igualdad y de la noción de servicio público abierto a todos los ciudadanos, los estudiantes han rechazado la argumentación falaz que, con hipocresía sutil, pretende que la selección de los estudiantes es condición de la calidad de la enseñanza. Como si cerrar las puertas de las universidades pudiese elevar el nivel de la docencia; como si el problema no estribase en elevar el nivel cultural de la población en su conjunto, *como vivero y ocasión de emergencia de las altas calificaciones*, con la consiguiente necesidad de invertir cada año más recursos en la extensión y mejora del aparato escolar.

De todos modos, la masiva explosión contra los proyectos del liberal-capitalismo se ha producido, no por una inyección de análisis e ideales específicamente socialistas, sino por la asimilación de las exigencias más profundas del proyecto democrático: la *Igualdad*. Con ello queda claro algo que ya sabíamos: que el sistema del capital y el proceso de su acumulación son tales que chocan con los principios más elementales de la democracia.

En sus formas tardías, el Capitalismo potencia y desvela sus estructuras y tendencias profundas. En tanto que sistema de explotación del trabajo vivo por el acumulado —el capital—, esa formación social terminará sofocando lo que durante decenios ha sido base de legitimación: la democracia y sus principios. La dinámica de la propiedad privada, al establecer una



diferencia y la exclusión de los no propietarios en el plano económico, tiende cada vez con más fuerza a implantar, *incluso en el dominio de las realidades formales, ciudadanas*, los principios que predominan en esa sociedad civil. La antigua mediación de la diferencia social por las instancias políticas *necesariamente tiende a desaparecer*; ahí el proyecto ultraconservador de *menos Estado* y la privatización de los servicios públicos.

Estos fenómenos de brutal involución histórica tratan de legitimarse con una ideología de la *libertad* desvinculada de todo proyecto igualitario. El liberalismo entra con ello en una espiral de paradojas y contrasentidos, puesto que la noción de libertad eminentemente *política* y no-natural («el deber-ser no se da en la naturaleza», decía

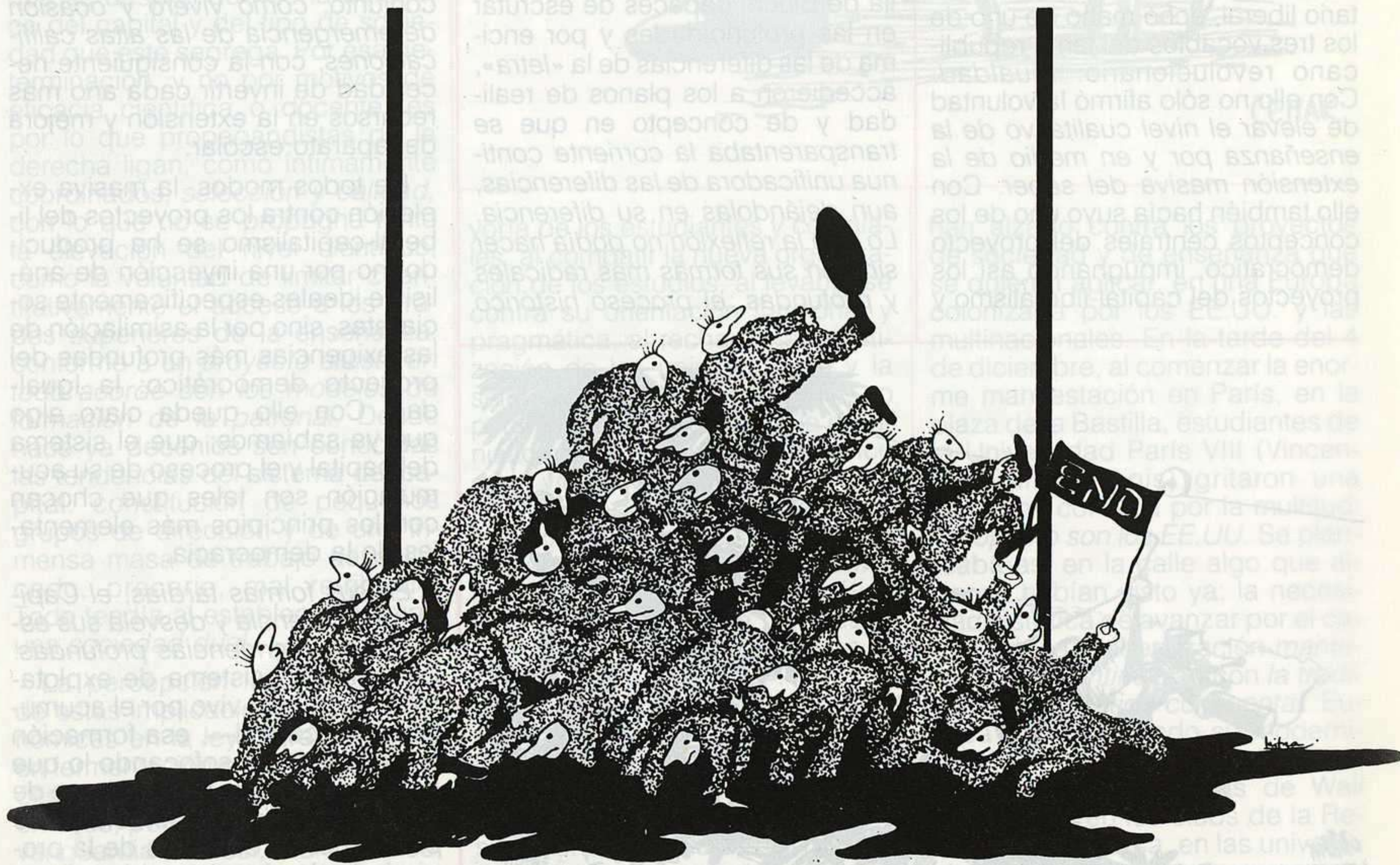
Kant) se deshace de su contenido propiamente político (*ligado por ello a la igualdad*) y se afirma como *libertad de la Nature, no de la sociedad*. El liberalismo se instala en una esfera de realidades y conceptos *naturalistas* que lo transmuta en una doctrina simplemente legitimadora de la desigualdad social y del *poder de las élites*. Estas últimas no se asientan más que en el *ejercicio fáctico de ese poder*, es decir, en una situación de hecho que tratan de perpetuar y que sólo por perpetuarse presenta visos de justificada.

En estas condiciones la tensión democrática hoy es el centro del dispositivo teórico y real de la oposición al sistema capitalista.

Esta situación del proyecto democrático arrastra consigo consecuencias de peso en cuanto a la

perspectiva histórico-política. En primer lugar se descarta para Occidente cualquier tipo de socialización que suponga un recorte del área de intervención democrática de los ciudadanos.

Pero no sólo los caminos divergen respecto a los seguidos en las experiencias socialistas anteriores, *también los objetivos son diferentes: los métodos de socialización deben ser pensados a la luz de nuestra tradición histórica y en el cuadro de las conquistas democráticas ya alcanzadas*. Lo que sigue siendo idéntico es la presión anticapitalista, antiburguesa, liberadora.





Las fuerzas conservadoras que apoyaron el ascenso de Ronald Reagan veían a su futuro presidente como a un nuevo Roosevelt de la derecha, ni más ni menos: su Ronald Reagan iba a ser el portavoz de una nueva filosofía política, el promotor de un giro histórico en la política internacional; no iba a ser uno de tantos presidentes destinados a sufrir el inevitable desgaste del poder: iba a ser el fundador de una nueva era.

El presidente Roosevelt, des-

cionó Roosevelt desde el reformismo keynesiano. En tal renovación reaccionaria y en su nueva filosofía se iba a cimentar el inicio de un largo período restaurador; tal renovación uniría un nuevo bloque social conservador que en lo político debería atraer a la derecha «neoconservadora» del partido demócrata.

Este sueño, verosímil hasta hace poco, comienza a mostrar algunas grietas.

Las elecciones de noviembre fueron el primer aviso: mostraron un cierto declive del liderazgo del profeta de la derecha. Las consecuencias del *Irangate* pueden terminar de socavar los cimientos del pretendido período restaurador. Si hubiera sido otro el protagonista de las elecciones de noviembre, si sus ambiciones fueran más modestas, no sería justo hablar de un fracaso: ocho sedes perdidas en el Senado, un poco menos en la Cámara (donde la mayoría demócrata crece hasta 55 sedes contra 45 republicanas) no es un debacle; los predecesores de Reagan que han permanecido seis años en la Casa Blanca han salido todos peor de esta prueba (con la excepción de Franklin D. Roosevelt, el modelo a imitar, precisamente). Pero el voto del 4 de noviembre tenía que garantizar la continuidad del reaganismo, tenía que permitir al presidente transmitir la herencia al sucesor; por eso Reagan había planteado estas elecciones como un referéndum sobre el reaganismo. Desde este punto de vista habrá que juzgarlas.

Pues bien, este «Roosevelt de la derecha» ha perdido el referéndum: ha perdido la mayoría en el Senado y deberá vérselas con un Congreso hostil. Su mayor decepción: no lograr que el partido republicano se haya convertido en el partido mayoritario del país, en la organización hegemónica que pudiera mantener la *revolución con-*

El crepúsculo no favorece a Reagan

José Luis Gonzalo

pués del colapso de 1929, unió en un amplio bloque a sindicalistas, intelectuales, población de algunos Estados de la Unión, clases medias e industriales modernizadores. Su filosofía política, una variante del reformismo keynesiano, proporcionó al partido demócrata la doctrina con que mediar entre los distintos intereses de ese bloque y así mantenerlo unido. El partido demócrata estuvo en condiciones, entonces, de dominar la política americana durante un largo período; incluso con presidentes republicanos logró el apoyo de los electores. Más tarde, los presidentes Kennedy y Johnson reforzarían la cohesión de aquel bloque social formado en los años de Roosevelt.

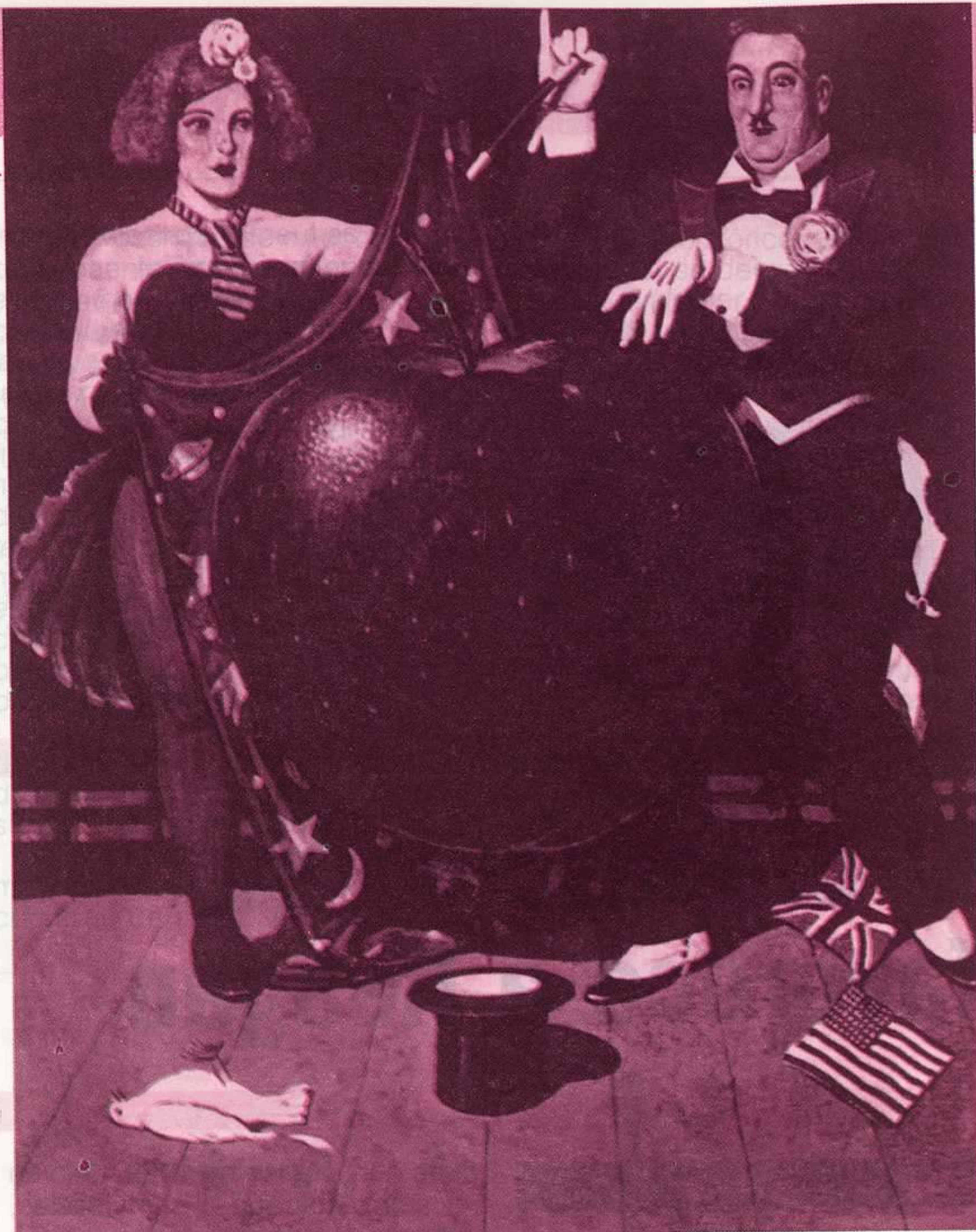
Para los conservadores que rodeaban a Reagan, éste iba a ser el líder capaz de proporcionar desde la reacción una renovación del sistema capitalista análoga a la que, después de 1929, propor-

servadora iniciada con la victoria de 1980.

Los demócratas han mejorado sus resultados a pesar de la campaña electoral de un presidente que goza de extrema popularidad y que ha usado repetidamente sus dotes cinematográficas para solicitar la ayuda de los electores en su «última campaña».

Sin embargo, de los resultados de las elecciones no es posible deducir el definitivo reflujo del reaganismo. Un motivo de cautela: la naturaleza de las instituciones políticas americanas potencia el carácter local de las elecciones de la mitad de la Presidencia. Si a eso añadimos que sólo ha votado el 38 por 100 de la población adulta con derecho a voto —la segunda cifra más baja desde el final de la guerra—, y que la mayor parte de las sedes perdidas por los republicanos lo han sido por un estrechísimo margen de votos, la cautela a la hora de interpretar los resultados es obligada. Unas mínimas oscilaciones habrían podido transformar la sustancial derrota republicana en una sustancial victoria: en el sistema electoral americano leves cambios en la participación electoral o en la preferencia de los electores pueden erróneamente aparecer como sustanciales cambios de orientación de la opinión.

Inclina también a no deducir apresuradamente de las elecciones de noviembre el definitivo reflujo del reaganismo, el prolongado estado de confusión de los demócratas. Los demócratas no han ofrecido en estas elecciones una plataforma nacional (ni parecen poseerla). Se han apoyado en problemas locales y han evitado cuestiones de alcance nacional. El partido demócrata, en cuanto tal, no tiene una posición propia ante los principales problemas del país; cuando los candidatos individuales la tienen, hablan por sí mismos, no por el partido. Los nuevos senadores demócratas expresaron en campaña posiciones



muy diferentes según el Estado al que aspiraban a representar; alguno de los senadores demócratas que han asumido la presidencia de los comités del Senado son al menos tan conservadores como sus predecesores republicanos; en la medida en que decidan una política para su partido a través de la presidencia de los comités del Senado es improbable que den a luz una imagen más liberal de la política americana.

En resumen, podemos deducir tres conclusiones del análisis de las elecciones de noviembre: en primer lugar, que el retroceso republicano significa menos de lo que parece; en segundo lugar, que mientras Reagan conserva su popularidad —el reaganismo como ideología de un giro a polí-

ticas cada vez más conservadoras—, ha perdido atractivo; y en último lugar, que, paradójicamente, el reaganismo todavía tiene inmovilizado al partido demócrata, falta de coherencia: su incapacidad para desafiar al presidente es un signo inequívoco del profundo cambio producido en el panorama político americano en los años de Reagan; aunque el reaganismo ha retrocedido, su herencia no ha muerto; el partido demócrata cantó victoria, pero subvalora los problemas que deberá resolver para salir de la crisis del bloque histórico rooseveltiano consolidado por Kennedy y Johnson.

El hecho de que el reaganismo no aparezca ante la opinión pública americana y ante el mundo como a caballo de una onda larga

irresistible, capaz de marcar la política de los Estados Unidos hasta el final del milenio, introduce una serie de incógnitas en la situación interna y en las relaciones internacionales. En el interior, Reagan deberá pactar con el Congreso y buscará acuerdos puntuales con los conservadores del partido demócrata. El año y medio que falta para las elecciones presidenciales de 1988 será difícil tanto para el partido del gobierno como para el de la oposición. El reaganismo ha entrado en un túnel; complica su futuro la imposibilidad de volver a proponer a Ronald Reagan para un tercer mandato (lo prohíbe la 22 enmienda de la Constitución, enmienda aprobada en 1951).

Y si las elecciones del 4 de noviembre se hubieran realizado después del Irangate, ¿cómo habría reaccionado el ciudadano medio americano ante la doblez de Reagan frente al terrorismo?

La operación Irán es indefendible. Se abre camino la opinión de que Reagan habría hecho mejor si hubiera admitido haberse equivocado. En la América de los jurados nada mejor que una bella confesión para perdonar al culpable.

Ronald Reagan ha perdido un requisito que los americanos consideran esencial para el hombre de la Casa Blanca: la credibilidad. Interna e internacionalmente.

En el interior, Reagan es golpeado por la propia ideología reaganiana. Durante todo su mandato —y ya antes— Reagan ha esgrimido, como un profeta, contra los que rechazaban el vasallaje del «imperio del bien», razonamientos de orden moral: los ha tratado de herejes, les ha excomulgado con anatemas más religiosos que políticos; ahora no sabe cómo afrontar el desconcierto o la condena de quienes han aceptado acríticamente su doctrina de excluir cualquier negociación táctica, cualquier excepción, porque en esos razonamientos se hablaba de problemas morales, no políticos: qué hacer entonces para liberar a los rehenes. Este es el problema de

Reagan ante sus seguidores: reniegan de Reagan porque ha traicionado al reaganismo; éste es el tema principal e inquietante, de la ola que crece en Estados Unidos contra la Casa Blanca.

Me resistiría a aplaudir los motivos de esa protesta de masas contra el presidente.

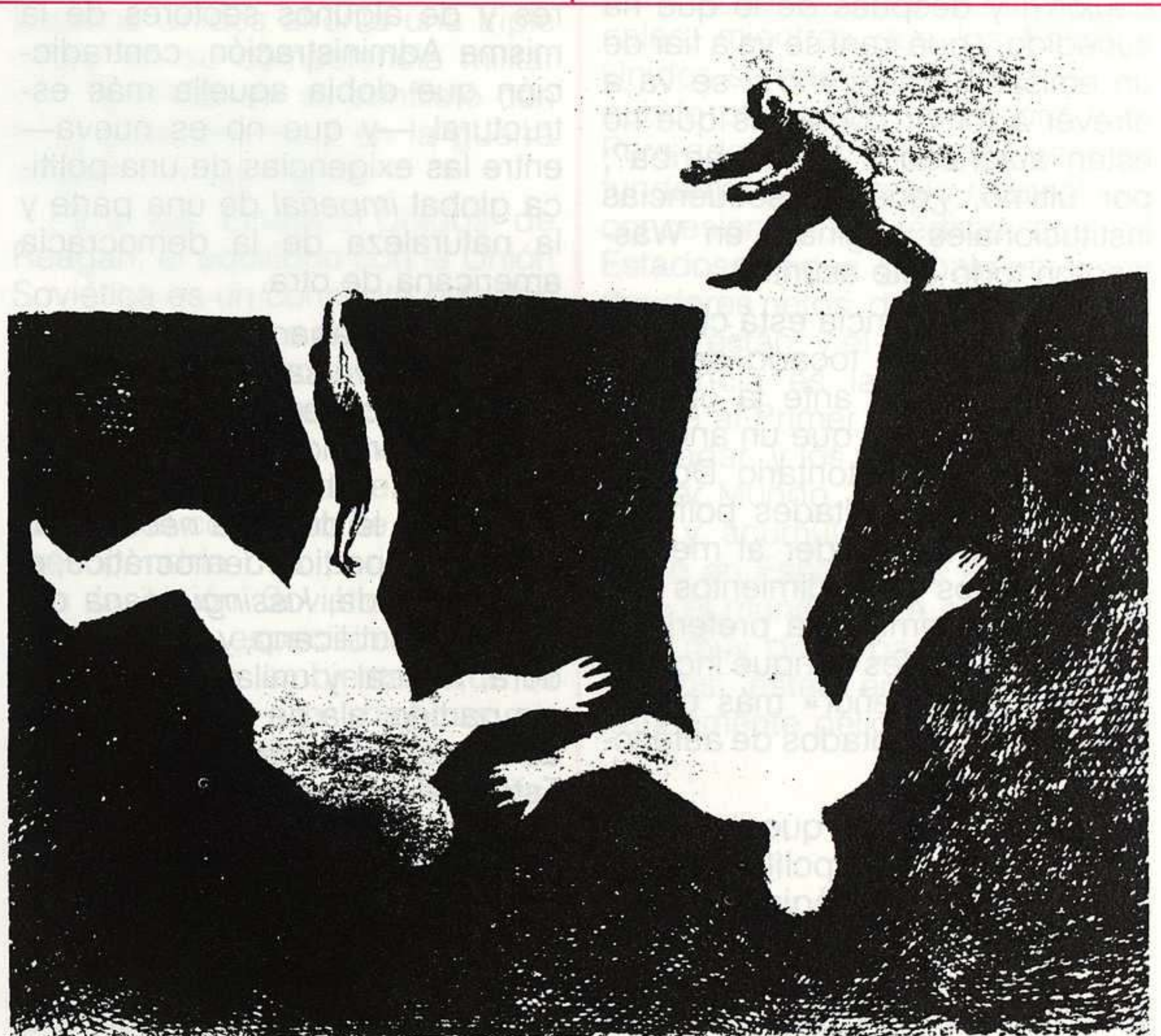
El estratega se equivoca

El buen americano habría preferido probablemente continuar en las elementales, pero tranquilizadoras, certezas de su profeta aunque los rehenes hubieran muerto: en el Irán gobierna una de las encarnaciones del diablo que Reagan exorcizaba tan bien en sus mejores tiempos: una revolución, según aquella simplista creencia, es siempre sinónimo de terrorismo e incluso de comunismo, es una encarnación del imperio del mal.

Desde luego si a mí me obligan

a elegir entre el presidente pragmático que negocia la libertad de los rehenes y el presidente ideológico me quedo con el primero, aunque su pragmatismo lo sea a la manera del de Israel, el «más europeo de los países del Medio Oriente»: los israelitas han tomado de la Biblia la razón fundacional de su Estado; pero para gobernarlo prefieren servirse de las indicaciones del «Príncipe» y no de los rígidos principios religiosos de las Sagradas Escrituras: no dudan si tienen que vender armas a Irán convencidos de que las relaciones entre los Estados están gobernadas por la ley de la conveniencia, del interés, y no por preceptos morales o religiosos. ¿Por qué vamos a lamentar nosotros la traición reaganiana del reaganismo puro y duro?

La manera en que la operación Irán-contras connection fue conducida es la otra razón de la turbación americana: la ocultaron al



Congreso por orden de Reagan al jefe de la CIA, puentearon al Departamento de Estado y al Pentágono —remisos a ejecutarla—. Para complicar las cosas, cuando se descubrió el asunto comenzó una discusión pública entre los implicados con argumento de sainete y escenas dramáticas.

Muchos aspectos de la operación quedan todavía ocultos por la sombra del misterio. Algunas preguntas —no secundarias— permanecen sin respuesta: en Teherán la misión secreta americana ¿cayó en una trampa preparada por Jomeini o estableció algún contacto con potenciales sucesores moderados del ayatollah, tal y como afirmó Reagan?; si esta última hipótesis fuese cierta, y no un barniz para embellecer un proyecto demencial, ¿qué harán ahora esos interlocutores iraníes del «sátán» americano?; la locuacidad de Reagan ¿no conducirá a esos desconocidos ante el pelotón de ejecución?; y después de lo que ha sucedido, ¿qué iraní se va a fiar de un emisario americano y se va a atrever a tomar contactos que no estén autorizados desde arriba?; por último, ¿qué consecuencias institucionales originará en Washington todo este asunto?

Una consecuencia está clara: el reaganismo está tocado del ala. Su profeta es ya ante la opinión pública poco más que un anciano en manos del autoritario Donald Reagan: las dificultades políticas han empujado al líder al menoscabo de los procedimientos institucionales; también a preferir en su entorno a fieles aunque incapaces, a los «sí-señor» más que a colaboradores dotados de autonomía intelectual.

El gran estratega que iba a escribir en la historia política de los Estados Unidos páginas análogas, aunque de signo opuesto, a las escritas por el gran Roosevelt se debate para simplemente evitar que su memoria sea un borrón a

lo Nixon. Arthur Schlesinger, en un libro aparecido hace poco, ha anunciado un nuevo ciclo de la historia americana: en él renacerían los *liberales*, los valores de su filosofía. Quizá sea demasiado optimista anunciar tal cambio de rumbo dada la insuficiente elaboración política del partido demócrata y la debilidad en el país de los fermentos culturales de tipo liberal; pero las pocas semanas transcurridas desde el vértice de Rejkavik y desde el fiasco de Teherán indican que han comenzado a sonar los avisos al partido del gobierno.

Para el historiador, el episodio de la venta de armas a Irán por la *Irán-contras connection* confirmará alguna de las contradicciones que han caracterizado a la política exterior norteamericana en este período, en particular la contradicción entre el programa maximalista del presidente y las aspiraciones más modestas de sus electores y de algunos sectores de la misma Administración, contradicción que dobla aquella más estructural —y que no es nueva— entre las exigencias de una política global *imperial* de una parte y la naturaleza de la democracia americana de otra.

Ronald Reagan intentaba mediar entre diversas corrientes políticas para conseguir un bloque social reaccionario a contraimagen y semejanza del bloque social rooseveltiano: la derecha *neoconservadora* del partido democrático, el ala moderada, *kissingeriana* del partido republicano, y aquella más dura, radical y unilateral del mismo partido, ala de la que Reagan es el líder indiscutido desde 1964. Esta coalición llegó a cristalizar alrededor de Reagan en el clima de decadencia y desmoralización de 1979-80; se aglutinó en torno a un objetivo: invertir el fatalista ambiente político-psicológico de los años 70 y sanear la economía americana; aparte de estos objeti-

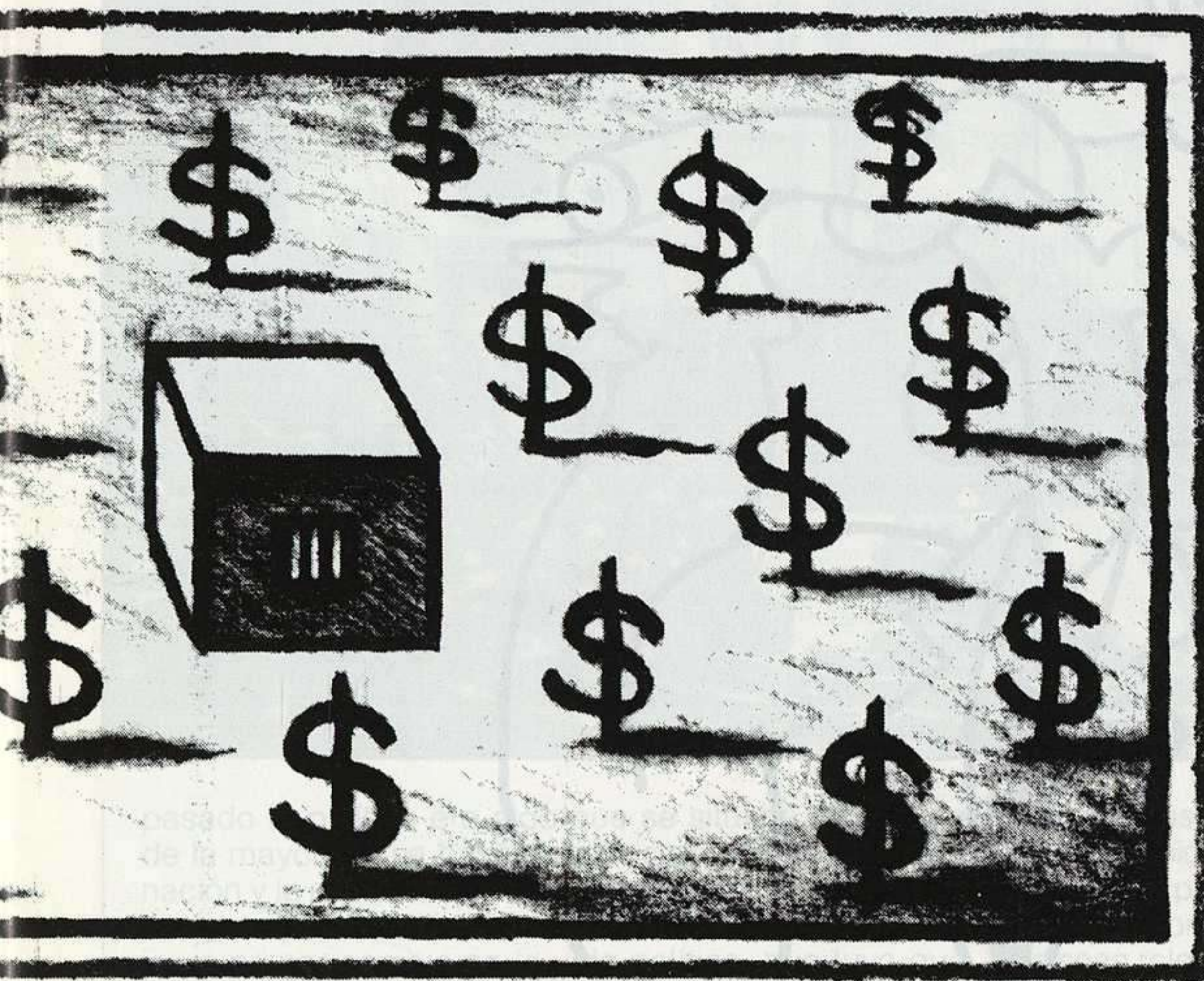


vos, aparentemente conseguidos en 1984 («*América in back*»), había mucha más confusión que consenso.

La opinión pública y los moderados de la Administración empujaron gradualmente a Reagan a una negociación seria con el *imperio del mal*. Sin embargo, él y sus secuaces más fieles prosiguen la cruzada en la periferia del imperio («*doctrina Reagan*») aunque su visión radical, revisionista del statu quo internacional, suscitara reacciones ambientales y escépticas en el país: precisamente la ayuda ilegal a la contra nació de la falta de apoyo público a la guerra antisandinista (aunque luego se aprobara una ayuda bélica después de un áspero debate); esa ayuda bélica a los contras, la *Irán-contras connection*, aparece ahora, con razón, como una tomadura de pelo al Congreso y a la opinión pública.

La denuncia de la *Irán-contras connection* representa la debacle

REAGANISMO EN CRISIS



de la *doctrina Reagan* y del grupo de ultras que la han gestionado en el *National Security Council* (NSC); nadie cree que la Casa Blanca no estuviera enredada en el asunto: los de la NSC eran los hombres del presidente, los más cercanos, ideológica y físicamente a Reagan.

El «gran comunicador» en el país de la dictadura de los mass-media cae víctima de la falsedad de su mensaje. En la sociedad de la información se puede admitir la ignorancia de la noticia; pero el engaño es inadmisibles. Decir una cosa y que la opinión pública la creyera era la virtud del presidente. Para esa opinión debe haber sido un buen golpe saber que el presidente mentía.

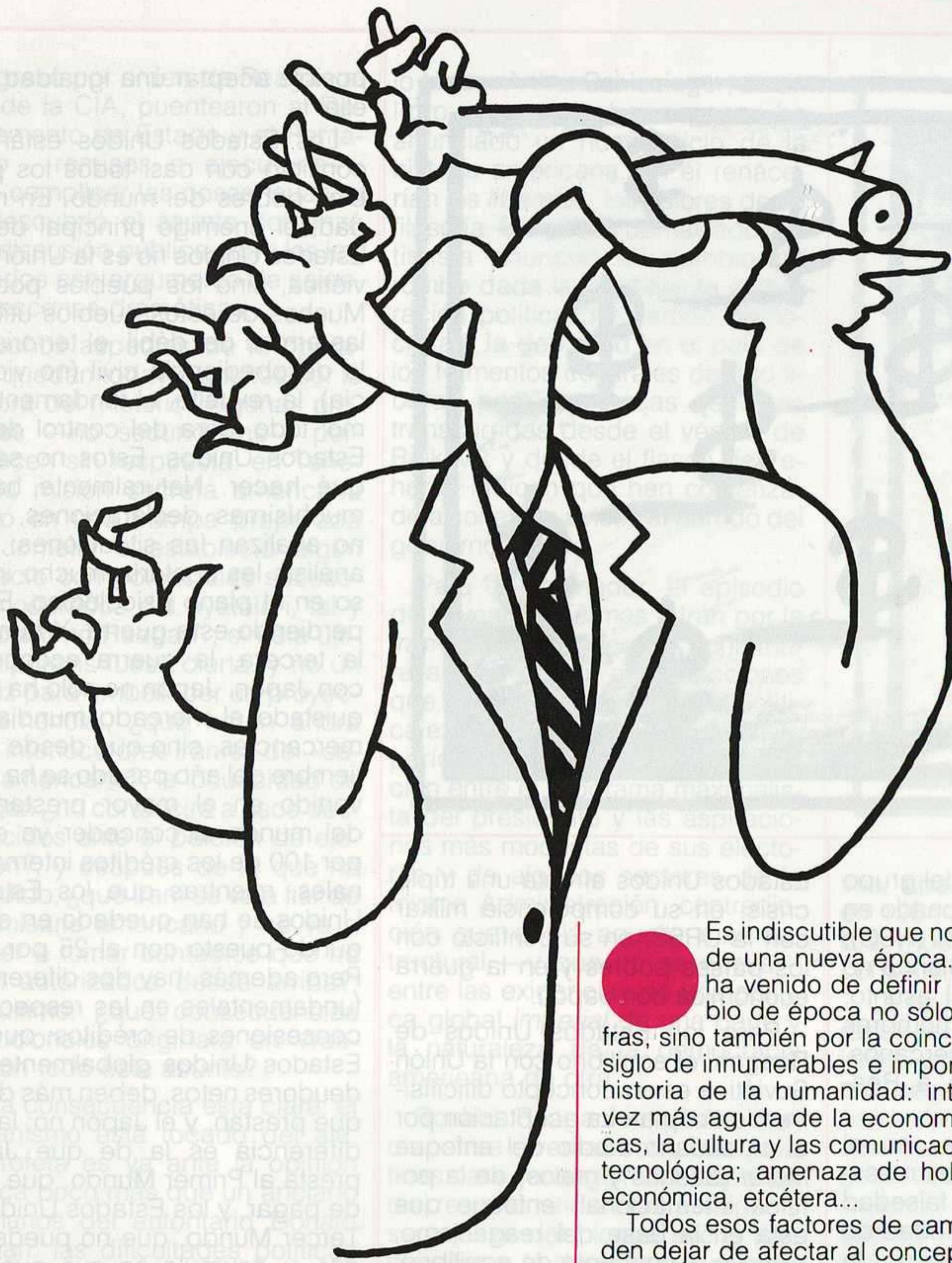
Los problemas políticos de los reaccionarios americanos han estallado en un marco internacional inquietante para su país. Los años de Reagan, pese a las apariencias, no han puesto remedio a los síntomas del *declive del imperio*.

Estados Unidos afronta una triple crisis: en su competencia militar con la URSS, en su conflicto con los países pobres y en la guerra económica con Japón.

Para los Estados Unidos de Reagan, el equilibrio con la Unión Soviética es un concepto difícilísimo de aceptar. La aceptación por el ciudadano medio del enfoque *moral* (buenos y malos) de la política internacional, enfoque que está en la base del reaganismo, excluye el concepto de equilibrio: presupondría una paridad moral con la Unión Soviética; eso es inadmisibles, especialmente para Reagan y los ambientes que le apoyan. Según ellos, hay tres criterios para juzgar un país: que se practique el milagro del capitalismo, que se crea en un Dios hebreo-cristiano y que se celebren elecciones a las que concurren varios partidos políticos. La Unión Soviética es el país de la economía estatizada, son ateos y no eligen entre varios partidos. Es im-

posible aceptar una igualdad con ella.

Los Estados Unidos están en conflicto con casi todos los pueblos pobres del mundo. En realidad, el enemigo principal de los Estados Unidos no es la Unión Soviética, sino los pueblos pobres. Muchos de estos pueblos utilizan las armas del débil: el terrorismo, la desobediencia civil (no violencia), la revuelta, el fundamentalismo: todo fuera del control de los Estados Unidos. Estos no saben qué hacer. Naturalmente hacen muchísimas declaraciones, pero no analizan las situaciones; este análisis les costaría mucho incluso en el plano psicológico. Están perdiendo esta guerra. Y también la tercera, la guerra económica con Japón. Japón no sólo ha conquistado el mercado mundial de mercancías, sino que desde septiembre del año pasado se ha convertido en el mayor prestamista del mundo al conceder ya el 26 por 100 de los créditos internacionales, mientras que los Estados Unidos se han quedado en el segundo puesto con el 25 por 100. Pero además, hay dos diferencias fundamentales en las respectivas concesiones de créditos: que los Estados Unidos globalmente son deudores netos, deben más de los que prestan, y el Japón no; la otra diferencia es la de que Japón presta al Primer Mundo, que puede pagar, y los Estados Unidos al Tercer Mundo, que no puede pagar, y acumula en sus cuentas, como en España, los «Fecsa» de todo el mundo; esta es una situación muy difícil para los Estados Unidos: están en una situación francamente peligrosa.



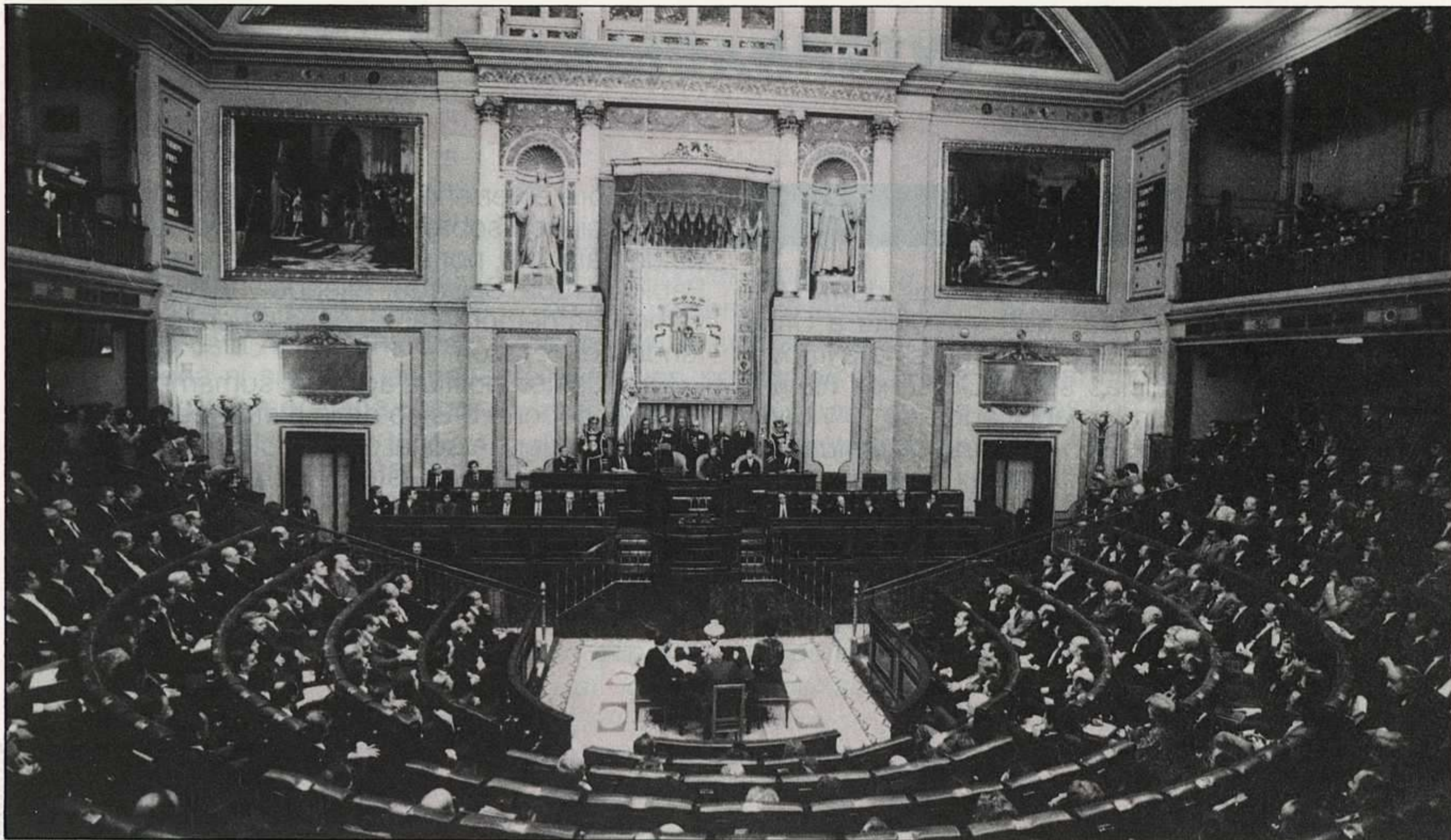
Renovación de la democracia

Gerardo Iglesias Argüelles

Es indiscutible que nos hallamos en el umbral de una nueva época. La expresión *año 2000* ha venido de definir la cercanía de un cambio de época no sólo por la magia de las cifras, sino también por la coincidencia en el fin de este siglo de innumerables e imponentes novedades en la historia de la humanidad: internacionalización cada vez más aguda de la economía, las relaciones políticas, la cultura y las comunicaciones, nueva revolución tecnológica; amenaza de holocausto nuclear: crisis económica, etcétera...

Todos esos factores de cambio y novedad no pueden dejar de afectar al concepto mismo de la política y de las formas de ejercer la política. Estas no son ni atemporales ni espaciales: se corresponde en cada momento y lugar con situaciones dadas. Lo que en unas circunstancias fue factor de progreso e incluso vehículo de participación importante, en otras puede convertirse en mecanismo de freno a nuevas demandas participativas. **No hay, como todo en la vida, formas de participación política eternamente válidas.**

Las formas de la democracia precisan hoy, en mi opinión, de nuevos saltos cualitativos como el que en su momento supuso la irrupción del movimiento obrero en la escena política. Conviene tener presente que el estado liberal-democrático no ha mantenido siempre y desde el principio las mismas formas y promovió los mismos grados de participación ciudadana en los países europeos a los que habitualmente nos referimos como entorno propio. Hasta finales del siglo



pasado la política era algo que se situaba al margen de la mayoría y se basaba precisamente en la marginación y la exclusión de las grandes masas. Con el nacimiento y afirmación del movimiento obrero se produjo un primer cambio en la vida política, que tuvo que empezar a contar con las necesidades, aspiraciones y la realidad misma de esos sectores populares. Las consecuencias que afectaron a las formas de la política son conocidas, pero no olvidemos que el sufragio universal, los sindicatos, la popularización de la política, la configuración misma del Estado, en las formas hoy conocidas, proceden de ese período.

Que nos hallamos ante una nueva situación en que las formas de hacer política tradicionales e imperantes ya no satisfacen todas las demandas participativas, lo podemos comprobar en el alejamiento entre importantes capas de la población, los jóvenes principalmente, y los partidos políticos, en los descensos en la afiliación de los mismos, el surgimiento de nuevas formaciones políticas que rompen marcos convencionales, la irrupción de nuevas voluntades participativas en sectores sociales como las mujeres y los jóvenes que ya no encajan sólo en los partidos convencionales, sino tampoco en las formas tradicionales de relación entre Estado y sociedad.

Por citar un ejemplo de viva actualidad, ahí tenemos el movimiento estudiantil que surge de manera autónoma, sin la tutela de los partidos políticos.

Me parece que lo nuevo se expresa precisamente en la caducidad de unas formas determinadas de relación entre Estado y sociedad. La política, la participación democrática, ya no puede reducirse a los mecanismos de representación en el Estado: número de votos para los partidos, número de escaños en los parlamentos electivos, número de puestos en posiciones de poder, formación de coaliciones políticas, parlamentarias y de gobierno.

La política no puede ya entenderse en sí misma y

en todo caso en relación a grandes y sobreestructurales decisiones. La complejidad e interrelación de todos los aspectos de las sociedades modernas hace que cuestiones humanas y sociales importantísimas ya no sean relegables al ámbito de **lo privado**, ya no puedan estar ausentes de **la esfera pública**, en lo que la política y sus mecanismos (Estado, partidos) intervienen. Me refiero a cuestiones como la familia, la vida de pareja, la sexualidad, la maternidad o paternidad, las relaciones entre padres e hijos, la tutela de la salud, la serenidad de la vida cotidiana, las distracciones y el ocio.

Y eso es así porque de esas cuestiones subyacen inseparablemente otras como el modo y la calidad de la vida, el estado de los servicios sociales, la posibilidad o no de tener una casa, de dar estudios a los hijos, de asegurarles un trabajo y un porvenir, de la asistencia a los ancianos..., y así sucesivamente. Y éstas a su vez son cuestiones relacionadas con las opciones que se hagan en la vida económica y productiva, en las que el Estado y la política intervienen. En mi opinión, la crisis de los partidos en el mundo occidental tiene que ver con la salida neo-liberal que se ha venido imponiendo a la crisis económica. Y ello por dos razones: la primera, porque el neoliberalismo conduce a la desatención de los problemas concretos de millones de personas, y empuja a la política necesariamente a una función superestructural y de componentes elitistas; y la segunda, porque el liberalismo ha impuesto una forma de utilización antidemocrática de los nuevos recursos, los que aporta la que se da en llamar revolución científico-técnica; éstos, referidos a la información, por ejemplo, no se emplean para fomentar la participación, sino la manipulación. Me refiero al valor preeminente atribuido a la *imagen*, al carisma publicitario, a los mensajes lanzados desde los medios de comunicación.

Luis Arroyo Zapatero

● Junto con otros compañeros de la Universidad he realizado una visita a Chile el pasado mes de noviembre para impartir conferencias sobre Derechos Humanos y colaborar con los abogados de la Vicaría de la Solidaridad, *Premio Príncipe de Asturias a la Libertad* de 1986. La intensa experiencia de 15

días sobre el terreno me permite aventurar algunas opiniones sobre la situación y perspectivas de un país que, por sus avatares, encarnados en Pablo Neruda, Salvador Allende y Víctor Jara, llevamos los demócratas españoles en lo más profundo del corazón.

La situación política aparece sumamente compleja. El soporte básico de la dictadura es el ejército y el poder personal de Pinochet, quien ha venido alejando de las esferas de poder a todo mi-

Chile en el corazón

*Actualidad
y perspectivas
(1987)*

16



litar susceptible de hacerle sombra o de ser captado por la oposición. El ejército se mantiene monolítico, además, por su tradición prusiana y por el temor a verse enjuiciado por sus crímenes, como ha ocurrido en Argentina.

A diferencia de la situación tras el Golpe de 1973, con Pinochet no está ni la Democracia Cristiana ni siquiera la embajada norteamericana. Los yanquis han destacado en Santiago uno de sus mejores embajadores con la finalidad de intentar una salida negociada que garantice sus intereses, atemorizados ante el desarrollo creciente de una conflictividad que pudiera dar lugar a salidas «descontroladas», situaciones de guerra civil estancada, más semejantes a El Salvador que a Nicaragua. Sin embargo, tras varios meses de activismo desenfrenado, el embajador estadounidense no tiene un solo general relevante que llevarse al huerto. El poder personal de Pinochet es hoy por hoy una barrera no franqueable.

La Democracia Cristiana representa en general el bloque de las capas medias en toda su extensión, en 1973 se dividió entre los golpistas, los que explicaron el golpe, y los críticos, y hoy mantiene sus divisiones internas. Hegemoniza el sector moderado de la oposición la Alianza Democrática, cuyo componente de izquierda es el sector del Partido Socialista de Ricardo Núñez, también conocido como *felipista*, por disfrutar en exclusiva del apoyo de La Moncloa. La tragedia de la Alianza Democrática radica en que en caso de negociación con el ejército carece de ofertas, pues nada puede garantizar respecto de la oposición de izquierda, ya que la exclusión de los marxistas ha sido su razón constituyente.

La oposición de izquierda está constituida por el Movimiento Democrático Popular (MDP), integrado por los socialistas de Clodomiro Almeida, el Partido Comunista y el MIR; su posición se caracteriza por propugnar el apoyo a todas las formas de lucha contra la dictadura, es decir, que propugna una vía político-militar. Para entender tal posición, que se mantiene sólo desde principios de los ochenta, deben tenerse en cuenta algunos factores:

* La oposición de derecha y centro los ha excluido sistemáticamente de su política de *negociación*.

* Desde 1980 se ha producido una cierta li-

CONTRA LA PENA DE MUERTE

Los acusados del atentado a Pinochet arriesgan la pena de muerte. Si los sectores de la Alianza Democrática no se suman a la defensa de la vida de los acusados, Pinochet habrá encontrado el medio para lograr la más radical división de la oposición democrática chilena. Le basta con prometer a tales sectores que no habrá pena capital, lo que tranquiliza su inquietud y les margina de la campaña de solidaridad. Al final, si Pinochet ejecuta a los hoy acusados, la división se sellará con sangre y reforzará su posición. La acción solidaria de los demócratas españoles contra la pena de muerte en Chile puede contribuir a evitar desenlace tan trágico en lo personal y lo político.

beralización ligada al renacimiento de las movilizaciones sociales, llegándose a huelgas nacionales de gran trascendencia, particularmente tras la formación de la Asamblea de la Civilidad. La respuesta del Régimen ha sido selectiva, liberalización respecto del centro y la derecha y sangre y fuego contra los sectores populares. El arrasamiento con tanques las poblaciones, los asesinatos y las torturas han educado a toda una generación de los sectores populares, la actual juventud, en la cultura de la violencia. Responder con alguna violencia —propia o por parte de grupos armados, el «Frente Patriótico Manuel Rodríguez»—, es la reacción natural de quien durante años se enfrenta con las manos desnudas ante los tanques.

* El protagonista social de la acción política de la izquierda chilena no se encuentra hoy ya en la clase obrera organizada en la fábrica, la mina y el sindicato, al menos tal y como lo fue históricamente. La privatización, el neoliberalismo y la crisis económica del carbón y el cobre han reducido la clase obrera chilena a la mitad, exponiendo al resto a la marginación

y a la miseria. Igual suerte, si no peor, ha corrido la afiliación sindical, con la singularidad de que el monolítico monumento sindical (la mítica CNT) ha cedido el paso a un sindicalismo atomizado por localidades, ramas, categorías y tendencias. Pinochet no ha creado un sindicalismo vertical ni ha prohibido los sindicatos, lo que ha hecho es imponer la creación de cientos de ellos, dividiéndolos mediante el miedo a perder el trabajo, las prebendas a los dóciles y el terror hacia los sindicatos de izquierda.

Significativo del fenómeno es lo visto en Lota, centro minero del carbón, donde en 1973 trabajaban 16.000 obreros y donde la Unidad Popular alcanzaba más del 90 por 100 de los votos. Hoy trabajan no más de 6.000 mineros, hay seis sindicatos y el que agrupa a socialistas y comunistas no pasa de 500 afiliados.

De este modo, con la exclusión sistemática de la izquierda, las grandes movilizaciones a las que se responde a sangre y fuego, las grandes bolsas de marginación reciente, la descomposición material y política de la clase obrera y la falta de salidas políticas a medio plazo son factores que pueden explicarnos por qué el Partido Comunista Chileno y demás sectores de la izquierda pro-

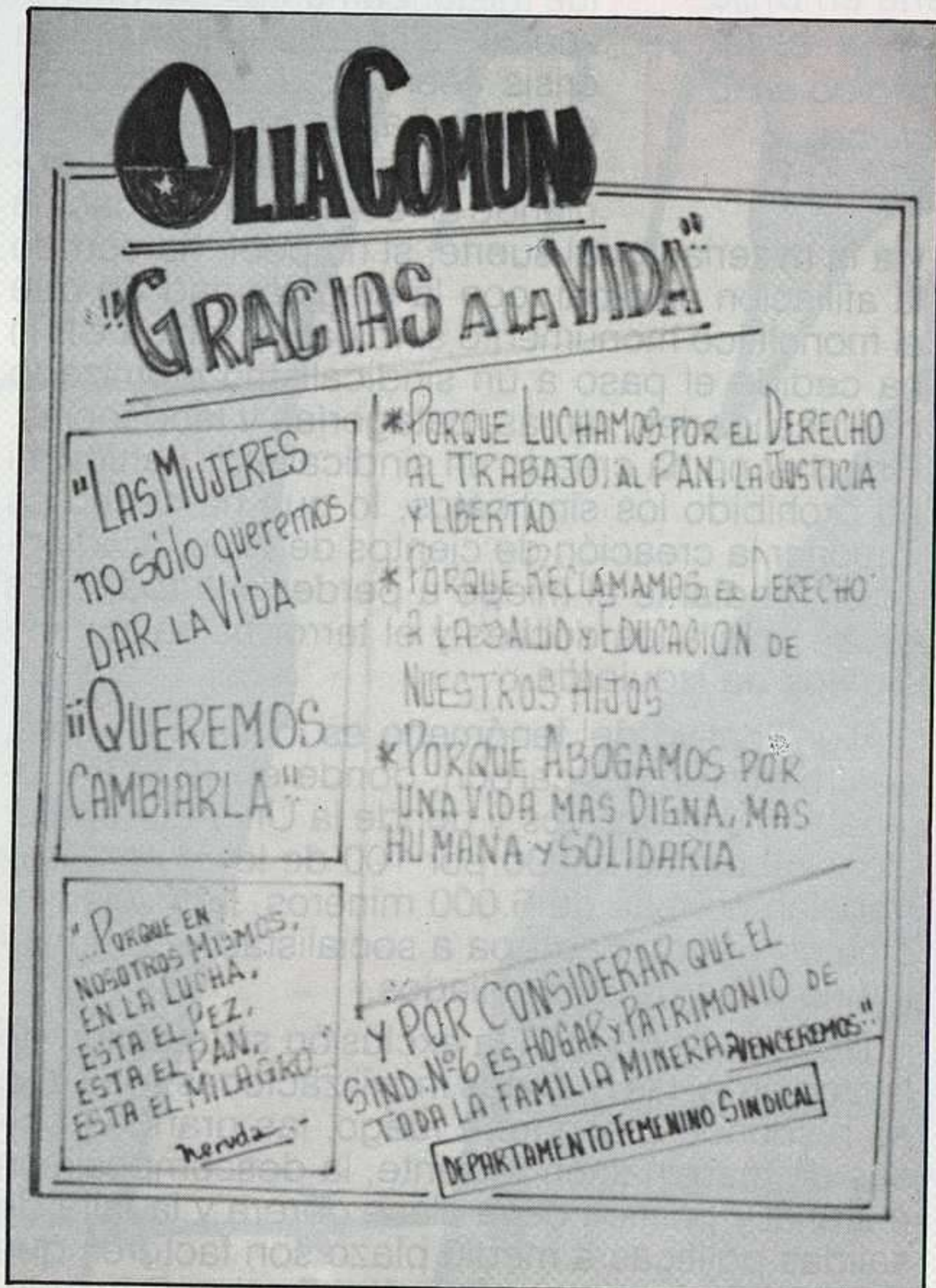
pugnan la vía político-militar: las armas son, además de la legítima defensa, el objeto de la negociación.

Pero los riesgos de la vía político-militar son evidentes para muchos compañeros. El mayor de todos es el posible desplazamiento de la movilización social, la continuidad de la dinámica abierta con la Asamblea de la Civilidad y su capacidad de movilización. Para entender lo que ésta significa me permitiré compararla con la Asamblea de Cataluña: todas las fuerzas políticas de oposición organizadas y presentes en los sectores sociales, profesionales y personalidades, es decir, el embrión del frente político de

toda la oposición. Otro riesgo es, sin duda, el de la ruptura del equilibrio entre lo político y lo militar y la hegemonía de los *milis* sobre los *polis*. El fenómeno es suficientemente conocido.

Después del atentado

Lo expuesto es el panorama político general previo al atentado contra Pinochet. La frustración del atentado desató todas las contradicciones. El diseño político del atentado era perfecto: si el problema para desbloquear la situación es sobre todo el poder personal del dictador, el atentado



* En la puerta del Sindicato de izquierda en la ciudad minera de Lota.

COMPAÑERA: DOLORES IBARRUIA
LA PASIONARIA

RECIBA UD. Y TODO SU PARTIDO
UN FERVOROSO Y REVOLUCIONARIO SALU-
DO DE PARTE DE LOS PRESOS POLITICOS
DEL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE, QUE
NOS ENCONTRAMOS ENCARCELADOS POR LA
DICTADURA FASCISTA DE PINOCHET, POR EL
HECHO DE LUCHAR POR UNA PATRIA LIBRE Y
DEMOCRATICA,

CREEMOS QUE NO ESTA LEJOS EL
DIA EN QUE NUESTRO PUEBLO JUNTO A
SU PARTIDO DE CLASE, DERROTAREMOS
A ESTE REGIMEN QUE A SEMBRADO EL
HAMBRE, LA MISERIA, LA CESANTIA, LA MUERTE,
LA TORTURA Y DIA A DIA LLENA LAS CARCELES
DE PATRIOTAS QUE LUCHAN POR UNA VERDADE-
RA DEMOCRACIA, PARA LO CUAL JUNTO A ~~NOS-~~
~~TRA~~ LA LUCHA DE NUESTRO PUEBLO LA SOLIDA-
RIDAD INTERNACIONAL JUEGA UN PAPEL MUY
IMPORTANTE EN EL LOGRO DE ESTE OBJETIVO.

REVOLUCIONARIAMENTE

PARTIDO COMUNISTA DE CHILE.

"POR LA RAZON Y LA FUERZA
VENCEREMOS"

40-M-86

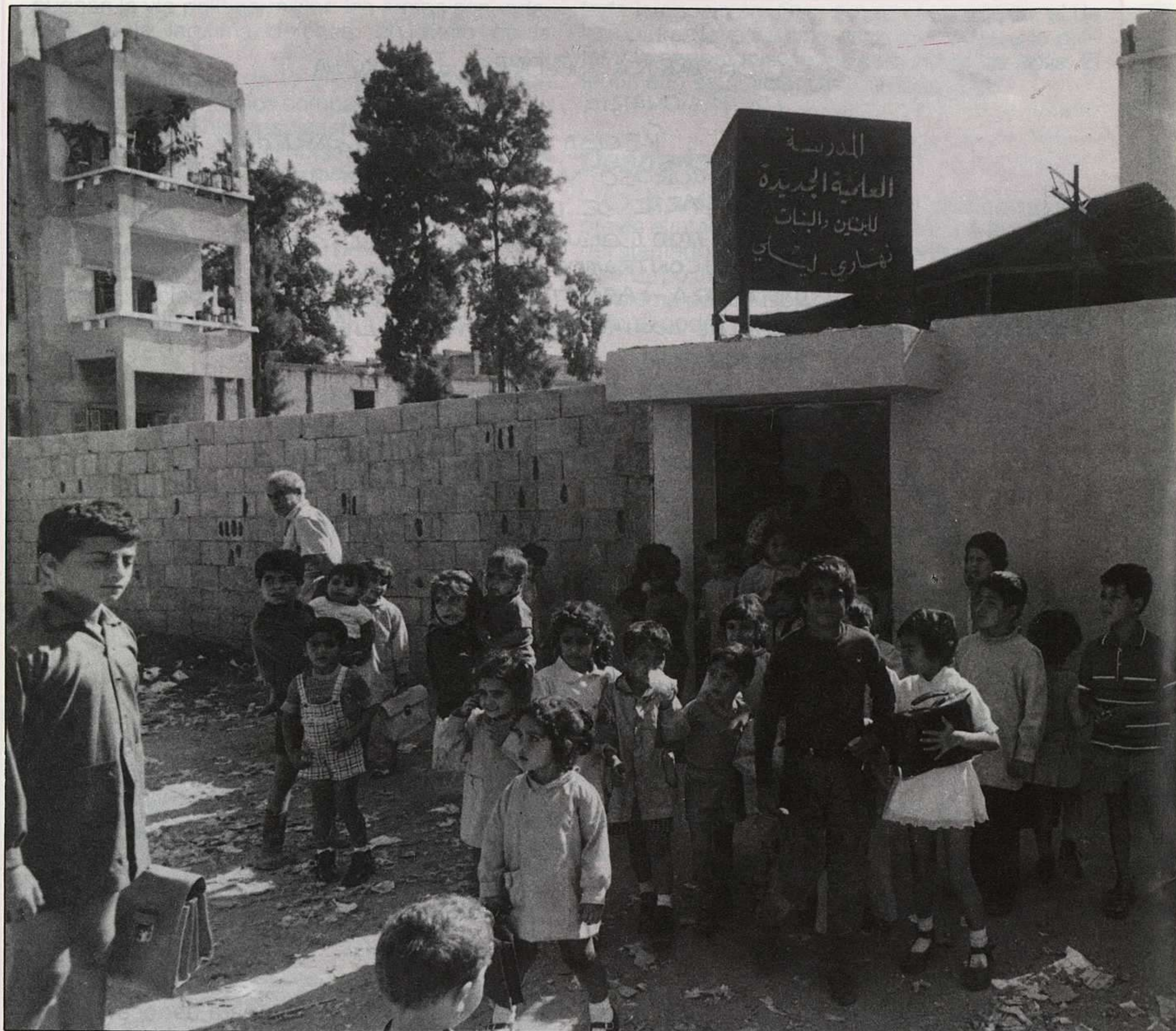
CARCEL PUBLICA VALPARAISO

es una salida capital. Su fracaso resulta incom-
prendible y, como todo magnicidio frustrado, po-
líticamente ¿criminal? En cualquier caso, el prin-
cipal acusado es Víctor Díaz, hijo del vicesecre-
tario del PCCH, «desaparecido» en 1976, y ha
sido reivindicado por el *Frente Patriótico Manuel
Rodríguez*, considerado próximo al PC. A su vez,
el atentado frustrado se ha sumado a un hecho
ocurrido durante el verano: el descubrimiento,
gracias a los satélites norteamericanos, de pode-
rosos arsenales de armas de fuego y antitanques
provenientes del armamento yanqui abandonado
en Vietnam. Ambos hechos han generado la idea
entre los sectores de derecha y el centro de que
la izquierda se preparaba más para el día des-
pués de Pinochet que para acabar con él.

Las espaldas están, pues, en alto. A finales de
octubre, en el primer Comité Central reunido en
el interior de Chile desde el 73, se ha elaborado
una propuesta que, en síntesis, podría formular-
se como una oferta de renuncia a la política mi-
litar si el centro y la derecha se deciden por un

frente democrático común para derrocar a Pino-
chet. Los últimos movimientos producidos son,
por una parte, la oferta de Pinochet de legalizar
los partidos *no marxistas* y, por otra, el abando-
no de la *Alianza Democrática* por los socialistas
de Ricardo Núñez (los *felipistas*), con la inten-
ción, al parecer, de desmarcarse de una dere-
cha demasiado proclive a caer en el *aperturismo*
pinochetista y de mediar con una izquierda a la
que no se ha permitido hasta ahora otra salida
que la político-militar.

De aquí a la primavera quizá el panorama se
aclare con buenas perspectivas. La solidaridad
de las fuerzas políticas españolas cobra así suma
importancia.



LA PAZ NACERA EN

PALESTINA

Carlos Carnero

(Comisión Internacional del PCE)

1987 es un año de especial importancia en el tratamiento de la «cuestión palestina».

Por una parte, el Comité de organizaciones no gubernamentales de las Naciones Unidas ha declarado 1987 como *Año Internacional de Palestina*. Esta decisión, que demuestra una vez más el respaldo de la Comunidad Internacional a los justos derechos del pueblo palestino, se ha adoptado precisamente porque en 1987 coinciden una serie de aniversarios significativos, los puntos principales en que centran sus orígenes y evolución: el 70 aniversario de la ya famosa *Declaración Balfour*, que selló oficialmente el compromiso de las potencias europeas con los objetivos del movimiento sionista; el 40 de la adopción por parte de la Asamblea General de las Naciones Unidas de la resolución de participación de Palestina, en virtud de la cual se estableció el Estado de Israel; el 20 de la denominada *Guerra de los seis días*, en la que Israel ocupó, además de otros espacios, Cisjordania y la franja de Gaza, marcando un punto de inflexión en el posicionamiento internacional sobre la cuestión palestina y dando comienzo a la problemática de los territorios ocupados; el quinto, en fin, de la invasión israelí del Líbano y de las horribles matanzas de los campos de Sabra y Chatila.

Este año, por otra parte, tendrá lugar el XVIII Consejo Nacional Palestino, en un momento decisivo para el mantenimiento de la unidad de la OLP y el desarrollo de la lucha del pueblo palestino, en relación con sucesos de especial relevancia en el mundo árabe como la guerra Irán-Irak y el conflicto del Líbano, determinantes, en conjunto, del marco de la situación en Oriente Medio.

1987, por tanto, da ocasión no sólo para el recuerdo histórico, sino para la reflexión; una reflexión orientada a conseguir la implantación de los derechos inalienables del pueblo palestino y la paz en la región; una reflexión para buscar soluciones de avance y desbloqueo de una cuestión, la palestina, que dura ya setenta años de una forma oficial y abierta.

Intereses encontrados

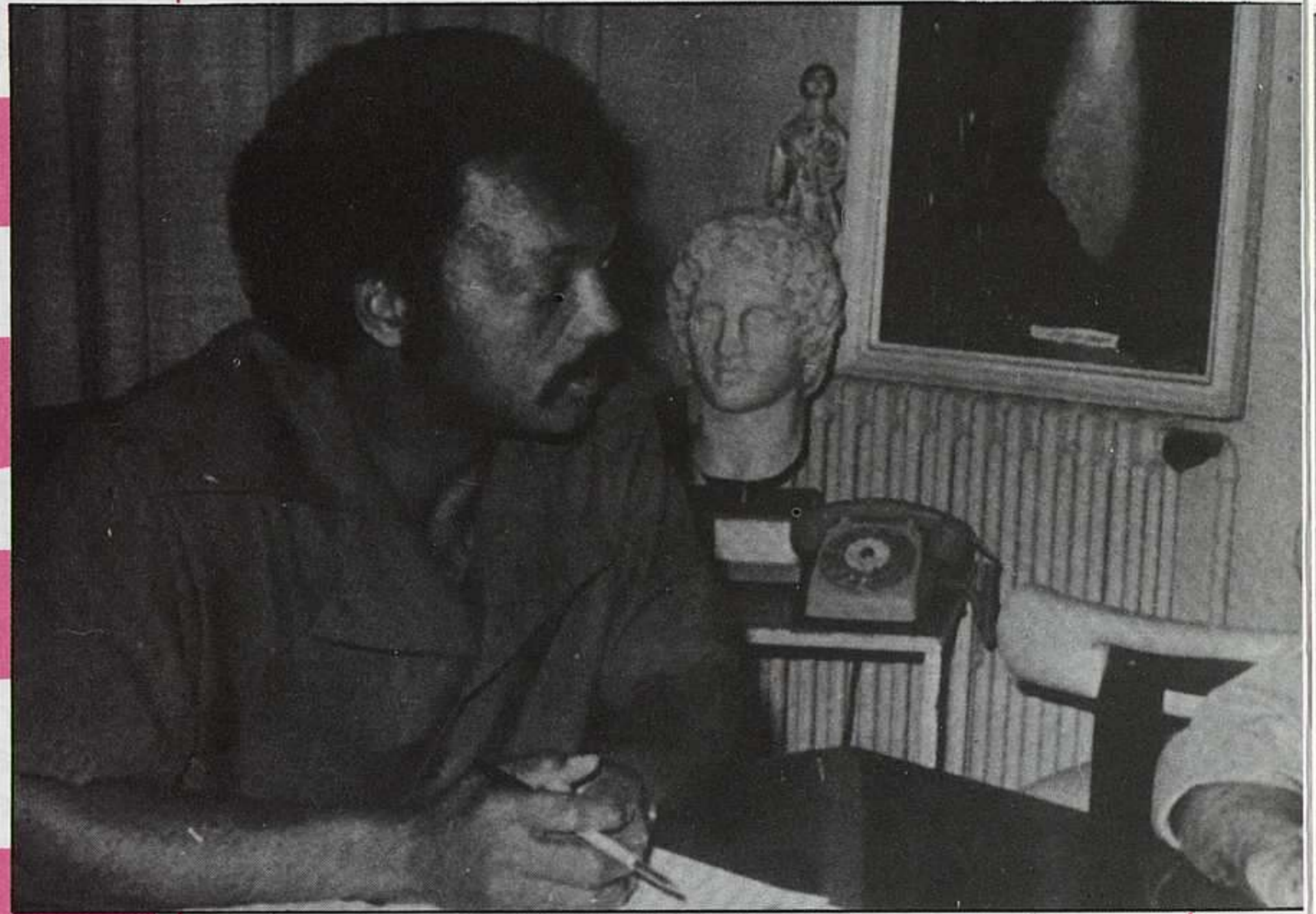
Una primera constatación, en todo caso, de esa larga historia es que los discursos imperialistas y sionistas, en especial durante la Administración Reagan, no han conseguido sus objetivos estratégicos. Los Estados Unidos han seguido una política centrada claramente en dos pilares: el apoyo total a la actitud expansionista del Estado de Israel, tanto en los planos político y diplomático como en el económico y el militar; el intento, por diversos me-

dios, de aniquilar la oposición palestina a esa política, a través, fundamentalmente, de la destrucción de la OLP.

El objetivo fundamental del imperialismo ha sido la consecución de la hegemonía en el Próximo y Medio Oriente, dada la situación estratégica de la zona y su influencia en temas como el dominio del Mediterráneo y el control de las fuentes de materias primas, concretamente energéticas.

Para ello, los EE.UU. apostaron desde el primer momento por la presencia de un Estado de Israel capaz de ejercer, con el debido apoyo norteamericano, un papel de gendarme militar en la región. No es ajeno a esta apuesta estratégica que los Estados Unidos relevaran a Inglaterra de su papel de principal valedor de los intereses sionistas a la hora de adoptarse la resolución de participación de Palestina en 1947.

Desde entonces, las sucesivas Administraciones



norteamericanas han sostenido a Israel de una forma ingente; las dotaciones destinadas a este Estado procedentes de los Estados Unidos se cuentan por cientos de miles de millones de dólares, hasta el punto de poderse hablar de una economía israelí sobre el vacío.

Lo mismo ha sucedido en el plano diplomático. En este tema, los EE.UU. se han convertido ya, prácticamente, en el último baluarte de apoyo a las tesis israelíes, enormemente aisladas en los foros internacionales particularmente las Naciones Unidas.

El plan de *Camp Davis* —sustentado en las contradicciones árabes e inspirado por la Casa Blanca— ha sido quizá el ejemplo más significativo de hasta qué punto la estrategia del imperialismo se encuentra varada.

Precisamente hablando de Camp Davis podemos entender el porqué del fracaso de la *solución ame-*

ricana —y por tanto israelí—: ningún plan sobre el Oriente Medio puede dejar de contemplar la cuestión palestina como un hecho real y determinante.

El mandato británico de Palestina, basado en la Declaración Balfour, contemplaba el tema palestino de una manera tangencial, accesoria al establecimiento de un *hogar nacional* judío en Palestina. El propio Reino Unido, al tomar parte en los debates de adopción de la resolución de partición, reconoció que este era un enfoque equivocado.

Incluso los discursos actuales que desde una perspectiva reaccionaria e interesada se hacen sobre el tema del terrorismo no abordan la cuestión palestina en sus justos términos, porque en caso contrario quedarían al descubierto sus verdaderos objetivos y contradicciones.

En este sentido, haciendo un inciso, no cabe restar importancia a las declaraciones que Felipe González efectuó tras su entrevista con Yasser Arafat



en Túnez en el mes de enero. Lo que sí hay que decir es que fue una lástima que el presidente del Gobierno español olvidara explicar, explícitamente, que el problema político de fondo al que se refirió al analizar el fenómeno terrorista es, ni más ni menos, que la materialización de los derechos inalienables del pueblo palestino.

La cuestión palestina es un caso de libre determinación, y a lo largo de setenta años este planteamiento ha sido asumido por una abrumadora mayoría de la Comunidad Internacional. De libre determinación de un pueblo que existe y tiene una tierra.

El movimiento sionista, al formular sus reclamaciones sobre Palestina, hablaba de una *tierra sin pueblo* —aquel territorio— para un *pueblo sin tierra* —el judío—. El problema fundamental para este recurrente juego de palabras es que Palestina era una *tierra con pueblo*.

Un pueblo adulto, culto, económicamente de-

sarrollado, que fue de los pocos que mantuvo un status de gran autonomía bajo la dominación turca y que fue reconocido por la Sociedad de Naciones, cuando estableció el sistema de mandatos al fin de la primera guerra mundial, como de los que pertenecían a la clase «A», o sea, preparados para un pronta autodeterminación.

La autodeterminación del pueblo palestino es una de las mayores asignaturas pendientes en la aplicación de la importantísima resolución 1.514 de la ONU, que reconoció el derecho de los pueblos a la libre determinación.

Una libre determinación que ya no pasa por entender la cuestión palestina como un simple problema de refugiados, sino por comprenderla en el sentido completo de la histórica resolución 3.236 de 1.974 de las Naciones Unidas. Esta resolución especifica que la autodeterminación del pueblo palestino pasa por la consecución de una serie de derechos inalienables: el derecho a la libre determinación sin injerencia del exterior; el derecho a la independencia y la soberanía nacionales; el derecho de los palestinos a retornar a sus hogares y sus propiedades. Esto es, en resumen, a la creación del Estado palestino en tierra palestina.

Sin una posición favorable al avance en esta dirección, cualquier proyecto de solución para la cuestión palestina se ha demostrado —y se demuestra— absolutamente inviable. Y es ahí precisamente donde los planes estadounidenses y sionistas fracasan.

Hace poco tiempo, por ejemplo, se debatía un plan de reactivación económica para los territorios árabes ocupados de la ribera occidental del Jordán, auspiciado por EE.UU., Israel, Jordania y otros países europeos. Plan que no tiene más objetivo que menoscabar la resistencia palestina. Pero, ¿cómo llevar a cabo un plan de esas características en un área en la que la población palestina ha expresado, a través de una encuesta publicada por el diario Al Fajr en septiembre de 1986, que apoya como su único y legítimo representante a la OLP en un 93 por 100 y rechaza la resolución 242 de la ONU en un 80 por 100?

Los países saben, por otra parte, que no habrá paz en Oriente Medio ni seguridad en el Mediterráneo sin contar con el pueblo palestino y la OLP.

De no admitir esa afirmación, sólo caben posturas tendentes a su aniquilación, como se ha intentado en el conflicto del Líbano —que cuenta, por supuesto, con sus propias causas políticas y sociales— o tratando de desunir la OLP.

Sobre esto último merece la pena detenerse. La OLP es hoy uno de los mayores logros de la revolución palestina y, al mismo tiempo, uno de los principales objetivos en el punto de mira de los EE.UU., Israel y algunos regímenes árabes. A lo largo de setenta años, el pueblo palestino ha construido una resistencia que ha desembocado en la creación de una organización madura, reconocida internacio-

nalmente —en virtud de la resolución 3.237 de la ONU y de las decisiones de la Liga Árabe y el Movimiento de los Países no Alineados—, que aglutina a los palestinos tras su política y que dirige la lucha de un pueblo entero, ya sea en los territorios ocupados, en el exilio o en el terreno de una legítima lucha armada, que no «terrorista».

Referencia del mundo árabe

La importancia de la OLP es enorme en este sentido, pero también —y no conviene olvidarlo— porque representa una estructura de carácter democrático, plural y participativo. Su importancia se acrecienta en el ámbito de un mundo árabe demasiado recorrido por regímenes militares y reaccionarios, en el que sus pueblos son objeto de un tratamiento ajeno al respeto a los derechos humanos. No es extraño, por tanto, que la causa palestina y la OLP sean para los pueblos árabes, más allá de la voluntad de sus respectivos gobiernos, un punto político de referencia fundamental. Punto que, a veces, se trata de dislocar por todos los medios. Ahí está la explicación de la situación actual de la OLP y de los sucesos ocurridos desde el año 82: la guerra del Líbano, el cerco de Trípoli, el bombardeo de sus oficinas en Túnez, la postura Siria —que aparte de su carácter «progesista» en la lucha contra el sionismo, se define por el elemento negativo de su intento de desunión de la OLP.

De cualquier forma, después de la *guerra de los campos* en el Líbano, el Consejo Nacional Palestino puede ser un significativo paso adelante en la unidad interna de la OLP, basada en la unidad real del pueblo palestino, ya existente.

La resolución del problema palestino es, pues, inseparable de la pacificación de Oriente Medio y la distensión en el Mediterráneo y, asimismo, pionero en la configuración progresista en el futuro del mundo árabe. Hablamos, claro, de una solución justa.

Esto lo entienden perfectamente los EE.UU. e Israel, interesados, por ejemplo, en el mantenimiento de la guerra del golfo porque saben que, de esta manera, los países en conflicto —como Irak— no podrán actuar de forma prioritaria contra la política sionista. No cabe otra explicación al hecho de que el Estado de Israel proporcione informaciones y armamento a los dos contendientes, y así lo ha declarado recientemente Simon Peres en París.

Los años transcurridos han ido variando los criterios de los países respecto de la cuestión Palestina. El caso más rotundo es, sin duda, el de los países socialistas, que en 1947 votaron favorablemente a la partición de Palestina y hoy son consecuentes defensores de la causa palestina. También en Europa ese cambio de visión se produce, a medida que los países del continente toman conciencia de que su seguridad tiene una de sus patas en el



Mediterráneo y Oriente Próximo. Lo que ocurre es que se produce muy lentamente.

Posiciones de intercambio tímidas —como el diálogo euro-árabe— o tomas de postura insuficiente —como la resolución de Venecia de 1981— son buenos ejemplos de esa lentitud o, más claramente, de las relaciones existentes entre la política exterior de los países europeos con la de EE.UU. e Israel.

De cualquier forma, todos los países de la CEE apoyaron en su día la resolución 3.236 de la ONU; la cuestión es que la asuman en la práctica. Algunos estados, como Grecia, Italia y España, que tienen posturas avanzadas en el tratamiento de la cuestión palestina, pueden demostrar su comunidad de intereses como países mediterráneos impulsando una posición más clara, concreta y activa de Europa en la resolución del tema.

En los últimos años se han generado diversas propuestas de paz para el Próximo Oriente; unas contemplando los derechos inalienables del pueblo palestino y la participación de la OLP —plan de la Cumbre de Fez, propuestas de la URSS— y otros ignorándolos sustancialmente —Camp Davis, propuestas de Reagan en 1982—.

A estas alturas está claro que cualquier plan ha de basarse en las resoluciones internacionales y, para ser efectivo, contemplar como puntos de partida: *los derechos inalienables del pueblo palestino; la participación de la OLP en cualquier nego-*

ciación; la retirada israelí de los territorios ocupados en 1967; la seguridad de todos los Estados de la zona.

Esto es, deben ser planes basados en una negociación con participación palestina y con referente en las resoluciones 3.236 y 3.237 de la ONU. Porque, efectivamente, ya no se trata de discutir sobre la ilegalidad de la resolución Balfour o la de partición —suficientemente probada—, sino de buscar soluciones justas y factibles.

En 1983, las Naciones Unidas, tras la Conferencia de Ginebra sobre la cuestión palestina, propusieron la celebración de una Conferencia Internacional de Paz en Oriente Medio, con la presencia de todas las partes interesadas, incluida la OLP. Los países europeos, y España en particular, deben presionar en favor de su celebración.

Después de 70 años desde la declaración Balfour, de 40 de la partición de Palestina, de 20 de la *Guerra de los seis días* y de cinco de la matanza de Sabra y Chatila, la cuestión palestina reclama una solución justa. Una solución justa que permita hacer realidad lo que Yasser Arafat, presidente de la OLP, dijo ante la Asamblea General de la ONU el 13 de noviembre de 1974: *«la guerra está en Palestina, pero sin embargo, la paz nacerá en Palestina».*



26

Importancia
fundamental
del pleno empleo
hoy

Antonio Bassolino
Trad. Saro de la Iglesia

Tenemos que situar en el centro del análisis, de las reflexiones culturales y de la tarea política, la cuestión del trabajo. Intentar que deje de ser un hecho marginal, como lo ha sido durante los largos años dominados por la inflación y los procesos de reestructuración, y se convierta en el nuevo patrón de la economía y de la sociedad.

Nuestro vaticinio, y también nuestra intención, es que, si seguimos por este camino, terminará por abrirse una nueva y duradera etapa de ideas y luchas por el trabajo. Hace ya tiempo que venimos observando esta necesidad. Entre nosotros, además, el problema del trabajo tiene algo que lo diferencia de lo que sucede en otros países. Algo cualitativo. En nuestro país, el trabajo no siempre ha sido uno de los derechos fundamentales de los ciudadanos que han caracterizado la experiencia histórica del Estado social: se unen la gran masa de parados viejos y nuevos, coinciden el paro estructural y el coyuntural. Por ello, el tema del trabajo no sólo afecta a la esfera de la economía, sino también a la identidad nacional, a su carácter, al presente y al futuro de su civilización. Antes se trataba de una diferencia de rentas y de consumo, que el campesino y sus hijos trataban de evitar emigrando desde el sur hasta las ciudades industriales, o cruzando la frontera. Pero otra cosa es cuando las diferencias se convierten en diferencias de calidad, es decir, de tejido social y cultural, de ambiente e incluso de oportunidades en la vida. surge la diferencia cuando en la época de la revolución técnico-científica la distancia crece a un ritmo exponencial.

Es necesario comprender los riesgos que entraña la *divergencia de futuro* que separa a una muchacha campesina de una joven de una ciudad industrial. Y en ello, en esta característica diferencial y dramática del paro, existen responsabilidades antiguas y recientes de las fuerzas dominantes, de las económicas y de las políticas.

Responsabilidades antiguas por no haber afrontado nunca de una forma realista la situación (y no por casualidad, ya que el hacerlo significa poner en tela de juicio toda una forma de desarrollo y de Estado, una relación de fuerzas y una organización del poder). Responsabilidades recientes porque toda una política económica y una

cierta *cultura de gobierno* no sólo no han asumido el trabajo como objetivo esencial, sino que han hecho exactamente lo contrario: lo han convertido en elemento residual. Vía libre al poder absoluto del mercado, a los *instintos animales* del sistema y que el mundo se las arregle. Menor poder sindical, menor coste de trabajo, más flexibilidad, aunque se trate de una flexibilidad salvaje, y que todos se enteren. Pues bien, ya nos hemos enterado.

Política de empleo, política económica

Esta es la concepción, la estrategia que debe destruirse. Se trata de que todos juntos modifiquemos profundamente las mismas políticas del trabajo, superando la sectorialización.

Totalmente equivocado resulta, por otra parte, el espíritu con que se ha contemplado el mercado de trabajo y su gestión. Un espíritu que defiende la más acusada falta de reglamentación y que no pretende, como sería necesario, suministrar instrumentos transparentes y eficaces.

Hoja a hoja, con una política de desfoliación, el mercado del trabajo en gran parte se ha desmantelado, sin que se hayan definido nuevas reglas. Política activa del trabajo, política activa verdadera, y por tanto unitaria, basada en un conjunto armónico de instrumentos y de intervenciones y en la posible novedad de un gran plan formativo, ha habido muy poca.

En su conjunto, es enorme la diferencia entre lo que se ha hecho —poco y mal— y la importancia del problema del trabajo. El verdadero problema estriba en hallar la justa relación entre una política eficaz del trabajo y el trabajo como prioridad y corazón del conjunto de la política económica y social, entre la política del trabajo y el trabajo como política —como política general, como movimiento global de la sociedad y del Estado—. De no hallarla, puede caerse en lo absurdo: por una parte, con una política seria de trabajo (que hoy no existe) se trata de crear trabajo; por la otra, con la política económica general se crea paro, como ha sucedido en los últimos años.

Durante toda una etapa, la izquierda ha manifestado escasa atención a la autonomía y posibilidades de la política del trabajo: era el desarrollo el que creaba ocupa-

ción, se decía. Después se ha pasado al extremo contrario, por parte del partido socialista, sobre todo, pero también por nuestra parte y por parte del movimiento sindical. Es decir, al extremo de no comprender en sus verdaderas dimensiones la necesaria conexión entre la política del trabajo y la política económica general, la política del presupuesto, las políticas estructurales. El planteamiento, finalidad y utilización de los presupuestos del Estado, la política monetaria, la política industrial de los grandes servicios públicos, las inversiones en investigación, la reforma del gasto público y de los aparatos administrativos cuentan y son decisivos, mucho más que cualquier otra intervención extraordinaria por necesaria que sea.

Pero los hechos, la experiencia que tenemos, la realidad del país, exigen un cambio. Exigen un cambio, sobre todo, los términos nuevos y modernos con que se presenta el paro generalizado.

Pero nuevos y modernos, ¿en qué sentido? Es decisivo aclararlo, analizar ese carácter nuevo y las consecuencias que de él van a derivarse para emprender de manera realista una discusión política en la izquierda y plantearse la posibilidad de reiniciar un discurso reformador, un plan alternativo de las fuerzas de progreso.



Flexibilidad y trabajo precario

El paro masivo es actualmente diferente al que hubo en el pasado. Dentro de la actual oferta de trabajo se hallan nuevas necesidades y nuevos modos de concebir el trabajo y la vida. Los jóvenes de regiones subdesarrolladas, que suponen el mayor porcentaje de paro, reivindican justamente el derecho al trabajo como un derecho natural, objetivo y subjetivo.

Entre las razones actuales del paro masivo hay que tener también en cuenta la actual divergencia entre cambios cualitativos,

y no sólo cuantitativos, de la demanda y de la oferta.

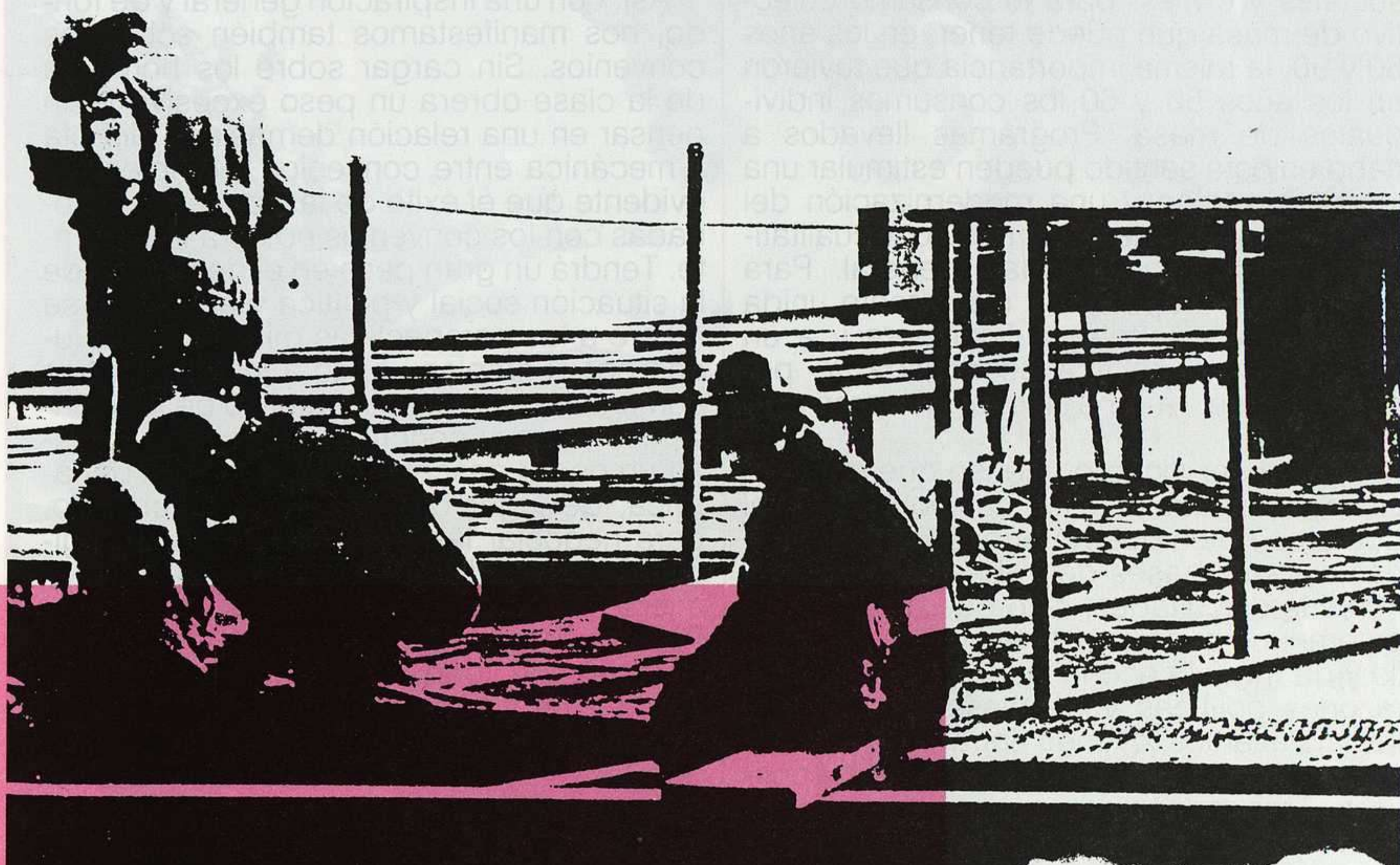
El fenómeno mismo del trabajo precario y parcial ofrece dos aspectos. Uno claramente negativo y otro que evidencia la búsqueda de nuevas relaciones entre el trabajo y la propia existencia. El fenómeno es, al menos en parte, *ambivalente*. Existe el grave peligro de una precarización masiva de la sociedad si la flexibilidad es exclusivamente unilateral y patronal. Pero es posible y positiva una flexibilidad que tenga en cuenta no sólo las exigencias de la empresa, sino también las necesidades y la voluntad de cada individuo, el crecimiento autónomo de su personalidad.

Precisamente teniendo en cuenta los cambios y el carácter estructural del paro *nosotros relanzamos y reformulamos el pleno empleo* como objetivo irrenunciable y prioritario de la izquierda, uno de los principios elementales de distinción entre la izquierda y la derecha, entre las fuerzas del progreso y las fuerzas conservadoras. Es necesario reafirmarlo y *reformularlo* precisamente porque el carácter del paro actual es muy diferente de como había sido en el pasado.

No podemos tener en la mente sólo un modelo de trabajo y que sea siempre el mismo, a plena jornada y para toda la vida. Es nuevo el paro generalizado y

debe ser también nueva nuestra concepción del pleno empleo. Pensamos, claro que sí, en una pluralidad individual de trabajos, en un conjunto que una en la misma persona cultura, formación y trabajo, que puedan entrelazarse y elegirse libre e individualmente.

El movimiento de las mujeres y el movimiento de los jóvenes han contribuido en gran medida a valorar nuevas formas de trabajo, y han ayudado a comprender que existen actividades que son trabajo, aunque no estén cotizadas en el mercado, aunque puedan tener motivaciones no exclusivamente económicas. Dentro de esta concepción, más rica, existe una diferen-



cia radical entre nosotros y otros grupos sobre el significado y el papel del trabajo.

Flexibilidad es una sola palabra, pero con dos posibles y opuestas enunciaciones. Impuesta por algunos a una parte de la sociedad, acompañada de un infrasalario y de odiosas discriminaciones en función de la juventud y del sexo, es pura y simplemente una regresión conservadora. Elegida individualmente, como posibilidad para todos, y sin discriminaciones de salario y de papel en el trabajo, es un positivo avance social y cultural.

Dentro de esta concepción más rica, *el pleno empleo para todas y para todos constituye un objetivo inexcusable y nos obliga a replantearnos el tema mismo del desarrollo, sus contenidos y sus objetivos.* El objetivo del pleno empleo obliga a superar una visión cuantitativa y a afirmar una

nueva cualidad del desarrollo, una concepción distinta de lo que es productivo: confiere una nueva dignidad productiva y cultural a los servicios, al territorio, a la difusión y a los niveles del saber científico, a la organización de la vida urbana y social. Bajo esta perspectiva del pleno empleo pueden ser decisivas la reducción del horario, con planteamientos más valientes, y la introducción del *tiempo opcional*, o bien la posibilidad concreta de utilizar la relación entre tiempo de trabajo y tiempo de vida de un modo activo, autónomo y creativo. Este es un desafío que la izquierda debe lanzar, renovando su cultura política y obligando a los demás a tomar opciones que cuestionen la organización no sólo de la empresa, sino de toda la sociedad.

A corto y medio plazo es posible y realizable un aumento considerable del empleo

a través de un programa amplio de inversiones públicas para la conservación y valoración del ambiente, para la creación de grandes infraestructuras, para los servicios sociales y civiles, para el consumo colectivo de masa que puede tener, en los años 80 y 90, la misma importancia que tuvieron en los años 50 y 60 los consumos individuales de masa. Programas llevados a cabo en este sentido pueden estimular una industrialización y una modernización del país, capaz de elevar y modificar cualitativamente su productividad general. Para nosotros esta opción va claramente unida a una nueva estrategia financiera y a un cambio en la política económica. Y, por consiguiente, a una lucha de gran envergadura.

Y, para ser sincero, pienso que las fuerzas económicas y las fuerzas políticas y del gobierno no es que no puedan ampliar seriamente las bases de trabajo, aunque tienen sus dificultades, sino que además, no quieren: no pueden, por el tipo de desarrollo y de modelo económico; no quieren por razones políticas y de clase. Porque dar trabajo a tantos jóvenes entraña un cambio en las relaciones de fuerza sociales y políticas. Tres millones de parados hacen más débil y más vulnerable a la clase obrera y a las fuerzas del mundo del trabajo. Por ello, el objetivo del empleo es hoy revulsivo, tanto social como políticamente.

Empezar a caminar hacia una nueva calidad del desarrollo y de la vida sólo es posible si se ponen en juego nuevas ideas de la izquierda, nuevos valores de solidaridad y de igualdad; y fuerzas reales: un gran movimiento de masas y a nivel nacional.

De lo contrario, por sí solas, las cosas no cambiarán, no se moverán. El tema del trabajo es, pues, también qué lucha hay que llevar a cabo, cómo, de qué modos. En este sentido, el primer paso importante a dar es saber relacionar adecuadamente la ocupación, la Hacienda pública y los convenios. Es evidente que los tiempos serán otros, que la lucha por el trabajo tiene un carácter y un alcance que va más allá de los convenios y de la Hacienda, pero la contextualización política es fundamental.

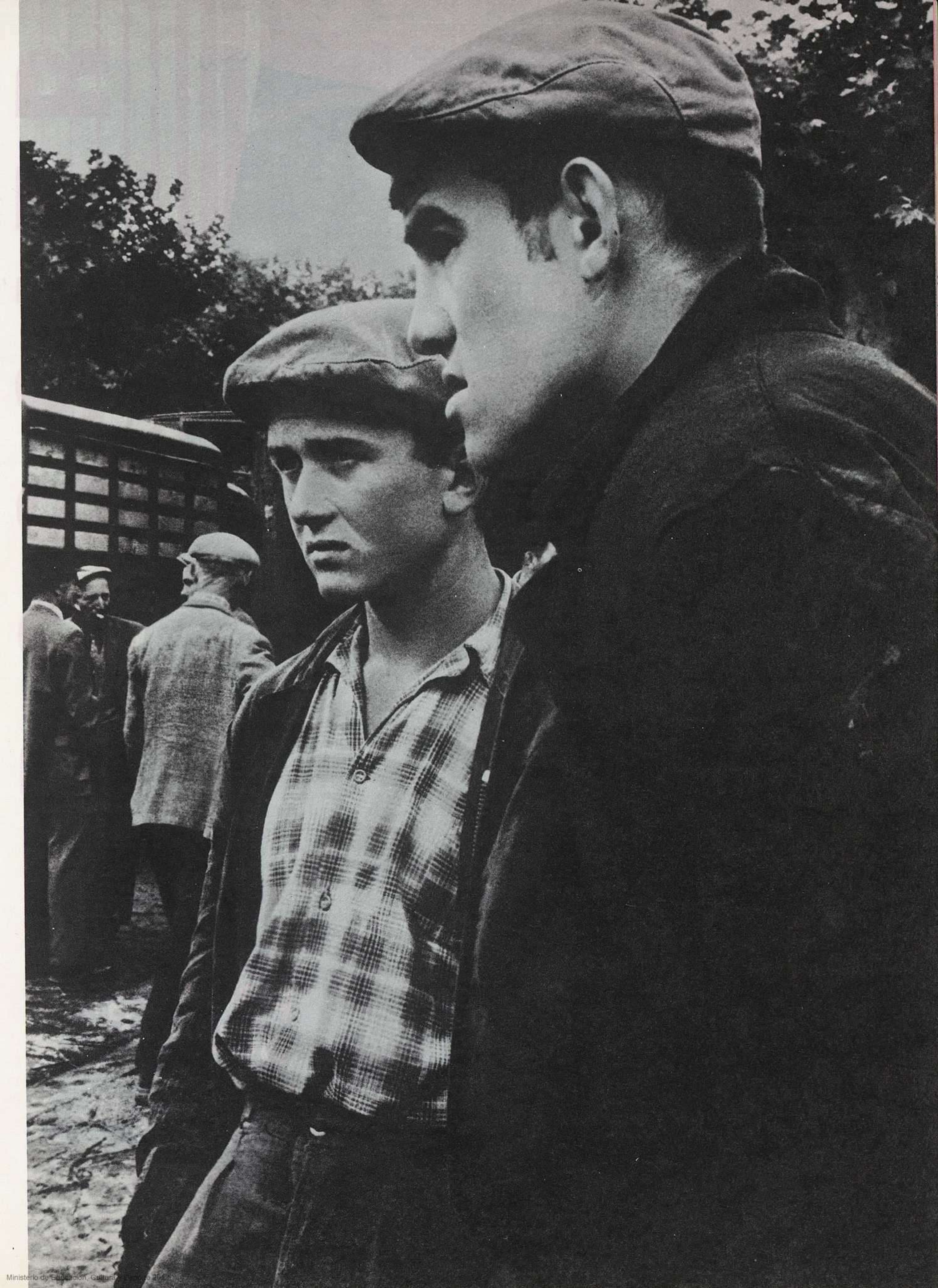
Por otra parte, la gran patronal vive y trata de poner en práctica esta contextualización entre convenios, Hacienda y tipo de desarrollo. En realidad, los nexos, para ellos y para nosotros, son fuertes, objetivos. Pertenecen a la realidad. Hacienda y,

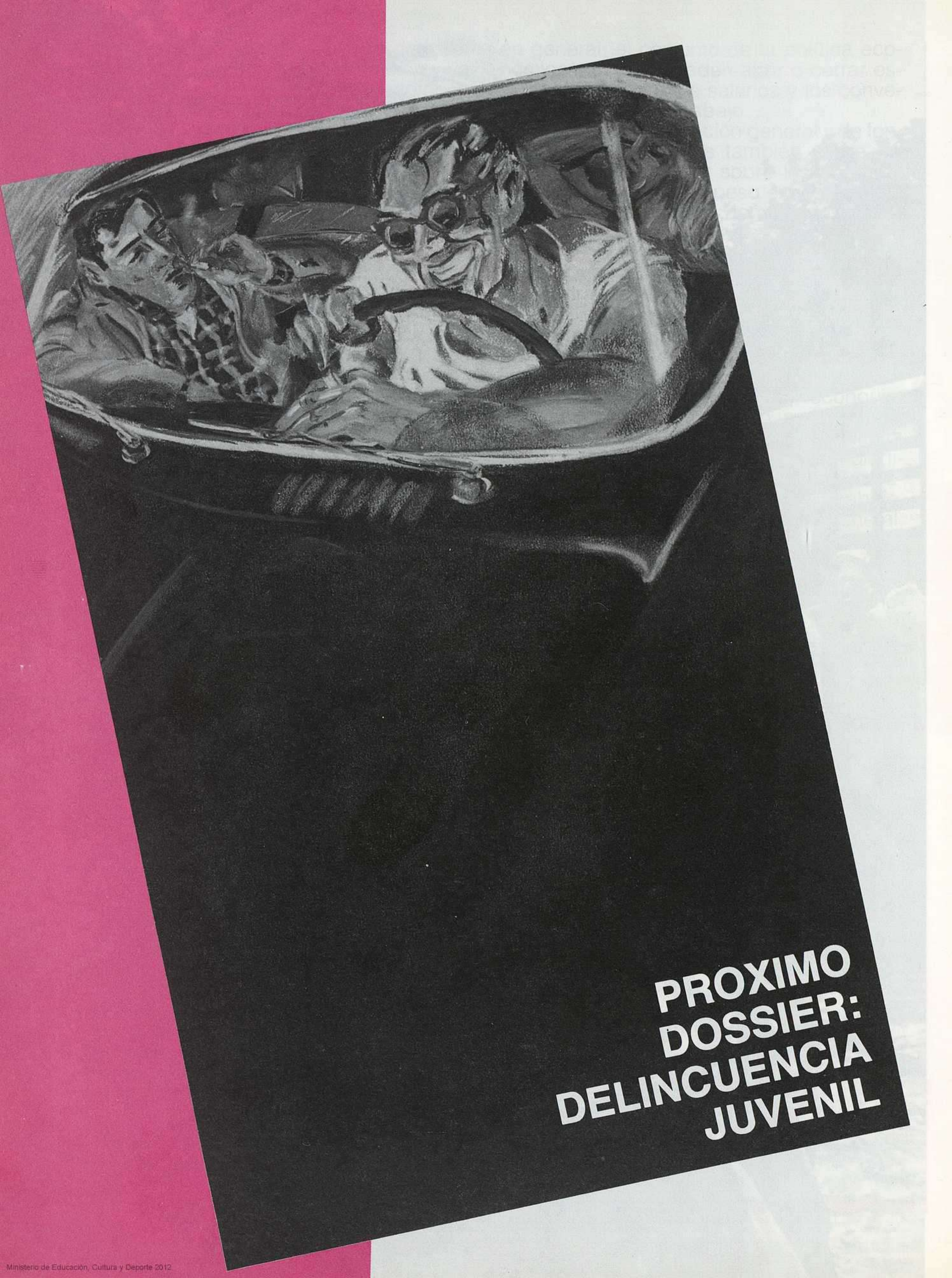
en general, el conjunto de la política económica y social, pueden abrir o cerrar espacios tanto para los salarios y los convenios como para el trabajo.

Así, con una inspiración general y de fondo, nos manifestamos también sobre los convenios. Sin cargar sobre los hombros de la clase obrera un peso excesivo y sin pensar en una relación demasiado directa y mecánica entre convenios y empleo, es evidente que el éxito de las luchas relacionadas con los convenios no será indiferente. Tendrá un gran peso en el desarrollo de la situación social y política y en lo que se refiere a las perspectivas mismas de la lucha por el empleo. Junto a los necesarios aumentos salariales, el objetivo de los convenios es muy concreto y alto: reconquistar un poder descentralizado, a nivel de fábrica, de lugar de trabajo y de territorio, para negociar las innovaciones tecnológicas, la flexibilidad, el horario, el encuadramiento profesional, el acceso al trabajo. Está en juego algo importante y general: derechos de libertad y de poder, el carácter de la democracia en la fábrica, las condiciones de vida y el papel de la clase obrera y de los trabajadores. Sin un renovado poder obrero y sindical, ¿cuál sería el destino de las fuerzas más débiles, de las mujeres, o de tantos jóvenes empleados con contratos de formación?

¿Cabe imaginarse una lucha de masas por el empleo, en la que no participe, junto con los nuevos protagonistas sociales, una clase obrera más fuerte y confiada, tras los golpes sufridos en los últimos años?

Por todo ello necesitamos movimientos autónomos que partan de sus problemas reales y se conecten entre sí, coincidiendo en el objetivo de convertir realmente el trabajo en la más importante prioridad social y política.





**PROXIMO
DOSSIER:
DELINCUENCIA
JUVENIL**

DOSSIER

la URSS
GORBA
CHOV *de*

LA REFORMA POLITICA EN LA URSS

DAMIAN PRETEL

MUCHAS veces, en los países de Occidente y también en España, se ha dado a entender que los cambios políticos en la Unión Soviética se producirían gracias a los disidentes, que, de hecho, se presentaban como depositarios de la esperanza. Y cuando se argumentaba que esos cambios se producirían como consecuencia inevitable de una reforma económica, se adoptaba la pose del escepticismo.

Sin embargo, los hechos están ahí: los cambios económicos han requerido la necesidad ineludible de la reforma política (los soviéticos hablan de perestroika).

De acuerdo con los planes, para el año 2000 se prevé crear un potencial económico equivalente a lo que se ha producido en la URSS durante todos los años de su existencia. En los próximos quince años, la renta nacional se va a multiplicar por dos, lo mismo ocurrirá con la producción industrial. La productividad del trabajo crecerá en 2,3-2,5 veces.

Pero en los años 70 y comienzo de los 80, el país se encontró con determinadas dificultades, relacionadas ciertamente con factores externos, pero, ante todo y sobre todo, con el descenso de la actividad laboral y político-social de una buena parte de la población. Se extendió de manera alarmante la corrupción, el alcoholismo, la indisciplina, el absentismo, etcétera. No obstante, se mantenía la autosatisfacción y el triunfalismo, razón por la cual el trabajo de las organizaciones sociales, empezando por el propio PCUS, se desarrollaba, en gran parte, bajo el signo del formalismo.

Las dos reformas

En estas condiciones, se plantea la necesidad de desarrollar la economía, pero los métodos *extensivos* se revelan como totalmente inadmisibles, entre otras muchas razones, porque, según las estadísticas, hubieran requerido el aumento de la mano de obra en 8-10 millones de trabajadores, lo cual es, desde todos los puntos de vista, imposible (en la URSS hay falta de mano de obra). Otro dato: en 1970-1983, los fondos principales de todas las ramas de la economía nacional han crecido en 164 por 100. Sin embargo, este desarrollo no ha tenido la necesaria efectividad social. Por ejemplo, en el país siguen existiendo 50 millones de personas dedicadas al trabajo manual, aunque la ciencia se ha convertido hace ya tiempo en una fuerza productiva de especial significación e importancia. Dicho de otra manera: los tradicionales métodos *extensivos* no dan más de sí, si se quiere construir un socialismo desarrollado y crear una economía que esté en la vanguardia de la revolución científico-técnica, y esto, como se pone ahora de manifiesto, deja mucho que desear.

Por todo ello se imponen los métodos *intensivos* que permitan utilizar al máximo todas las posibilidades económicas y sociales del régimen socialista. Esto requería el incremento de la actividad de las masas trabajadoras, pero, a su vez, exige la aplicación de los incentivos sociales de perfeccionamiento y desarrollo del país soviético. Está claro que no se trata de una simple campaña, sino de la línea estratégica del PCUS aprobada por el reciente XXVII Congreso para un período histórico más o menos largo.

Si en lo económico la perestroika aboga por el régimen de *cálculo económico* y por la ampliación de los derechos de las empresas y de los trabajadores, por el perfeccionamiento de la planificación y de todo el sistema de dirección, en lo político recurre a la *autogestión* de toda la vida social, destacando que no se trata de un cambio cualquiera, sino de una modificación realmente revolucionaria.

En este sentido, los documentos oficiales subrayan que, de ahora en adelante, no se trata de gobernar en interés del pueblo, sino de conseguir que sea el propio pueblo el que dirija al país. Se trata de que el socialismo

sea, en el más amplio sentido, el poder del pueblo (narodovlastie). He aquí las palabras de Gorbachov en el Pleno de octubre del año pasado: «*El desenvolvimiento del verdadero poder del pueblo adquiere hoy una importancia todavía mayor, cuando nos enfrentamos a la solución de complejimos problemas de la producción, de la cultura, de la dirección*».

Continuidad

En todos los sentidos, el equipo de dirigentes que encabeza Gorbachov vuelve a los orígenes, al leninismo, que siempre abogó por la participación directa de las masas en la dirección de los asuntos del Estado, considerando que éste es uno de los requerimientos *sine qua non* del socialismo como régimen social.

Así, la continuidad (preemstrennost) requiere, en primer lugar, apoyarse en las mejores tradiciones científicas y revolucionarias. Pero, al mismo tiempo, exige que se recoja todo lo nuevo avalado por la enorme experiencia acumulada durante largos años de la construcción del socialismo en la URSS y en otros países, en primer lugar, en Hungría.

En el curso de las reformas económica y política, el problema de la continuidad se ha convertido en la piedra de toque de los debates políticos e ideológicos. En el Pleno de abril de 1985, en que ya se inicia el virage en toda la política del PCUS, el secretario general ya había dicho: «*La interpretación leninista de la continuidad significa el ineludible movimiento hacia adelante, la revelación y la solución de los nuevos problemas, la eliminación de todo lo que dificulta el desarrollo*». Y más adelante agrega: «*Debemos seguir rigurosamente esta tradición leninista, enriqueciendo y desarrollando nuestra política partidaria, nuestra línea general del perfeccionamiento de la sociedad del socialismo desarrollado*». Así, pues, se trata de no aferrarse al pasado de una manera dogmática, sino, por el contrario, de poner en marcha todo lo que pueda servir para elevar a la sociedad soviética a una situación cualitativamente nueva. En pocas palabras, se trata de desarrollar el régimen socialista, de acuerdo con las necesidades que imponen las demandas sociales del país y del mundo.

Al igual que Lenin, que en los momentos más difíciles siempre se dirigía a los trabajadores, los nuevos dirigentes soviéticos ponen su esperanza en el pueblo, que, en los ya largos años de existencia del poder soviético, se ha desarrollado, adquiriendo un alto nivel de formación política y cultural. Nivel que, sin ningún género de dudas, le permite ser el dueño directo de los medios de producción y de sus propios destinos.

Razón suficiente para plantear la necesidad de apoyarse permanentemente en su capacidad creadora, en su talento, en su inteligencia. El socialismo, ha dicho Gorbachov en su alocución navideña de 1986, «*se crea por el pueblo y para el pueblo*».

Y ésta es la base en que se sustentan todos los planteamientos que determinan la política actual del PCUS. El Partido consulta al pueblo, conoce sus opiniones y actúa en consecuencia, exigiendo que no haya divergencias entre las palabras y los hechos, que todo se produzca con la mayor transparencia, que todo se realice en base a la más amplia y objetiva información, que todo el quehacer del Partido sea realmente la expresión de la justicia social, que toda la política se conciba y se lleve a cabo como una manifestación de la verdad científica y revolucionaria.

La perestroika y el pueblo

Se puede decir que, en la historia de estos últimos lustros, no ha habido una política que gozara de un apoyo tan entusiasta del pueblo. Tan sólo existe una preocupación: que la política del PCUS y del Estado soviético no se lleve hasta el final de una manera coherente y consecuente, que los elementos conservadores y dogmáticos, aferrados a los viejos métodos y al modo de vida de los años 30, cuando en pleno estalinismo se creó el actual modelo del socialismo soviético, sean capaces de obstruir y obstaculizar el proceso revolucionario de las reformas económica y política.

Ciertamente, no todos apoyan en la práctica la nueva línea política que lleva adelante la dirección de los comunistas soviéticos. No todos son capaces de liberar su mente de los grilletes del pasado, de aceptar nuevos métodos de dirección que pueden poner en peligro la permanencia en el cargo, la carrera del arribista, el bienestar del corrupto, el prestigio de quien a la hora de la verdad no es más que un simple borrachín, etcétera. Y se

llama a la perestroika de todos: desde el obrero hasta el ministro, desde los comunistas de base hasta los miembros del Comité Central del PCUS, pues, en realidad, no existe otra alternativa. A los que no estén en condiciones de obrar de este modo se les ruega que se aparten del camino y que no se conviertan en un obstáculo.

Al mismo tiempo, se recurre a la crítica que, en esta ocasión, se desarrolla no sólo de *arriba a abajo*, sino también y de una manera muy especial de *abajo a arriba*. En la sociedad soviética se ha empezado a discutir como no se discutía desde hace decenios. A veces, las discusiones son acaloradas, pero, en definitiva, en ellas es la mayoría la que abre el camino a la necesidad de las reformas. De esta manera se cumplen, una vez más, los métodos democráticos con que pretende actuar el nuevo equipo de Gorbachov.

Este cambio sustancial también está en la línea de la perestroika. Y se critica abierta y francamente, tanto al obrero indisciplinado como al miembro del Gobierno que no sabe o no quiere cumplir con sus obligaciones, de acuerdo con las necesidades ineludibles de la actualidad. Lo importante consiste en que se toman medidas concretas, partiendo de un principio: que no existe más que una ley y ésta es igual para todos.

Así, se está creando un nuevo tipo de relaciones entre los dirigentes del país y las masas del pueblo, relaciones basadas en la verdad, en la franqueza, en la justicia social, en la colaboración, en el apoyo mutuo, en la lucha conjunta por atender las necesidades materiales y espirituales de los hombres y mujeres soviéticos. Relaciones precisamente de nuevo tipo que el estalinismo había deformado y que, gracias al brezhnevismo, habían perdurado en el tiempo hasta nuestros días.

En última instancia, se trata, según palabras de Gorbachov, de «*aprender a pensar de una manera nueva, de trabajar de una manera nueva*». Por esta razón, la crítica no trata *a priori* de hundir a nadie, sino de fomentar las condiciones más favorables para el trabajo creador de todos o, por lo menos, de la inmensa mayoría.

Primeros resultados

Los resultados no se han dejado esperar. Ya en enero de 1986, la mitad de las empresas empezaron a trabajar en función de los planes de la reforma económica. La productividad del trabajo en la industria durante los primeros ocho meses del año ha crecido en un 4,8 por 100, cuando la meta, relativamente alta, era del 4,1 por 100. Esto permitió obtener un ritmo de incremento de la producción industrial del 5,2 por 100, mientras que el objetivo era del 4,3 por 100.

Con este motivo, el secretario general del PCUS declaraba el 17 de septiembre de 1986 en Krasnodar, en una asamblea multitudinaria: «*Si examinamos estos resultados desde posiciones políticas, las frías cifras del crecimiento son la expresión del apoyo del pueblo soviético a los planes del partido, el apoyo del más poderoso: el apoyo con su trabajo*». Y añadía: «*También con ello nuestro pueblo manifestó su actitud hacia la línea del Partido, hacia la perestroika*».

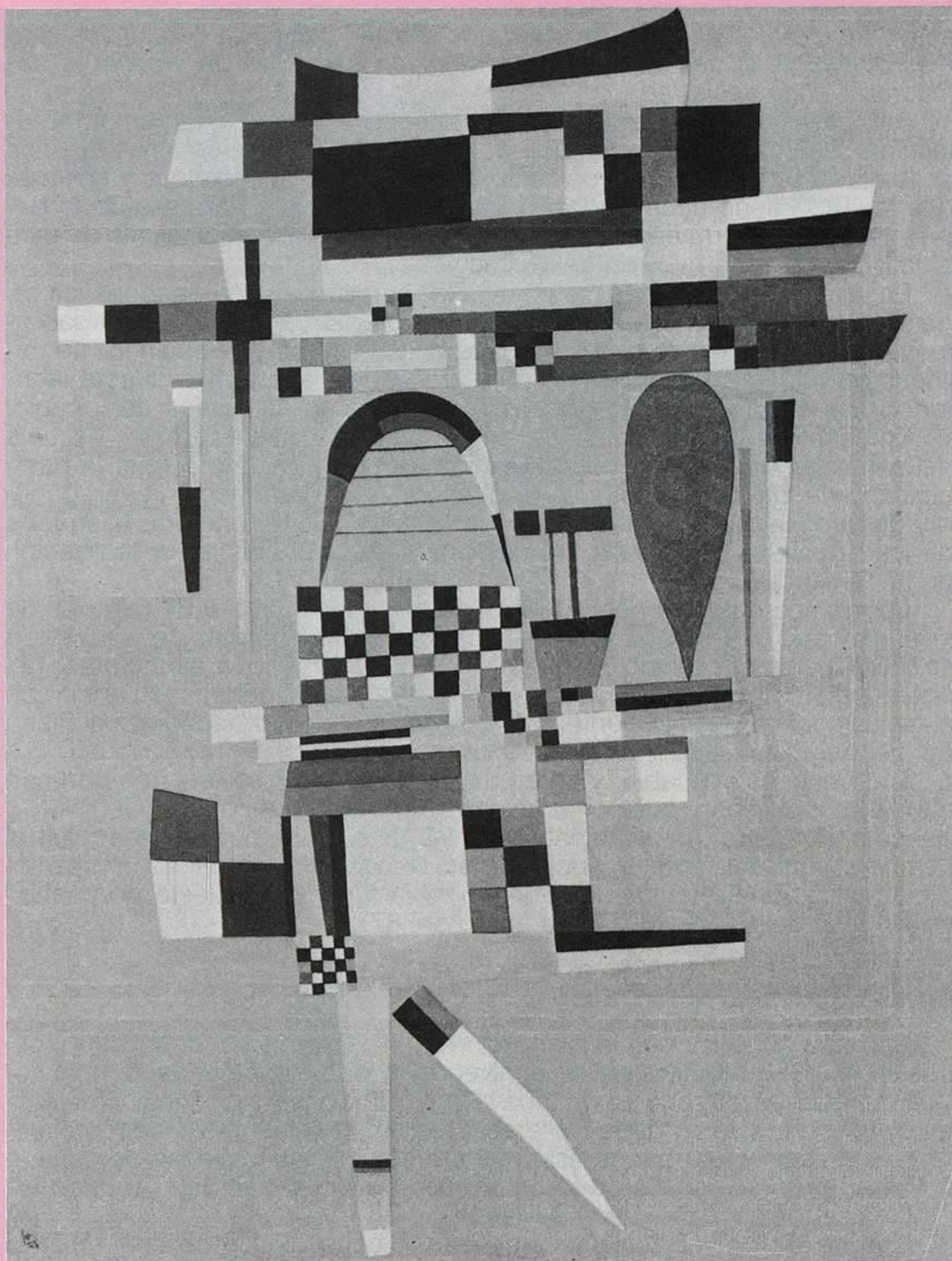
En efecto, los soviéticos, en su abrumadora mayoría, no quieren contentarse con los logros del pasado, no quieren vivir a lo viejo, conformarse con las deficiencias y los fenómenos negativos. El dirigente soviético, en el mencionado discurso, subrayó: «*La sociedad está firmemente a favor de la perestroika, por los cambios hacia lo mejor*».

Entre otras muchas cosas, la inmensa mayoría de los hombres soviéticos han comprendido que la perestroika no es una cuestión que concierne tan sólo a los dirigentes, ni siquiera únicamente al Partido, sino a todos los ciudadanos en general. Ellos han comprendido que se trata de una cuestión patriótica y revolucionaria de todo el pueblo, de importancia no sólo nacional, sino también internacional.

Pero la perestroika no ha hecho más que empezar y tiene que recorrer un largo camino que abarque a todo un período histórico. Además, se han puesto de manifiesto resistencias no desdeñables a su aplicación seria y responsable, coherente y consecuente.

Hay dirigentes que hacen declaraciones altisonantes en favor de las reformas económica y política, pero, a la hora de la verdad, siguen anclados en los viejos métodos.

Los hay también que abogan por ella y hasta la defienden, pero creen que se está marchando demasiado deprisa, y exponen temores y preocupaciones de todo tipo.



Los grabados de las páginas de este dossier reproducen originales del pintor ruso Kandinsky. Kandinsky nació en 1866. En 1918 fue miembro del Departamento de Bellas Artes del Comisariado de Instrucción Pública y profesor de los Talleres de Arte Libre de Moscú. Bajo su dirección se organizan 22 museos en la URSS. En 1921 funda en la URSS la Academia General del Arte. A finales de diciembre abandona la URSS. Muere en Francia en 1944.

37

Los hay, asimismo, que simplemente quieren defender su sillón a capa y espada.

Los hay que están poseídos por el conservadurismo y el dogmatismo, etcétera.

Resistencia a la democratización

Frente a todas estas y otras actitudes, la nueva dirección soviética actúa políticamente y estrecha la unidad entre el Partido y el pueblo, disponiéndose a batallar todavía con más decisión e insistiendo en que la perestroika ha de realizarse por arriba, pero también por abajo. Así, pues, se trata de estimular cada vez más el espíritu combativo y creador del conjunto del pueblo, para lo cual, como dice Gorbachov, se impone la necesidad «de democratizar la sociedad, todas las esferas de nuestra vida: los organismos estatales, la economía, la esfera social y cultural». De este modo se pretende desterrar los métodos administrativos de ordeno y mando que no benefician más que al sistema burocrático del pasado.

En todo esto, los dirigentes soviéticos son intransigentes. He aquí las palabras de su líder: «Debemos incorporar a la gente al proceso de la perestroika, democratizando la sociedad... Al referirme a la esencia de la perestroika la reduciría a una fórmula simple: en cada colectivo laboral, en cada organización de partido, en cada región y en cada república, en cada rama, en cada departamento central, en todo el Partido debemos crear las pre-

masas para que el **hombre se sienta dueño del país...** La perestroika será más dinámica, si dedicamos mayor atención a la tarea de ampliar la democracia en la sociedad».

Así, pues, para el nuevo rumbo de la política soviética, la democratización del sistema político imperante en la sociedad durante decenas de años es la clave para resolver el conjunto de problemas económicos y sociales que la URSS tiene acumulados, para conseguir que el proceso de la perestroika se convierta en algo irreversible. Asegurar el cumplimiento de este objetivo es la tarea máxima del momento.

En este orden de cosas, se plantea la democratización de todas las organizaciones sociales, empezando por el propio Partido y muy especialmente por sus organizaciones de base donde militan y trabajan los 19 millones de comunistas, donde se produce de la manera más directa la interrelación entre el Partido gobernante y las amplias masas del pueblo.

En cuanto a los sindicatos, se exige que jueguen el papel de «escuela del comunismo, escuela que, en opinión de Lenin, debe propiciar la participación de los trabajadores en la dirección de la producción y, en general, de la sociedad. Se trata de convertir a los 136 millones de miembros de los sindicatos en activos y conscientes participantes en la realización de la perestroika.

Lo mismo se puede decir del komsomol, que agrupa a 37 millones de jóvenes y que debe dirigir al enorme caudal de las energías de la juventud soviética hacia el perfeccionamiento y el desarrollo de la economía y del sistema político, de la educación, de la enseñanza, etcétera, actuando con entusiasmo, iniciativa y valentía, como ha planteado Gorbachov en el Pleno del CC del PCUS en octubre de 1985.

Todo esto es aplicable, y no en último lugar, a los soviets que abarcan a toda la población y que son la expresión del poder ejecutivo y legislativo del país. Por tanto, precisamente a través de ellos se puede desarrollar el democratismo del régimen socialista soviético, para lo cual es imprescindible realizar una reforma electoral, como la que ha propuesto Gorbachov en el Pleno del CC del PCUS en enero del 87.

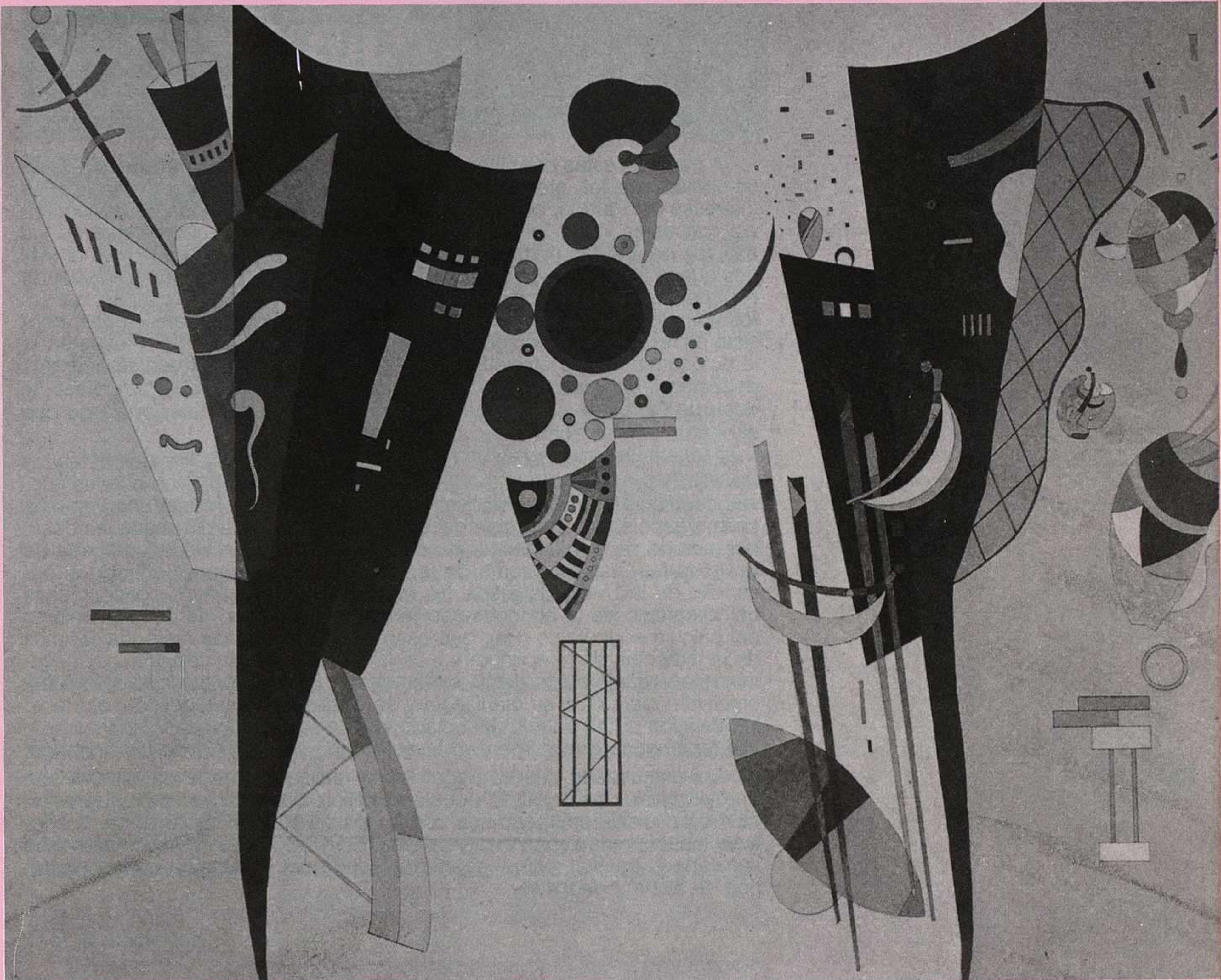
El factor conciencia

No cabe duda de que la realización de las reformas económica y política en la URSS requiere elevar el nivel de la vida espiritual del pueblo soviético, requiere utilizar a fondo toda la importancia y la significación del factor conciencia, que no debe limitarse a registrar los fenómenos del presente, sino prever el futuro y de esta manera estar en condiciones de guiar la actividad política y social de los hombres soviéticos, habida cuenta de los problemas reales de la Unión Soviética.

Uno de los obstáculos principales en la consecución de este objetivo sigue siendo el dogmatismo y el conservadurismo, que representan una auténtica calamidad nacional. En este sentido tiene un gran interés el discurso pronunciado por el máximo dirigente soviético en la conferencia de los directores de los departamentos de ciencias sociales de los centros de enseñanza superior, celebrada en 1986, en el palacio del Kremlin. Gorbachov se apoya en las palabras de Lenin acerca de que sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario y, refiriéndose a las tareas que tiene planteada la sociedad, afirma: *«Ni una sola cuestión práctica de cierta importancia puede ser resuelta sin haber sido comprendida y argumentada teóricamente».*

Al mismo tiempo, recuerda algunos de los problemas teóricos que demandan una mayor dilucidación teórica y menciona la dialéctica de las interrelaciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, la propiedad socialista, la cooperación, el autogobierno del pueblo y la democracia, el desarrollo de la conciencia social, los orígenes de los fenómenos negativos y formas de superarlos, etcétera.

«Hablaré abierta y francamente —dice—: la organización existente hasta ahora y las formas y métodos de la docencia de las ciencias sociales en grado no pequeño contribuye a lo que nosotros llamamos dogmatismo, escolástica.» Señala que existe una nefasta tendencia a encontrar «verdades eternas» y recetas que valgan para todos los casos de la vida, a basarse en la repetición memorística de lugares comunes en vez de dedicarse por entero al trabajo creador de la búsqueda y de la investigación de los fenómenos de la vida que siempre está en permanente proceso de cambio y desarrollo. *«En una palabra —subraya—, hay que regresar a la dialéctica, al método de poner de manifiesto la esencia de estos o aquellos fenómenos, de desarrollar el pensamiento y el conocimiento a través de las con-*



*tradicciones». Y a partir de aquí, afirma: «Hay que basar en este principio los programas de la enseñanza superior y la metodología de la enseñanza de las ciencias sociales, las cuales deben atenerse al espíritu de la vida misma... Este principio debe ser el principio básico de la enseñanza, donde es preciso cultivar la capacidad de los alumnos de pensar **por sí solos**, de sostener una discusión científica, de la que, como es sabido, nace la verdad».*

Y es que, en efecto, de la educación que se da a la juventud depende luego, en gran parte, el futuro desarrollo de la sociedad, que no debe fijar su pensamiento en los éxitos obtenidos, sino en la obligación de fundamentar las vías y los métodos de aceleración del progreso económico y social, rompiendo decididamente con los moldes del conservadurismo y del dogmatismo.

Sobre la teoría del Partido

Al igual que la sociedad socialista está en un proceso permanente de progreso, el Partido debe estar sujeto a la ley general del desarrollo. Y se modifican también sus principios básicos, incluyendo, por supuesto, el del centralismo democrático, lo cual está en perfecto acuerdo con el ideario político del leninismo.

Esto quiere decir que la teoría sobre el Partido también requiere del desarrollo y que sin él no existe ni puede existir, pues entra en contradicción con las necesidades objetivas. Y ha de reconocerse sin titubeos que uno

de los aspectos más dogmatizados del leninismo es precisamente la teoría sobre el Partido.

Sin embargo, durante largos decenios, estas ideas eran concebidas casi como heréticas, olvidando que nuestra ideología surge, por así decirlo, como una herejía y se desarrolla como una herejía en la medida en que lo nuevo siempre sirve a la ciencia y la revolución.

A partir de estas premisas, en los documentos programáticos del PCUS se plantea que los intereses del Estado no pueden estar por encima de los intereses del Partido, como ha ocurrido en tiempos pasados. En consonancia con estas ideas, el Partido gobernante no debe entrometerse en los asuntos del Estado ni tratar de suplantarlos. El Partido no es ni más ni menos que la fuerza de vanguardia de la sociedad. Al Partido le corresponde el papel de señalar los objetivos de las fuerzas sociales y de criticar los errores y las limitaciones en el progreso de la sociedad. Su tarea, pues, consiste en realizar la dirección general del desarrollo social, pero respetando la autonomía de las organizaciones sociales y de los diferentes aparatos del Estado. Por este camino se consigue que la política del Partido sea, al decir de Gorbachov, «*verdaderamente científica*». Se trata, pues, de que el partido no sea dominante, sino dirigente.

En los materiales del XXVII Congreso, en el Programa y en los Estatutos del PCUS se desarrolla la teoría sobre el Partido, de acuerdo con las nuevas condiciones y necesidades. Al mismo tiempo se insiste una vez más en la urgencia impostergable del enriquecimiento de la dialéctica, es decir, del método de pensamiento, de conocimiento y de actividad práctica de los hombres, habida cuenta de la nueva etapa en que ha entrado el desarrollo de la Unión Soviética. Se trata de elaborar nuevas concepciones del desarrollo de la economía soviética, en particular, del funcionamiento del cálculo económico. Hay que estudiar cuáles son los métodos óptimos de la dirección de la economía y de la sociedad en su conjunto por el camino de la aceleración del progreso social. Es preciso analizar detenida y objetivamente cómo se manifiesta y se desarrolla la autogestión, es decir, la dirección por el pueblo del Estado y de la sociedad observando los nuevos fenómenos que surgen en la actividad y en la vida de los hombres.

Las dificultades que aparecen en la realización de la perestroika son problemas de desarrollo. El pueblo soviético, cuando menos en su inmensa mayoría, está estusiasmado con la posibilidad real de llevar hacia adelante las reformas económica y política. El PCUS, en su XXVII Congreso, ha señalado el camino justo y acertado. Queda por delante un período histórico de lucha y de éxitos.

Un aspecto de la reforma económica

Una nueva ley aprobada por el Soviet Supremo regula la actividad laboral individual en algunos tipos de consultorios médicos privados, confección de ropa, arriendo de viviendas, clases particulares, trabajos mecanografiados, etcétera.

Legaliza también la actividad laboral individual en sectores en que hasta ahora estaba prohibida: reformas y construcciones en casas de campo, garajes, renovación de viviendas, reparación de aparatos eléctricos. Se permite realizar útiles de jardinería y horticultura, abrir salones de cosmética y peluquería, estudios fotográficos. Los propietarios de coches podrán prestar servicios de transportes públicos y utilizar los servicios de mecánicos para la reparación de sus automóviles. Los pequeños artesanos podrán vender su producción fuera de su ciudad.

Por último, esta nueva ley permite dedicarse a la actividad individual no sólo durante el tiempo libre o como complemento del trabajo en una empresa estatal, sino también como actividad principal; está permitido contratar aprendices, fundar pequeñas hermandades y cooperativas, además de recurrir a la ayuda de familiares.

R.M.

LOS CAMBIOS NECESARIOS

ZDENĚK MLYNAŘ

(Traducción: Saro de la Iglesia)

LOS intentos de reforma económica que hasta ahora se han realizado en la URSS han fracasado, han chocado, y no en última instancia, con barreras políticas: exigían cambios en el sistema político y social y no sólo en el económico. El temor a estos cambios necesarios ha sido siempre mayor que los estímulos para lograr una reforma económica.

También hoy todos los que se oponen a la actual política de reformas de la dirección del PCUS bajo Gorbachov cifran sus esperanzas en que se desarrolle un proceso similar. Y, cosa extraña, en esto coinciden tanto las fuerzas políticas que en el seno de la URSS defienden el actual sistema burocrático de gobierno como ciertos comentaristas occidentales, que niegan por principio la capacidad del sistema soviético para evolucionar y transformarse. Unos y otros consideran los cambios necesarios y la democratización del sistema soviético como una auténtica amenaza a los fundamentos del orden socialista.

Punto de partida y posibilidades de reforma

Yo en cambio opino que el sistema político soviético es reformable, que puede evolucionar progresivamente, para llegar a una transformación cualitativa, que de ningún modo significaría la extinción del orden socialista, sino su desarrollo. Se trata, sin embargo, de un objetivo mucho más difícil que el cambio del sistema de gestión económica: para alcanzarlo resulta imposible evitar serios conflictos entre los diferentes intereses sociales y es inevitable ganarse la desconfianza de los grupos sociales cuyos intereses coinciden con la conservación de los propios privilegios en detrimento de las necesidades y de los objetivos de toda la sociedad.

Considero que estos conflictos no expresan una lucha de clases, y que el estrato social que en la URSS aparece ligado a los procesos de gestión (la llamada élite dominante) no es una clase social en el sentido marxista del término. Lo cual no significa, por supuesto, que no exista dicho grupo social y que no ocupe una posición muy fuerte en la sociedad. Y parece evidente que el paso de la economía a una fase de desarrollo intensivo, planificado por la nueva dirección soviética, va a producir serios conflictos con parte de este grupo.

Las fuerzas sociales interesadas en mantener el *statu quo* y opuestas a la reforma no se hallan sólo en el seno de la élite dominante. El sistema existente hasta ahora ha supuesto beneficios injustificables desde un punto de vista económico también para ciertos grupos pertenecientes a la clase obrera, otros vinculados a la *economía no oficial*, etcétera.

Las fuerzas surgidas con la reforma *desde arriba* forman parte, desde el punto de vista socialista, sin lugar a dudas, de la élite dominante. La frontera entre defensores y detractores de la reforma (tanto económica como política) pasa, pues, por todos los grupos sociales de la realidad soviética. Caben por ello alianzas muy heterogéneas e imprevisibles, así como puntos de conflicto muy diversos. También por este motivo resulta extraordinariamente difícil la formulación práctica de un programa de reforma del sistema político, al menos tan concreto como el programa de reforma económica, y que se haga merecedor de un apoyo claro de la mayoría en cada uno de los grupos sociales.

Esta es actualmente la realidad de la URSS. Mientras que en el campo de la gestión económica existen hipótesis, suficientes y concretas,

sobre los cambios que es necesario realizar en el funcionamiento de determinadas instituciones (centro de planificación, ministerios económicos y empresas concretas) y sobre la necesidad de otorgarles una posición diferente y de definir de un modo nuevo las relaciones entre ellas, principalmente en lo que se refiere a los márgenes de autonomía; mientras que en el sector económico sucede todo eso, en el campo del sistema político, de momento, no se ha visto nada semejante. A excepción de algunas consignas muy generales o de ciertos objetivos (como la «*profundización de la democracia*» o «*el desarrollo del autogobierno*») y a excepción también de los nuevos métodos de actividad política (cuyo denominador común es: más crítica, más publicidad y la exigencia de prestaciones eficaces también en el campo del trabajo directivo) no existe ningún planteamiento concreto sobre los cambios necesarios en la función y en la estructura de las principales instituciones del sistema político.

La tesis oficial de la dirección soviética es que sin la democratización de todas las esferas de la vida social no puede lograrse la «*reconstrucción y la aceleración del desarrollo de la sociedad soviética*». ¿Pero qué significa esto en las condiciones reales de la URSS? ¿Qué cambios concretos en el sistema político cabe esperar y cuáles no, si la política de reforma se impone con éxito? Una respuesta a estas cuestiones, por muy general que sea, exige un análisis más detallado del punto de partida de la actual política de reforma soviética.

La democratización como medio

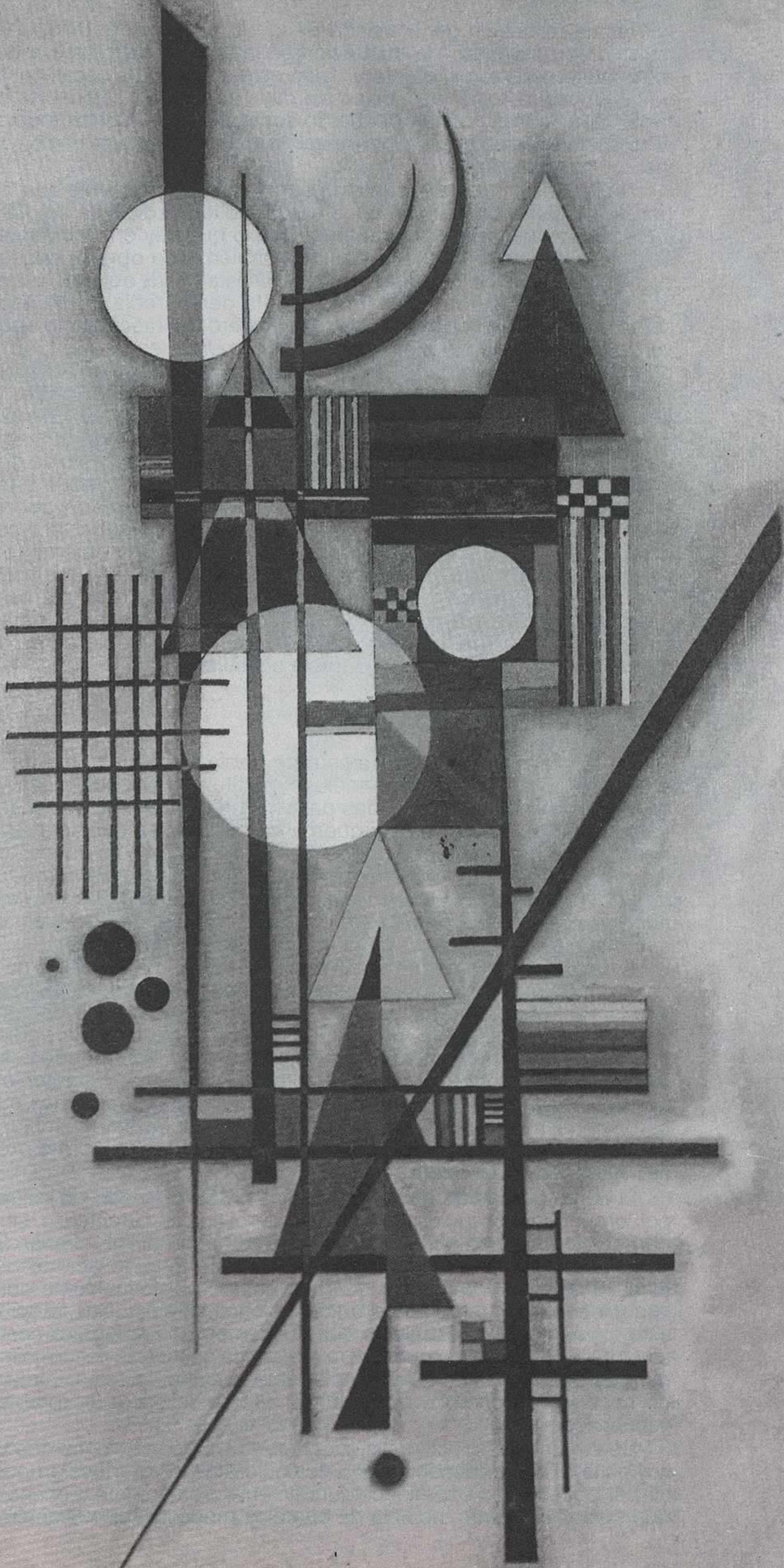
El objetivo principal de todo el proceso de reconstrucción de la URSS es, como sabemos, el paso de la economía de un estadio en el que su desarrollo está garantizado fundamentalmente por factores extensivos (crecimiento numérico de la fuerza de trabajo, nuevas inversiones, nuevas fábricas, etcétera), a un desarrollo industrial moderno, en el que el crecimiento esté garantizado por factores intensivos (la productividad del trabajo, la eficacia de la gestión, un mayor peso de elementos como la ciencia y la técnica, etcétera). Esto exige iniciativa e independencia, espíritu innovador, disponibilidad para la experimentación, interés por superar métodos de trabajo tradicionales por métodos nuevos, más eficaces, por parte de todos los implicados en el proceso productivo, desde los directivos de fábrica hasta los obreros.

«¿Qué es lo que ha quedado demostrado? ¿Quién ha salido perdiendo en el curso de la reconstrucción? Los innovadores, los hombres activos, los incansables, los que no se conforman con los resultados alcanzados. Estos hombres destruyen el estereotipo hasta ahora presente en el trabajo de ciertos cuadros dirigentes, les obligan a actuar; pero dichos cuadros no han progresado y no quieren cambiar el viejo modo de pensar.» Así plantea el problema Gorbachov en un reciente discurso pronunciado en la región de Krasnodar.

Parece, dicho tímidamente, como si se tratara de atributos subjetivos de «*ciertos cuadros dirigentes*». La realidad, sin embargo, es que todo el sistema político soviético, durante decenios, ha preferido este tipo de hombres y ha marginado, cuando no reprimido, a los innovadores y a los críticos.

Lo fundamental, sin embargo, es que hoy la dirección soviética es consciente de la necesidad de terminar con esta práctica si no quiere hacer fracasar toda la reconstrucción. Y es igualmente consciente de la oposición de las fuerzas interesadas en el mantenimiento del *statu quo*, porque siempre les ha proporcionado beneficios; sólo puede destruirse tal oposición con el estímulo de una crítica desde abajo. La democratización resulta, pues, imprescindible para hacer posible la actuación de las fuerzas antiburocráticas.

Pero, al mismo tiempo, en la actual realidad soviética no se trata, por supuesto, sólo de destruir los estereotipos en el trabajo directivo. Se trata también de afrontar fenómenos sociales de dimensiones inimaginables: la corrupción, la anulación de la crítica desde abajo, la defensa recíproca y la protección mutua en la burocracia como capa social, los privilegios materiales basados muchas veces en prácticas de-



lictivas, la relajación generalizada de la disciplina del trabajo, el alcoholismo, la pasividad y la frustración en la actividad productiva de los más diversos sectores, etcétera. Todo este conjunto de cosas constituye la atmósfera social específica sin cuya superación radical los objetivos de la reconstrucción quedarán sobre el papel. Contra todo esto, la dirección soviética trata de utilizar la democratización como instrumento, como medicina.

Teniendo en cuenta el punto de partida es comprensible que la exigencia de democratización en la actual política soviética se *diferencie esencialmente*, por su contenido, de lo que hoy en Occidente, no sólo todo marxista y socialista, sino también todo obrero, considera como desarrollo de la democracia socialista. Para quienes viven en sociedades industriales desarrolladas, la democracia (sobre todo la socialista) debe resolver el problema (dentro del mecanismo operativo de una sociedad dirigida tecnocráticamente, en la que todo está orientado en función de la eficacia y del beneficio) de cómo imponer de forma eficaz también los intereses humanos, las necesidades y los valores que no están al servicio de la eficacia económica y del beneficio, pero sin los cuales el significado mismo de la vida humana se vería amenazado. En el actual sistema soviético, en cambio, la democratización ha de servir para destruir el sistema burocrático basado en el arbitrio de la fuerza y en su poder sobre la sociedad y sobre las modernas fuerzas productivas; la democratización debe, por consiguiente, facilitar el funcionamiento de un sistema de gobierno tecnocrático y económicamente eficaz; sólo si esto se logra, cabe esperar que, en una posterior fase del desarrollo, las exigencias planteadas a la democracia en la práctica del sistema soviético puedan parecerse, por su contenido, al tipo de exigencias que la izquierda de occidente plantea hoy a una democracia socialista.

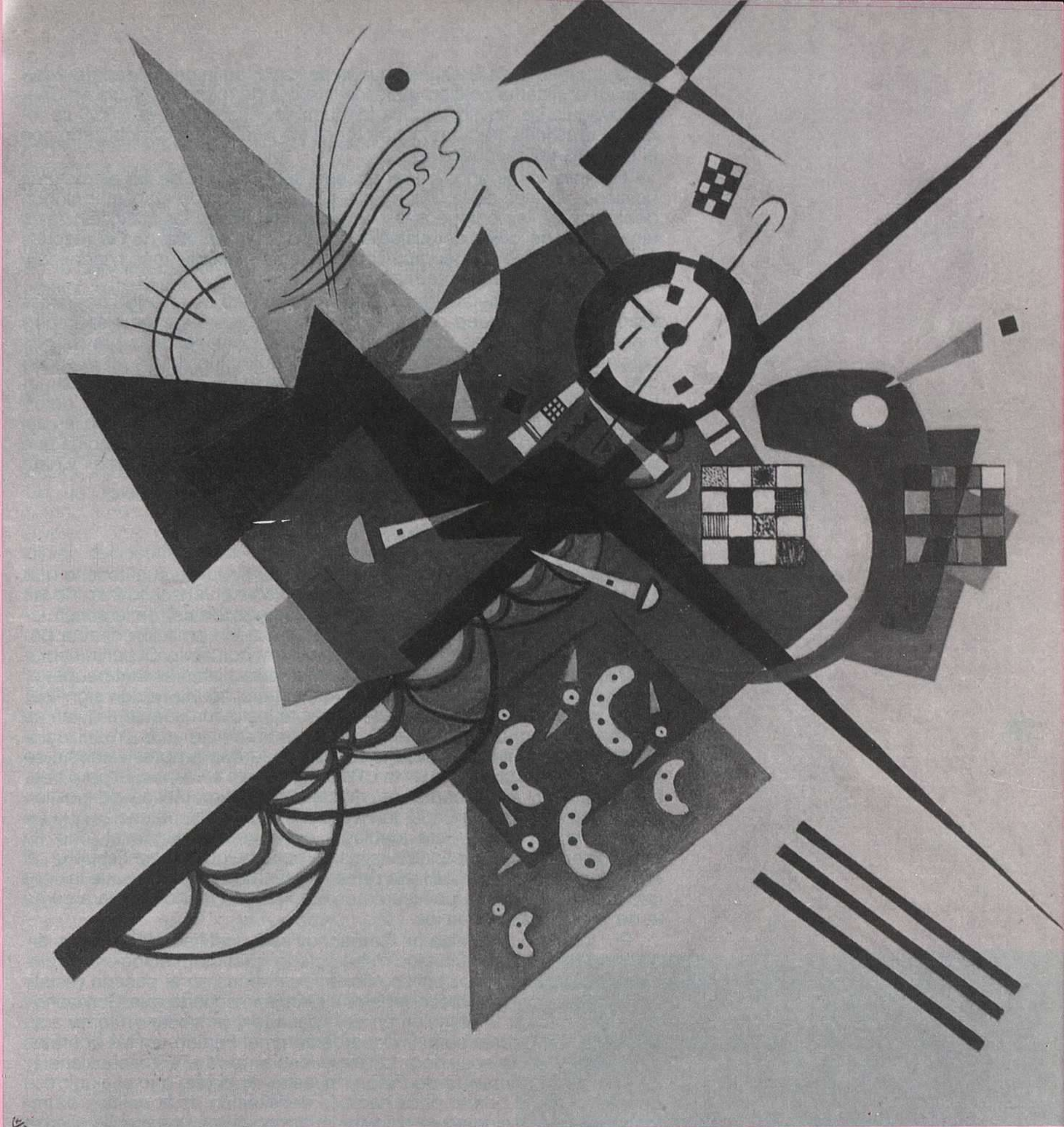
Obstáculos en el camino

En la prensa soviética reciente se habla continuamente de cuadros no sólo criticados, sino incluso destituidos por sus ideas y acciones innovadoras, incómodas para los burócratas. Se habla de burócratas del Partido que persiguen a los periodistas que se atreven a denunciar sus responsabilidades. De gente —y no sólo de los aparatos dirigentes— que *«manifiestan como su preocupación fundamental la de mantener el orden viejo, conservar sus propios privilegios, aunque ello vaya en detrimento de los principios, de las leyes, de la moral socialista, e incluso de la actual política»* (Gorbachov).

Es, sin duda, un hecho positivo el que cosas de este tipo no sólo sean criticadas, sino progresivamente modificadas en la práctica soviética de todos los días: se trata ya de un paso hacia la democratización. Indudablemente, no es más que un aspecto de la democracia, que sólo en las actuales condiciones de la URSS puede presentarse como el aspecto más importante. Sin embargo, y manteniéndonos en el seno de las condiciones soviéticas, si comparamos el presente con los últimos años de Brézhnev, es indudable que incluso en el camino de la democratización se ha producido un enorme progreso, entonces impensable.

El punto de partida del que hoy en la URSS arrancan los esfuerzos por lograr cambios incluso en el sistema político se caracteriza, sin embargo, por toda una serie de factores que hacen difícil y frenan la reforma política en un sentido democratizador. Se trata de factores de naturaleza objetiva y subjetiva, que han actuado históricamente durante largos períodos, y también de factores plenamente actuales, propios de este momento. En su conjunto contribuyen en primer lugar a convertir en tabú la problemática que afecta al sistema político soviético. Por ahora no se puede ni tan siquiera hablar abiertamente del tema, como puede hacerse, en cambio, con todo lo que se refiere a los problemas económicos.

Desde una perspectiva histórica, todas las generaciones que viven hoy en la URSS, pertenecientes a cualquiera de los grandes grupos sociales, poseen una experiencia fundamental común: la experiencia de que cualquier intento, no sólo de cambios prácticos, sino simplemente



de poner de manifiesto contradicciones y problemas en la esfera del sistema político, resulta sumamente peligroso y quien lo promueve acaba mal. De los tiempos del terror estalinista se recuerda que todo intento de discutir los problemas del sistema político —es decir, el papel del partido, del Estado, del derecho, de las organizaciones sociales y otras cuestiones semejantes— al final ha sido considerado siempre como un desviacionismo antipartido y antiestatal y sus autores han acabado en la cárcel o en el patíbulo. Sólo ha resultado admisible una única solución para los problemas políticos: la que en cada ocasión marcaba el Politburó de turno. De la época de Jruschov, cuando por última vez el Politburó del Partido habló de la necesidad de cambios incluso en la estructura política, se ha aprendido que ni siquiera entonces merecía la pena emprender una iniciativa en tal sentido. En los dieciocho años

de la secretaría de Brézhnev nunca se habló de la necesidad de reformas en el sistema político. Ante los intentos de reforma política en Checoslovaquia se movilizaron los tanques soviéticos y en la URSS se tomaron drásticas medidas contra todos los que habían simpatizado con el movimiento checoslovaco.

Durante veinte años, ni en el seno del PCUS, ni en las estructuras políticas oficiales de la Unión Soviética se ha podido mantener ningún debate sobre las perspectivas de desarrollo, sobre las insuficiencias y fenómenos de crisis del sistema político. Esta es otra de las razones por las cuales no existen aún sobre el tema hipótesis más concretas y elaboraciones lo bastante maduras.

Además, la inmutabilidad del sistema político de la URSS ha garantizado la inmutabilidad de ciertos privilegios; eso tiene también importancia. Los privilegios más importantes (así como las más graves discriminaciones) de los grupos sociales y de los individuos en la sociedad soviética se derivan de la posición que estos ocupan en la estructura del poder político. Quienes han obtenido beneficios de un determinado *statu quo* identifican fácilmente sus propias ventajas con las del socialismo en general y están predispuestos a ver en los cambios que pueden amenazar sus privilegios un «*peligro para el socialismo*» y para el «*poder de la clase obrera*».

Los límites actuales

De todo ello surge fácilmente la ideología según la cual todo lo que existe en la práctica del sistema soviético no es en absoluto fruto de las especiales condiciones históricas (internas y externas) de la construcción del socialismo en la URSS, sino la única encarnación directa posible de los principios formulados por Marx y por Lenin. Si Lenin hablaba del soviét como una forma de democracia históricamente superior a la representada por el sistema parlamentario, tal afirmación significa, para esta ideología, que es perfectamente justo enmudecer a quien se atreva a insinuar que Lenin tenía sin duda en mente unas organizaciones absolutamente diferentes a aquello en lo que progresivamente se han convertido los soviets en la URSS bajo Stalin en especial, pero después también, enmarcados en mecanismos burocráticos de gestión centralizada de la economía, tan limitados en sus competencias que resultan irreconocibles. Esta ideología sigue determinando el tono de párrafos enteros, dedicados al sistema político, que se contienen en el actual programa del PCUS. No debe extrañarnos, por tanto, que la concepción de la reforma política no esté de ningún modo tan clara como la de la reforma económica.

Por todo ello la política de Gorbachov está destinada a sufrir una larga serie de contradicciones. Y si es cierto que los principales problemas del actual sistema político tienen sus raíces en el pasado (estalinismo, jruschovismo, brézhnevismo), también es cierto que Gorbachov no quiere centrar la atención en este pasado y provocar en torno a su valoración un debate serio y discordante en el Partido, en los aparatos dirigentes y en la sociedad. La experiencia de la era jruschoviana (y también de la *primavera de Praga*) muestra de hecho que al eludir ese debate se dio el primer paso hacia la debilitación de la política de reforma, ya que al eludirlo se dificulta la formación de una amplia alianza de fuerzas capaz de llevar adelante la propia reforma: la posición de cada individuo depende, muchas veces, del tono con que critiquen el pasado y no de su capacidad o incapacidad para llevar adelante una nueva política de reforma.

Las contradicciones más graves surgen en la medida en que, por una parte, para el éxito de la reforma es necesaria la unidad del impulso *desde arriba* y del impulso *desde abajo* a partir del *mismo comienzo* del esfuerzo renovador, mientras que, por otra parte, una libertad política cualitativamente mayor y una autonomía real en la acción de los diferentes grupos sociales y de los individuos pueden ser sólo una *consecuencia*, no el punto de partida del proceso reformador. De lo contrario, en la específica situación económica, social y de relaciones de fuerza en la URSS existiría el riesgo de provocar, en vez de la reforma, una explosión de oposiciones dentro del actual sistema que llevaría fi-

nalmente a una restauración violenta de la estabilidad, acompañada, por supuesto, de una paralización de las reformas.

Todo ello condiciona en gran medida las posibilidades reales de cambio del sistema político soviético en los próximos años. No cabe esperar que se llegue a una transformación de las estructuras fundamentales en el sistema político soviético en lo que se refiere, por ejemplo, al monopolio del poder por parte del partido comunista, transformación que no puede ser propiciada por la victoria electoral de un partido de oposición. A mi entender, sin embargo, esto no significa que en la URSS no se pueda emprender el camino de un cambio cualitativo del sistema político existente hacia la democratización del gobierno y de la sociedad. Será, sin duda, un camino largo, que afectará a más de una generación de ciudadanos soviéticos; pero los próximos diez o quince años pueden ser decisivos para lograr que la democratización se convierta en un proceso irreversible y no acabe con una fase de regresión como sucedió tras los experimentos de Jruschov.

Considero verosímil que en un futuro inmediato se logre una democratización apoyada todavía en un procedimiento autocrático de adoptar y ejecutar decisiones políticas. Esto significa, en primer lugar, que se producirá un cambio en el estilo de trabajo, aunque manteniéndose en el ámbito del sistema político institucional vigente. El proceso decisivo seguirá siendo autocrático, pero acompañado de *consultas* a la sociedad, a los diversos grupos sociales. Es evidente que esto no garantiza el autogobierno democrático de la sociedad, pero puede hacer difícil, hasta el punto de anularla en la práctica, la posibilidad de adoptar decisiones claramente contrarias a la voluntad de la mayoría de los ciudadanos.

Considero que en el desarrollo en la URSS es necesaria una etapa histórica intermedia, no sólo porque *desde arriba* no se puede llegar a una democratización más radical a causa de la fuerte oposición por parte de la élite dominante, sino también porque *desde abajo*, de momento, no actúa, y tardará en actuar, una presión que defienda unánimemente los principios democráticos del gobierno. Por una parte, las tradiciones históricas y, por la otra, los intereses actuales de algunos grupos sociales (no sólo de la élite dominante) estimularán un sistema político autocrático (incluida la exigencia de *mano dura* para mantener «el orden»).

Al mismo tiempo, una dirección política decidida a lograr los objetivos que hoy en la URSS están ligados a la política de la «reconstrucción y aceleración del desarrollo» necesita conservar los instrumentos de presión del poder centralizado, para utilizar esta presión en interés de la reforma. Esto será especialmente necesario durante la fase de desarrollo, durante la cual el viejo mecanismo *no* funcionará ya automáticamente y el nuevo *no* será *todavía* capaz de funcionar eficazmente en el campo económico y social. En una situación como ésta, una dirección que realmente quiera *poner en marcha* el proceso de reforma no puede renunciar a los elementos fuertes del sistema autocrático de gobierno en el campo político, si no quiere correr el riesgo de perder su propia y decisiva influencia en el curso mismo de la reforma.

Así pues, en esta fase intermedia del desarrollo sólo cabe esperar que se logre una evolución cualitativamente nueva de las instituciones del sistema político: el establecimiento de garantías institucionales de un sistema democrático de gobierno en direcciones nuevas que el sistema soviético todavía no conoce.

Precisamente, sólo estas garantías institucionales pueden mostrar que la democratización se ha convertido en un proceso irreversible. Además, para que la reforma política en la URSS tenga realmente un significado concreto dentro del proceso de lo que se viene llamando reconstrucción, es necesario que ya en el futuro inmediato la problemática del sistema político deje de ser considerada tabú, al menos en la misma medida en que ya ha sucedido en el campo de la gestión económica.



LOS OPOSITORES VISTOS DESDE ESTADOS UNIDOS

STEPHEN F. COHEN (*)

Traducción: Saro de la Iglesia

ENTRE el pueblo que desea y auspicia cambios y la clase dirigente que anima tales cambios se interpone el aparato administrativo del partido y los ministerios, que no los quieren... Tomemos, por ejemplo, el Gosplan (Comité para la planificación estatal): para el Gosplan no existe autoridad, ni secretario general, ni Comité central. Sus funcionarios hacen lo que quieren... Se está produciendo una transformación... ¡Pero si supierais con cuánto esfuerzo sucede todo ello!»

Así hablaba el secretario general Mijail Gorbachov durante una reunión privada con una treintena de los más importantes escritores soviéticos. Lo que han contado los escritores que participaron en la reunión a algún extranjero coincide con lo que Gorbachov va diciendo, aunque con mayor cautela, públicamente en los últimos meses.

Las observaciones, animadas de espíritu combativo, del primer secretario confirman que su campaña por una «*reforma radical*» ha suscitado una «*resistencia que afecta a todas las instituciones*» del sistema político. Si bien es cierto que los comentaristas occidentales han atribuido a Gorbachov un poder personal exagerado, infravalorando gravemente el esfuerzo que debe realizar para producir cambios internos, nada de lo que se ha dicho antes debiera pillarnos de sorpresa. Numerosos factores, históricos y contemporáneos, han convertido a la Unión Soviética en un país profundamente conservador, en el que un dirigente que se autoproclama reformador —el primero que apareció en escena fue Nikita Jruschov hace treinta años— está destinado a suscitar un profundo resentimiento, temor y oposición.

De hecho, las propuestas de Gorbachov han chocado con numerosos intereses y actitudes burocráticas, como él mismo ha lamentado en sus discursos por todo el país. Un partido conservador y las élites del Estado se oponen a su proyecto de centralizar el control económico en la medida en que ello significaría una disminución de su «*poder y privilegios*»: se oponen a la política de Gorbachov de mayor libertad en los medios de comunicación y en la vida cultural, mantienen que esta libertad provoca «*demagogia*» y perjudica «*la educación heroico-patriótica de nuestra juventud*»; critican también la apelación de Gorbachov a una «*democratización de la sociedad*», afirman que eso significaría una «*alteración de nuestros fundamentos*» y una forma de «*anarquía*», y terminan con la acusación a las reformas que él propone que equivalen —dicen—, ideológicamente, casi a «*una renuncia a nuestros principios*».

Según Gorbachov y sus aliados, esta oposición de los burócratas y de las élites asume diferentes formas. Ignorar las directrices reformadoras que proceden de arriba es el tipo de resistencia más frecuente, pero existe también un sabotaje declarado. Al Comité Central llegan cartas que exigen poner fin a los cambios. Y por los datos que tenemos parece que «*en todas las instituciones se están difundiendo*» ataques verbales a la política de Gorbachov. Los jefes locales ponen trabas a la prensa local, que Gorbachov está tratando de estimular, al tiempo que en las organizaciones estatales y de partido los funcionarios favorables a las reformas suelen ser molestados por sus superiores.

Tampoco Gorbachov puede hacerse ilusiones respecto a que los ciudadanos deseen unánimemente reformas fundamentales. Muchos de ellos están preocupados por los cambios propuestos, que aumentarían drásticamente el nivel cualitativo del trabajo, los precios de los produc-

(*) Profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Princeton, Estados Unidos.



DOSSIER



tos alimenticios y de los alquileres. Algunos, profundamente puritanos, se escandalizan ante la nueva franqueza de los medios de comunicación, que hablan de la droga, de la prostitución y de la educación sexual, y otros, para quienes el vodka se ha convertido en la razón de su existencia, se oponen a las severas medidas de Gorbachov en este terreno.

Todo esto ha sido admitido por Gorbachov hablando con los escritores, al mismo tiempo que expresaba su resentimiento ante las críticas circulantes, según las cuales él sería no un secretario general sino un «*mineral*» (como el agua) o ante eslóganes del tipo de «...*¡que vuelva Brézhnev!*».

En el nivel más elevado del sistema político el alcance de la oposición anti-Gorbachov es menos evidente, pero existe. La mayoría de los miembros con derecho al voto del Comité Central elegidos en febrero ocupan sus cargos desde la época conservadora de Brézhnev. Estos importantes colectivos contestatarios incluyen a representantes del Ejército, en desacuerdo con las prioridades establecidas por Gorbachov para las inversiones y con sus propuestas para un control del armamento. En el Comité Central hay también dirigentes del partido, del «*aparato*», que son objeto de críticas cada vez más duras por parte de Gorbachov y de sus aliados. Por último, están también los más altos funcionarios estatales, es decir, los superiores de aquellos a quienes Gorbachov llama «*esos mezquinos planificadores y funcionarios ministeriales*».

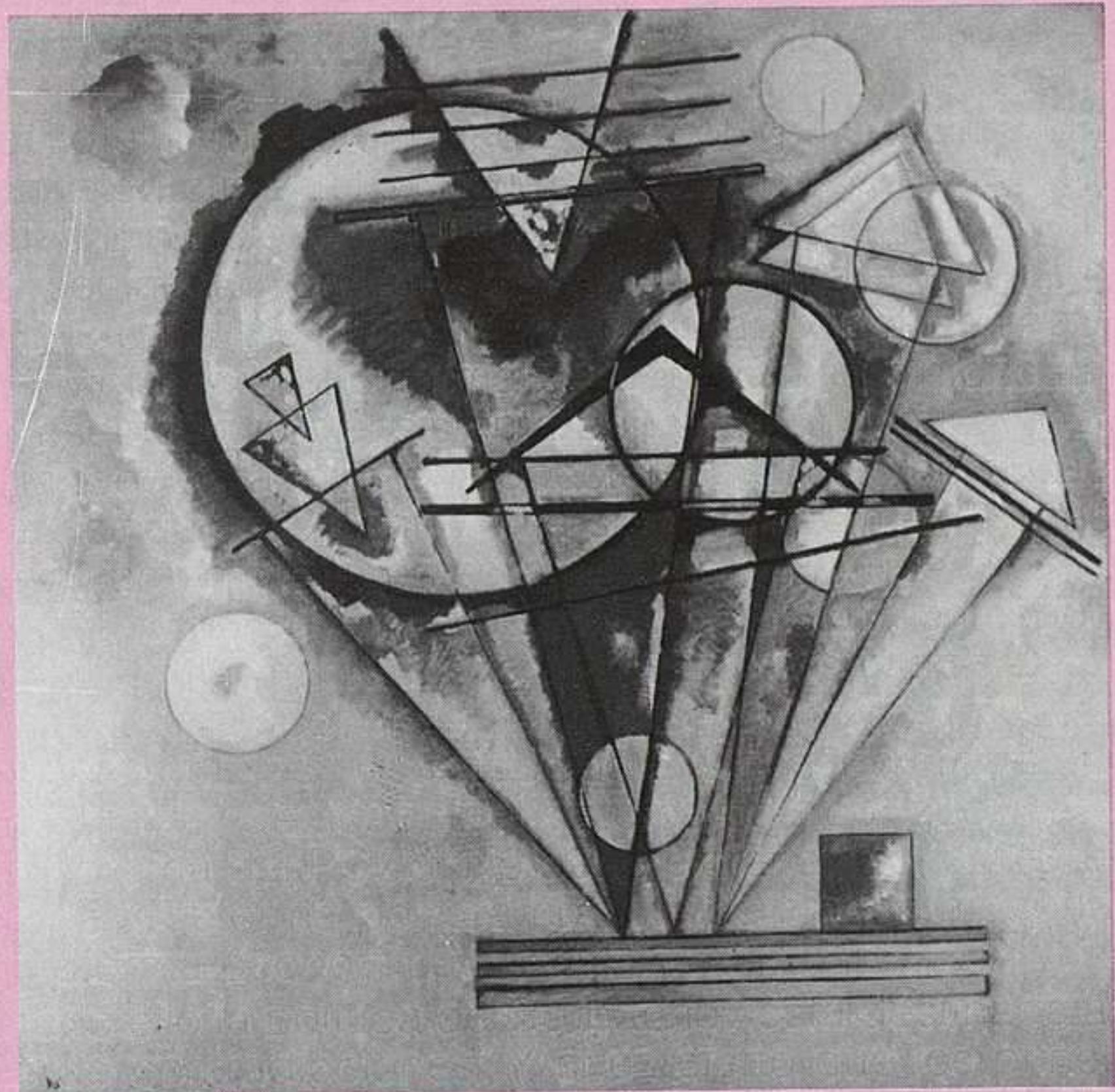
En lo que se refiere al Politburó, que incluye al jefe del Gosplan, al primer ministro y a una mayoría de miembros con derecho al voto nombrados por Brézhnev y por Andropov, se intuye, por la diversidad del tono y contenido de los discursos, que existen divergencias sobre las principales cuestiones internas. Hablando a los escritores de forma privada, Gorbachov ha negado la habitual ficción de una clase dirigente unánime con una franca y breve observación: «*En lo que se refiere a la situación en el seno del Politburó: se ponen de manifiesto choques y discusiones*».

Nada de esto significa que Gorbachov esté abocado al fracaso, sino que, hoy, la lucha por una reforma en la URSS es dura y amplia. Del mismo modo que sucedió con Jruschov, millones de ciudadanos normales, millares de funcionarios del partido y estatales y muchos miembros de la *inteligencia* desean los cambios que Gorbachov promete. A pesar de las referencias amenazadoras de ambientes oficiales conservadores, que recuerdan la muerte de Jruschov, el peligro actual no es tanto que Gorbachov sea destituido como que obstáculos insuperables lo conviertan en un dirigente del *statu quo*, en otro Brézhnev.

Así pues, mucho depende de la capacidad de líder de Gorbachov. Si sus recientes declaraciones públicas y privadas son un indicio, es un reformador nato y vocacional, cuya determinación presenta caracteres heroicos —según algunos rusos incluso «*quijotescos*»—. Ya no sólo habla de modernizar la economía, sino de crear «*el verdadero rostro del socialismo*», como si éste no existiera en la Unión Soviética; mientras que en privado se preocupa por las poderosas élites que intentan «*manipular o derribar a la nueva dirección del partido*», públicamente proclama con orgullo: «*Nosotros no retrocederemos*». Y, en vez de ocultar tácticamente el alcance de su programa, da a conocer que dicho programa significa una «*verdadera revolución*» y que tiene en mente «*medidas aún más atrevidas*». Como Gorbachov dijo a los escritores, «*todavía no hemos hecho nada, sólo hemos empezado a andar el camino*».

Por ello resulta aún más lamentable que la Administración Reagan se oponga, a pesar de las importantes concesiones de Gorbachov, a poner fin a la carrera de armamento, cosa que Gorbachov necesita fundamentalmente para poder continuar el camino de las reformas. Queiriéndolo o no, los Estados Unidos se han aliado con la élite conservadora soviética que representa un obstáculo en el camino de Gorbachov.

DOSSIER





Sentido común y nuevas convicciones

Hay individualismo e individualismo

Salvatore Veca

● No es nada fácil entender qué se esconde tras los cambios del sentido común y de las filosofías implícitas en los juicios intuitivos con que se construyen las *culturas*. Las transformaciones de los valores compartidos o de las culturas parecen prestarse a veces a caricaturas. Una de éstas es sin duda la relativa al *individualismo*, una de las filosofías dominantes y sólidas en amplias capas del sentido común: ¿es ésta, la del individualismo, la imagen con que las zonas y las áreas metropolitanas más avanzadas se ven desde el resto del país?

He observado multitud de veces que *individualismo* quiere decir mil cosas. Es fácil darle la versión que esté de acuerdo con nuestros gustos. Así, es posible presentar la cultura individualista como una cultura basada en el egoísmo generalizado, fundamentada en una visión *anárquica* que convierte las vidas individuales de cada uno de nosotros en banco de prueba de todos los valores: la perspectiva se reduciría y se limitaría, en ese caso, al análisis de lo que es importante para cada uno de nosotros, desde el interior de nuestras vidas, y, en consecuencia, se resquebrajarían y destruirían todas las lealtades o vínculos colectivos; en definitiva, un proceso de debilitamiento de los lazos sociales tradicionales.

Quienes presentan de esa forma la cultura individualizada tienen la idea de que cuanto más nos emancipamos de tales nexos sociales (vividos como imposiciones o como limitaciones) más posi-

Existe una cultura individualista basada en el egoísmo generalizado que presenta los vínculos sociales como limitaciones a la propia vida. Pero existe otra cultura individualista orientada a los ideales y necesidades de los demás

bilidades ganamos para nuestra propia vida. Es muy fácil que tal concepción desemboque en el modelo de la carrera individual o de la biografía privilegiada: la filosofía del individualista se convierte en paradigma de la carrera individual que cuando la suerte ayuda puede ponerse como modelo (hay poca sensibilidad, naturalmente, hacia los casos de mala suerte que, de todos modos, se achacan a la responsabilidad individual).

El énfasis puesto en los valores del individuo, así entendido, parece ser una salida posible al largo ciclo de experiencias en las que la decepción ha culminado expectativas o esperanzas relacionadas con la vida pública o con la actividad colectiva, lo que ha conducido a la tan extendida y nefasta idea de la lejanía o irrelevancia de la política: naturalmente, hay una renuncia implícita a creer que la política pueda tener sentido e importancia para los indivi-

Una cultura política inteligente deberá ser sensible a la segunda versión del individualismo: la sociedad democrática exige ciudadanos individualmente responsables para fines colectivos comprometidos con la colectividad, con su propia cabeza y con sus propios intereses



sentido común de los años 80. Pero la silueta perfilada, igual que en algunos experimentos de teoría de la visión, puede contemplarse también de otro modo.

Una perspectiva limitada

Se pueden elegir los elementos de una versión del individualismo que no coincide con esa caricatura del individualismo como egoísmo generalizado. El rechazo de los nexos y de los vínculos no significa en sí mismo una renuncia, como individuos, a ser *buscadores de valores*. Del mismo modo que existe un imperativo del tipo «*hazlo tú mismo*» orientado a los más limitados intereses personales, existe también un «*hazlo tú mismo*» orientado a los intereses y a las necesidades, a los ideales o aspiraciones de los demás.

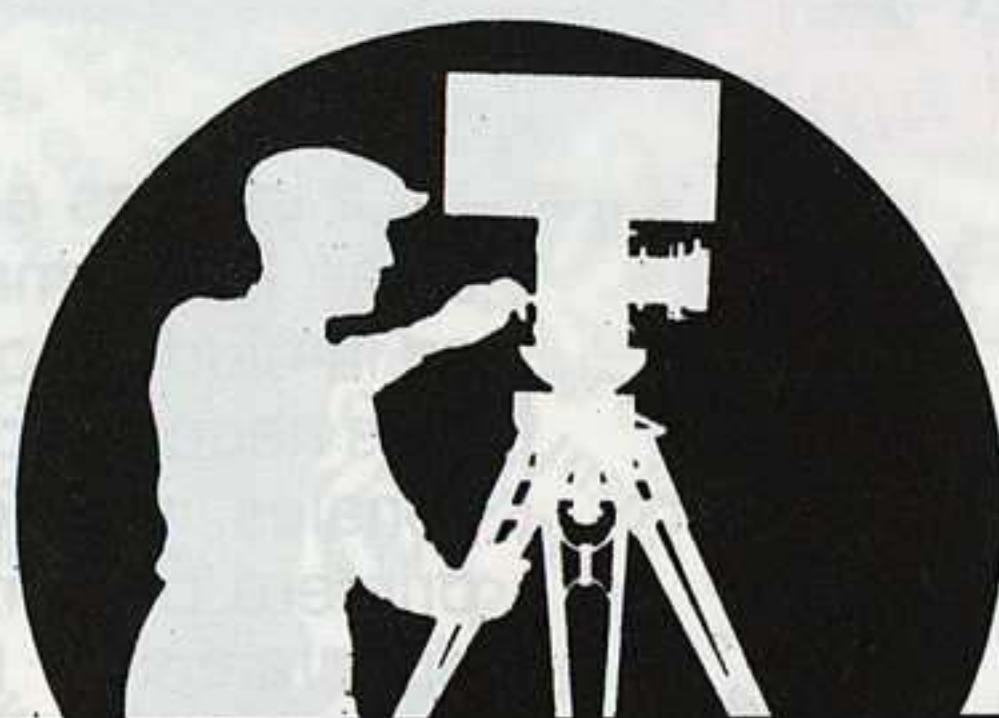
La idea es ésta: tenemos algo que hacer porque están los demás y ellos comparten nuestra suerte, en la ciudad, o aspectos de ella; pero lo que debemos hacer, lo que podemos hacer para fines impersonales, lo haremos solos sin delegarlo en otros, en primera persona, en pequeño, teniendo en cuenta directamente los efectos visibles, para nosotros mismos, de nuestra acción y de nuestra inversión de recursos personales.

Se define así algo parecido a una más intensa *responsabilidad* individual para fines colectivos. De nuevo la política (el conjunto de sus instituciones, de sus actores y de sus actividades) es concebida como remota o como una esfera separada y lejana: hay cosas importantes que, como individuos, como *tú* o como *yo*, podemos hacer por los demás; y vale la pena hacerlas.

Hay buenas razones para actuar en este sentido.

En una primera versión, el individualismo lleva a una filosofía práctica basada en las propias razones personales y en las propias oportunidades. En una segunda versión, el individualismo lleva a pensar que merece la pena actuar con los demás y para los demás por razones más intersubjetivas y, como he dicho, impersonales. Se trata, pues, de dos formas esencialmente diferentes del *¡hazlo tú mismo!* Mi impresión es que una cultura política inteligente debiera ser especialmente sensible a lo que de bueno existe en la segunda versión del individualismo, ligada a la idea de la responsabilidad individual y a las razones para invertir recursos personales en favor de los demás.

Es evidente que sería necio confundir ambas versiones del individualismo. Una filosofía pública coherente, en sociedades democráticas, exige ciudadanos individualmente responsables para fines colectivamente preferibles. Así, quizá, al margen de caricaturas, la lección que puede sacarse de estas someras observaciones, inevitablemente meras impresiones, es que la política debe lograr ganarse el *respeto* y la *confianza* de los ciudadanos, entendidos como hombres y mujeres responsables, cada uno de ellos comprometido con los demás con su propia cabeza, con sus propios ideales, con sus propias necesidades e intereses.



El cine español al advenimiento del PSOE

Escaso margen para el optimismo (*)

Carlos F. Heredero

Para comprender con exactitud el alcance real y las coordenadas en las que ha debido moverse la gestión del Gobierno socialista en el terreno del cine español durante sus tres primeros años, es decir, bajo el mandato de Pilar Miró en la entonces llamada Dirección General de Cinematografía, es preciso dibujar previamente, siquiera a título orientativo, el mapa existente cuando la hoy directora general de TVE entra por primera vez en su despacho.

1976/1982: Sumidos en la crisis

La producción venía experimentando una regular y continuada curva ascendente desde el año 1970, que se quiebra en el bienio 1978/79, pero que remonta de nuevo al año siguiente y alcanza la cifra de 118 largometrajes de producción íntegramente nacional en 1982, cota máxima alcanzada hasta ahora por nuestra industria. Las razones más claras de este ascenso hay que situarlas en el período 1980/82; por aquel entonces nu-

(*) El presente texto reproduce, corregido y ampliado, uno de los capítulos que componen el trabajo *Cine español 1975/1985*, elaborado para una editorial alemana que pretende publicar un volumen sobre el mismo período de la reciente historia de España, en sus diferentes aspectos. Representa, por tanto, en su actual publicación, una aportación inédita.

merosas empresas alientan la fabricación en cadena de productos ínfimos, mayoritariamente destinados al mercado de títulos «S», con lo que conseguían un doble objetivo: sacar, por un lado, el mayor partido posible al filón abierto por la nueva permisividad administrativa y generado por el carácter de novedad que tales cintas suponen en la programación de las salas, y, por otro, el sector de la distribución satisfacía así, a un precio inusualmente bajo, su necesidad de títulos nacionales para conseguir licencias de importación de material extranjero.

Dicho en otros términos, las multinacionales invertían pequeñas cantidades a modo de *impuesto revolucionario*, para continuar introduciendo productos americanos que, con asidua frecuencia, desplazan a las películas españolas de las carteleras.

Esta situación se rompió parcialmente al normalizarse las expectativas del público, suprimirse la categoría «S», regularse la calificación «X» (porno duro), con cierto rigor, y abrirse, a partir de la producción legislativa del nuevo Gobierno y de los segundos acuerdos con TVE, una nueva etapa que posteriormente abordaremos con detenimiento.

La crisis industrial que había empezado a gestarse en los últimos años del franquismo y la progresiva descapitalización que llevaba consigo, desembocó ante una extraña mezcla de ineptitud, pasividad y negligencia por parte de los sucesivos gobiernos de la derecha y de sus respectivas direcciones generales de cinematografía, en una desorganizada reconversión del sector donde sólo imperó la lógica de las multinacionales (a través de las más potentes distribuidoras, filiales de las

majors americanas), el anacronismo empresarial y fiscal de los exhibidores (obsolescencia de los locales y de los sistemas establecidos de programación, escandaloso fraude en el control de taquilla) y el voluntarismo atroz de unos cuantos francotiradores que luchaban por abrirse paso en medio del caos.

Comienza ya entonces a desaparecer la figura del productor como persona activa que rastrea y canaliza la financiación necesaria para realizar una película. Con honrosas excepciones de todos conocidas, la mayoría de las casas productoras empiezan a practicar una actividad intermitente, inconexa, forzada por las circunstancias a no pocos planteamientos oportunistas y a un abundante contingente de productos indefendibles, lógica consecuencia de una industria permanentemente en crisis, excesivamente afecta a mirarse el propio ombligo, con dificultades hasta ahora insalvables para penetrar en los mercados extranjeros y peligrosamente proclive a los triunfalismos de corto alcance y miope optimismo; colonizada todavía, de forma capilar, por la potente maquinaria de la industria yanqui.

En el campo de las empresas distribuidoras se había pasado de 204 empresas nacionales censadas en 1976 a tan sólo 80 en 1983.

En el mismo período, el número de salas de exhibición que permanecen activas pasa de 5.076 a 3.939 para el conjunto del territorio nacional. La contracción del negocio se explica en función de varios factores: la competencia que supone la programación cinematográfica de la televisión (cerca de 400 películas anuales: un promedio de algo más de un film por día), el continuo aumento del precio de las entradas, la pujanza del video en sus múltiples vertientes (proliferación de video-clubs, videos comunitarios, piratería incontrolada) y, de manera significativa, la torpeza y lentitud exasperante con que los empresarios de la exhibición (el sector más retrógrado, conservador y cavernícola de toda la industria) están abordando la inevitable reconversión de las salas (tamaño de las mismas, condiciones de proyección, comodidad de las butacas, reformulación de horarios, etcétera).

Por otro lado, la concentración monopolista del mercado en torno a las grandes multinacionales americanas y sus casas filiales sigue ejerciendo un fuerte poder coercitivo sobre el funcionamiento de la exhibición (contratación en lotes, imposición de fechas, adelantos discriminados que condicionan la producción nacional, etcétera).

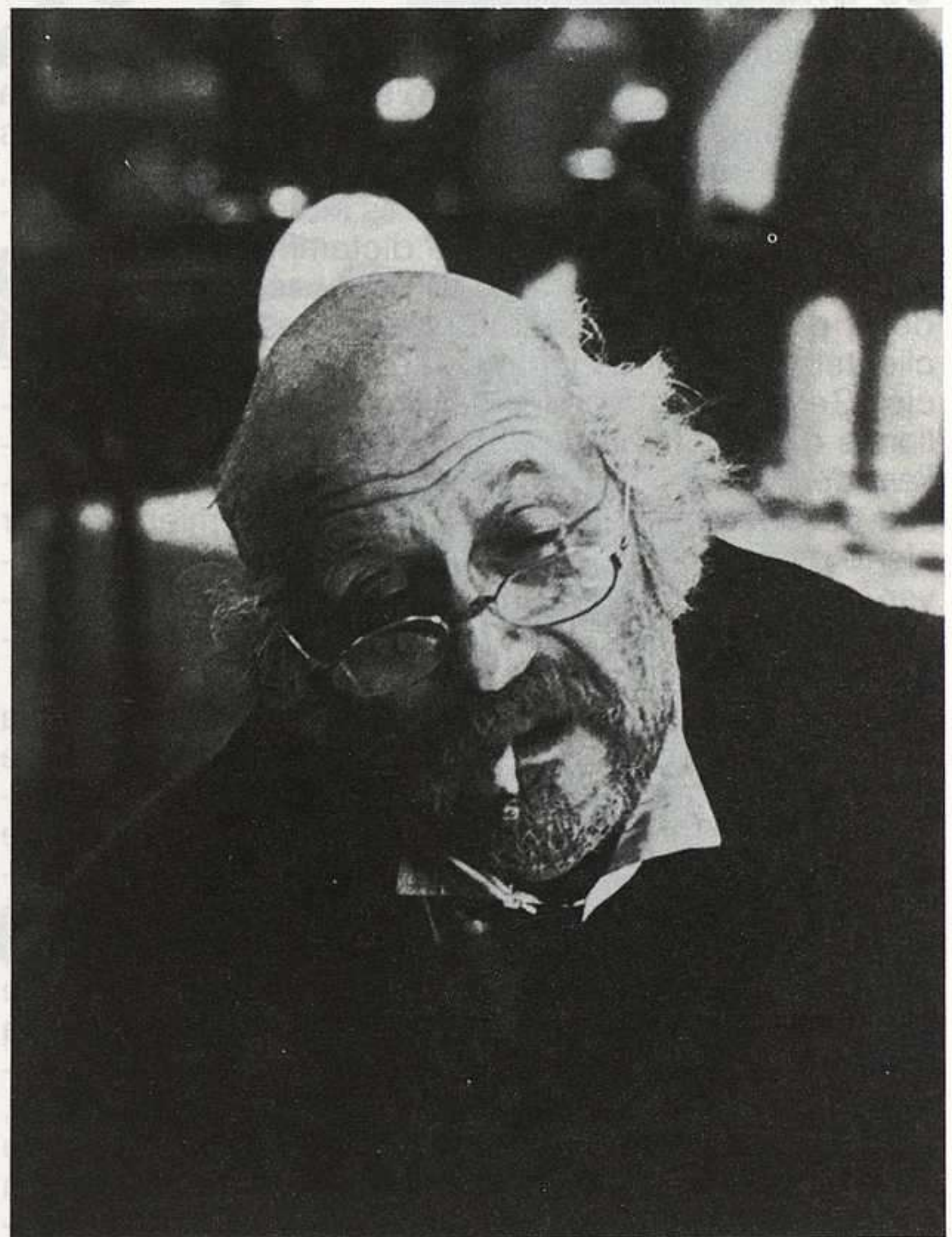
Hasta la llegada del Gobierno socialista, el único mecanismo instrumentado por la Administración para la protección del cine español consistía en la llamada *cuota de pantalla* (obligatoriedad de proyectar, una proporción determinada de días, películas nacionales). Sin embargo, los exhibidores se había empeñado, de forma imaginativa pero tozuda, en boicotear sistemáticamente estas medidas (relegando los títulos españoles a fechas indeseables de temporada baja, emparejándoles en programas dobles, etcétera), lo que junto al comprobado y alarmante fraude en el control de taquilla supone una sangría determinante para los ingresos del cine español.

Si a todo ello unimos los porcentajes de beneficios que se quedan los exhibidores (cerca de 60 por 100 de la recaudación declarada), la recuperación del dinero invertido por parte de los productores nacionales se convierte en poco menos que una aventura suicida.

Es imprescindible tener en cuenta este conjunto de coordenadas, algunas de las cuales siguen operando



«El caballero del Dragón», de Fernando Colomo.



«Luces de bohemia», de Miguel Angel Díez.

tal cual en el momento actual, a la hora de contemplar el panorama al que se enfrenta el nuevo equipo del PSOE cuando se hace cargo de la Dirección General de Cinematografía.

El triunfo por mayoría absoluta del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en los comicios legislativos de 1982 y la subsiguiente llegada de Pilar Miró a la Dirección General de Cinematografía hacen concebir a casi toda la profesión generalizadas esperanzas de recuperación. El balance final de tres años y medio de gestión al frente de los designios administrativos del cine español por parte de la directora de *El crimen de Cuenca* y de *Gary Cooper, que estás en los cielos*, es considerablemente contradictorio y lleno de inexplicadas actitudes, que no han contribuido en nada a la necesaria clarificación.

Lejos del triunfalismo complaciente con que fueron recibidas en numerosos sectores, sí hay que registrar en el haber las medidas encaminadas a subvencionar la producción de películas españolas mediante adelantos anticipados sobre la protección oficial. Este mecanismo junto a los derechos de antena de TVE (el Ente estatal contribuye con una cantidad a la producción del film a cambio de los derechos de programación en la pequeña pantalla al cabo de dos años de exhibición comercial) y las subvenciones otorgadas por algunos gobiernos autónomos (fundamentalmente Cataluña y Euskadi, más tímidamente Valencia, Galicia, Andalucía y Castilla y León) hacen posible que, para una determinada parcela de la producción nacional, se empiecen a despejar algunas incógnitas.

1982/85: Luces y sombras de una gestión

No obstante, es preciso matizar algunos detalles de esta política. Para empezar, no se puede olvidar que la fórmula puesta en marcha para la toma de decisiones y la concesión de las subvenciones (con la presencia, en algunos casos física y en otros indirecta, en la comisión ministerial encargada de dictaminar de los interesados solicitantes) provocó no pocos recelos en el seno de la profesión y fundadas sospechas de amiguismo clientelar nunca suficientemente aclaradas por la Dirección General. La inversión desproporcionada de 130 millones de pesetas en un proyecto como el de *El caballero del dragón*, de Fernando Colomo, o el apoyo a *Luces de Bohemia*, de Miguel Ángel Díez, miembro por cierto de otra comisión asesora del Ministerio, constituyen —cuanto menos— una alegre disposición del dinero público sin las mínimas garantías que serían exigibles.

Otra consecuencia inevitable ha sido la dependencia de la protección pública para la puesta en marcha de cualquier producto cinematográfico que pueda considerarse dentro de un estándar industrial medio, que se ha desvelado como imprescindible para la supervivencia de una industria nacional digna, de aceptables niveles culturales y mínimamente competitiva. Pero, como contrapartida, se ha generado un retraimiento de la inversión privada cuyo más destacado síntoma es la extrema dificultad actual para conseguir los anteriormente tradicionales adelantos de distribución. Ahora, las más potentes distribuidoras (gobernadas, como se sabe, desde la metrópoli del imperio) esperan a ver la película terminada y si les gusta (es decir: si consideran que pueden extraer beneficios de ella) entonces ne-



gocian un contrato de distribución que no se caracteriza precisamente por su generosidad.

Item más. La política de subvenciones que ha caracterizado el mandato de Pilar Miró ha producido, en su instrumentación concreta, dos gravísimas consecuencias: la casi paralización en el acceso de nuevos realizadores a la profesión y la generalización abusiva de títulos *de prestigio*, a menudo como

adaptaciones de obras literarias o teatrales, en detrimento de otras opciones creativas más arriesgadas, comprometidas o innovadoras. Ambos son factores que es necesario analizar por separado.

En el primer caso, y repasando la lista oficial de producciones subvencionadas, es patente la opción por los directores ya consagrados, los valores seguros de cara a la taquilla, los realizadores que garantizan un acabado artesanal de buen nivel, las producciones montadas sobre seguro que apuestan por un *look* comercial supuestamente competitivo. Se juega a los títulos de prestigio, a la búsqueda de premios en los festivales internacionales y a la promoción exterior de películas *sonoras* (y luego nos referiremos a esta faceta). Por el contrario, el riesgo que representan los nuevos realizadores, las obras experimentales o de vanguardia, los proyectos que *no se ven claros* en el guión, las producciones más arriesgadas, opera claramente como un factor disuasorio. Es una política cultural de fachada y campanillas, más atenta al prestigio coyuntural que a la realidad de la infraestructura. Una opción a la que hay que reconocer extremada coherencia con la política, en modo alguno socialista, que practica el PSOE tanto desde el Gobierno central como desde las instituciones autonómicas o municipales.

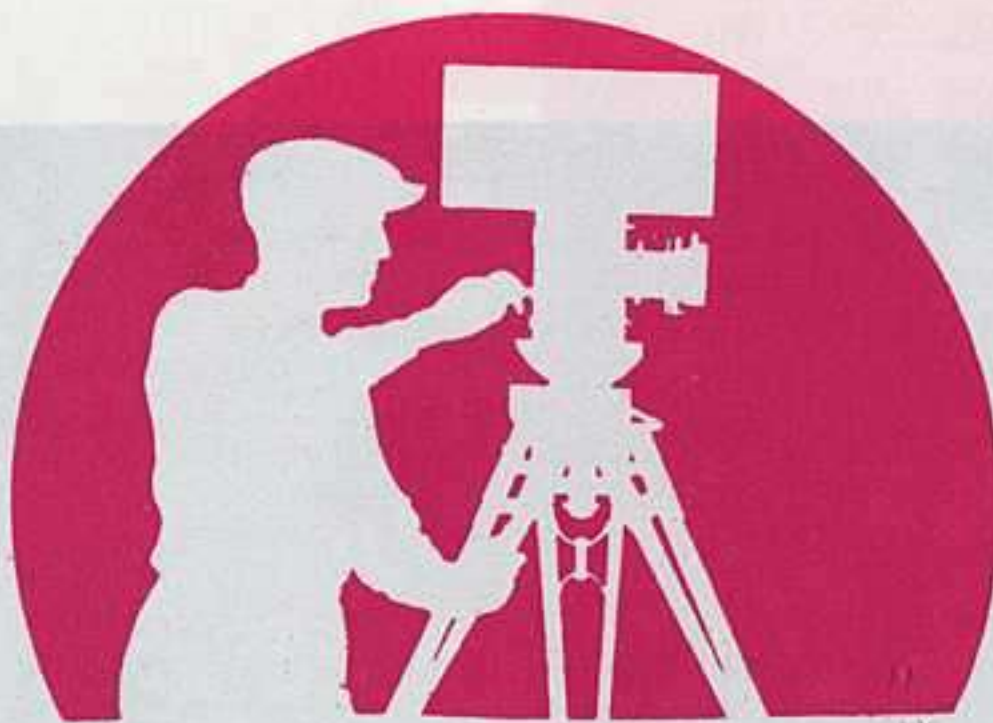
El segundo de los aspectos citados, en estrecha vinculación con el anterior, ha generado una aburrida, académica, pretenciosa y generalmente fallida lista de adaptaciones literarias, que han hecho poco por sus referentes escritos y absolutamente nada por el cine español. Salvando el caso atípico y encomiable de Vicente Aranda, un adaptador vocacional que, además, hace cine y no se limita a ilustrar literatura, y la figura respetable, pero menor, de Mario Camus, cuyo nivel profesional le sitúa muy por encima del resto de sus compañeros en estas lides, la inmensa mayoría de las adaptaciones sólo han servido, en el mejor de los casos, para divulgar popularmente algunos títulos interesantes de nuestra novelística y, en el más generalizado de los supuestos, para aburrir al espectador y dar trabajo a un grupo de profesionales (faceta, esta última, que estamos lejos de desdeñar).

Para ser justos, es preciso añadir que esta tendencia creativa ya había sido promocionada de forma mucho más clara y consciente por los primeros acuerdos cine-TVE en el año 1980/81, mediante la inversión de 1.300 millones dirigidos casi exclusivamente hacia este campo, origen real de tan acomodaticia como persistente tentación ilustradora.

Frente a la exhibición, la política de la Dirección General resultó igualmente ambigua: de un lado se avanza considerablemente al suprimir las ayudas de la Administración a los productos de calificación «S» y se regulan (no sin ciertos resabios censoriales de carácter económico y discriminatorios para las pequeñas poblaciones) las salas «X», pero del otro no se adelanta nada en la defensa de los derechos del espectador (más allá de un inútil y propagandístico libro de reclamaciones



sito en el Ministerio) y tampoco se instrumentan las gestiones necesarias para ayudar a la reconversión de los locales. Esta situación, acompañada del talante escasamente dialogante de Pilar Miró, produce descontentos en ambos bandos: los espectadores continúan desamparados frente a la impunidad con que numerosos locales perpetrar insolentes atentados a la integridad de los films o a los derechos más elementales del público, y los empresarios, ya de natural poco predispuestos a modernizar sus instalaciones, tampoco encuentran el marco administrativo que estimule la reconversión.



La política de despachos se instala definitivamente cuando desde las mesas de la Dirección General se decide unilateralmente cortar de raíz las subvenciones públicas a todos los festivales de cine, con dos sabrosas y significativas excepciones: San Sebastián y Huelva. Existiendo un acuerdo general en el diagnóstico de una situación anómala (en la que proliferan los certámenes por doquier, muchas veces sin más justificación que la promoción turística de la ciudad de turno y, a menudo, sin apenas sentido cinematográfico o cultural alguno), la solución aplicada se revela contradictoria, arbitraria en sus maneras, pero significativa en sus implicaciones. El resultado es el abandono de certámenes tan interesantes como Valladolid y Barcelona, y la desaparición por tres años de Benalmádena. Se opta, en cambio, por mantener el escaparate comercial de San Sebastián (con el PNV, el Gobierno vasco y las multinacionales de la industria sospechosamente detrás de esta decisión) y el inútil festival de Huelva, que durante años había sido subsidiario de Benalmádena, pero que contaba en cambio con el beneficio de jugar a favor de la política del Gobierno central respecto a Latinoamérica; razón claramente extracinematográfica que la propia directora general llegó a reconocerme en privado dentro del marco del festival de Valladolid de 1984.

El abandono sectario y la consiguiente liquidación transitoria de Benalmádena (recuperado nuevamente en 1986, cuando Fernando Méndez-Leite accede a la Dirección General) suponía la negligente dilapidación de una opción que durante todos los años anteriores había abanderado el cine más comprometido y de vanguardia, más independiente y menos sujeto a las imposiciones del mercado. Opción y modelo que, por otra parte, también representan Pésaro en Italia o Mannheim en Alemania, sin necesidad de entrar en contradicción con la pesada maquinaria de Venecia o Berlín.

1986: Europa en pantalla

Finalmente, la discutible gestión de Pilar Miró se cierra con la incapacidad de hacer frente al peligroso reto que para nuestra industria supone el ingreso en la CEE. Suponiendo que fuera verdad la aseveración de que los términos del acuerdo (sin período transitorio alguno) ya habían sido cerrados por el Gobierno de UCD en lo que al cine se refiere (y conviene recordar que este supuesto es el más favorable para la evaluación de la política Miró en este área), no caben por menos que deducirse las siguientes conclusiones: a) responsabilizándose con la larga lista de promesas fraudulentamente incumplidas por su propio Gobierno, Pilar Miró no levanta la alfombra de su despacho cuando entra en él o, si lo hace, mantiene durante más de dos

años un silencio cómplice de, b) el planteamiento propagandístico, con miras electorales, bajo el que se firma el acuerdo con la CEE, vendiendo literalmente significativos sectores industriales y comerciales de nuestro país a los intereses comunitarios a fin de no obstaculizar una firma que hacía presumir cuantiosos réditos en votos, y c) carencia total de iniciativas al respecto, debilidad del departamento frente a

las altas instancias del Gobierno y salida del mismo de forma precipitada, pasando la *patata caliente* a su sucesor en el cargo.

Si se piensa con detenimiento en las consecuencias que se pueden generar a partir de la entrada masiva de productos comunitarios, en igualdad de condiciones (léase, cubriendo cuota de pantalla) con los nacionales, de cara a la ya actualmente difícil rentabilización del cine español, se estará en inmejorables condiciones para valorar lo que supone la actitud del Gobierno socialista y de su fiel Dirección General de Cinematografía en este campo fundamental para el futuro inmediato de nuestra industria. La situación puede agravarse peligrosamente si se confirman las expectativas de que determinados productos americanos penetren en Europa bajo pabellón británico, lo que podría conducir a la completa inutilidad de la cuota de pantalla y a imprevisibles consecuencias de retraimiento y crisis profunda en la industria nacional, cuya producción global ya ha descendido en estos últimos años de manera notable.

En el terreno de la promoción exterior, los esfuerzos de la Administración se hacen sentir en la proliferación de *semanas, jornadas y muestras* de cine español en diferentes países, a los que se llevan los títulos de prestigio y las películas de los más consolidados directores. Aumenta la presencia de la producción nacional, vía caseta oficial, en los grandes festivales internacionales y se ponen en marcha proyectos para abrir oficinas de promoción en algunas ciudades importantes. Pero persiste, como mal endémico, la extrema dificultad de nuestros productos para penetrar en los mercados exteriores y se pueden contar con los dedos de una mano los títulos que consiguen alcanzar una repercusión económica satisfactoria.

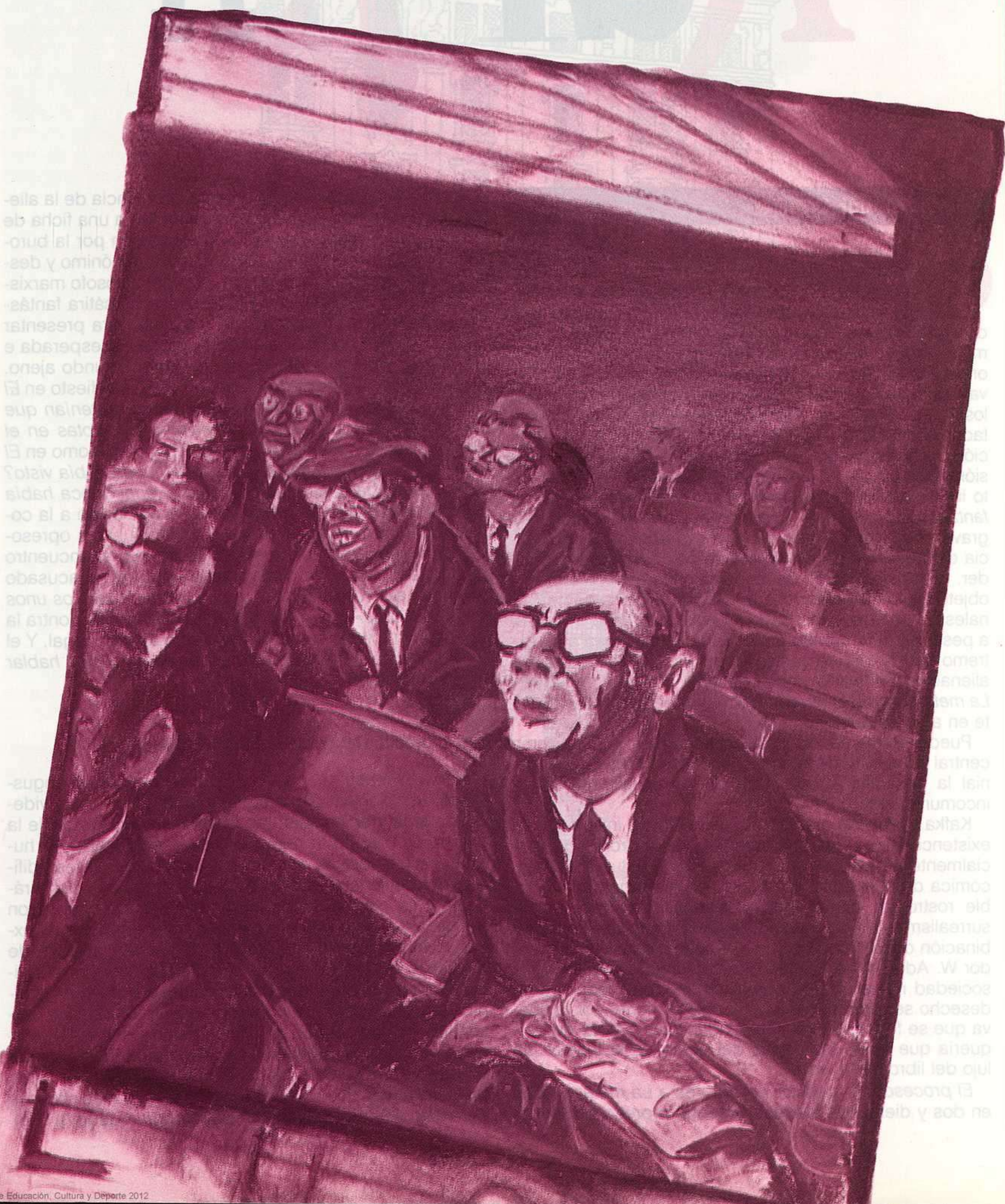
Mientras tanto, el fraude en el control de taquilla sigue desvelándose como un agujero escandaloso por el que se escapan buena parte de los dineros del cine español. La pasividad en unos casos y la política del avestruz en otros es la tónica que marca la actividad de la Dirección General frente a tan grave situación. Nada, salvo alguna que otra declaración de buenas intenciones, se consiguió avanzar frente a la intolerancia y la cerrazón de los empresarios de la exhibición, empeñados en sustraer sus negocios a la transparencia fiscal que el mismo Gobierno que a ellos se lo tolera, lo reclama para el conjunto de los trabajadores asalariados.

Por consiguiente, no parecen quedar excesivas razones para el triunfalismo (que a veces ha sido alentado de forma insensata desde la propia Administración) ni para una visión autocomplaciente sobre el panorama que ofrece actualmente la industria cinematográfica nacional, contemplada desde la perspectiva de tres años y medio de gestión socialista al frente de los designios administrativos de la misma. Pero sería impropio cerrar el presente trabajo sin poner de manifiesto y dejar constancia de los alentadores indicios que ya han

surgido con el acceso de Fernando Méndez-Leite a la Dirección General tras la dimisión de Pilar Miró.

Aunque todavía sin confirmar en su plenitud y aun con algunos enfoques discutibles (la débil negociación emprendida con las multinacionales americanas), también es verdad que se han puesto en marcha nuevos, más racionales y más arriesgados criterios en la política de subvenciones para la producción, que se empieza a desbloquear la cerrazón presupuestaria frente a los festivales más interesantes y que se ha hecho frente (con decisión, aunque sin mucha audacia) a la urgente adecuación legislativa con las normas imperantes en el Mercado Común. Sin conocer todavía el alcance exac-

to de estos movimientos, cabe cuanto menos saludar el nuevo talante, más abierto y más democrático, con que se abre desde la Administración socialista una etapa diferente en lo que al cine español se refiere. A la espera de sus resultados y de la necesaria perspectiva temporal que posibilite un balance más riguroso, abrimos nosotros aquí, también, un atento paréntesis lleno de esperanza.



Metamorfosis y alienación en

KAFKA

María Cándor Orduña

La época en la que se desarrolla la actividad literaria de Franz Kafka, centrada principalmente entre 1912 y 1922, es absolutamente clave en la formación de la conciencia del hombre moderno; la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa forman el marco factual de las nuevas inquietudes sociales, originadas a raíz de la revolución industrial, y de las nuevas actitudes mentales, que cuestionan de forma radical los antiguos valores. Pocos escritores están tan capacitados como Kafka —especialmente sensible a esta situación de crisis general por su condición judía, por la presión de su ambiente familiar y por su propio temperamento introvertido y distanciado y lo que él mismo llamó su *fantástica vida interior*— para reflejar críticamente el más grave de los problemas de la nueva época: la impotencia del individuo para enfrentarse con el aparato del poder, la transformación de las relaciones entre hombres y objetos, en una palabra, la alienación. Precisamente a finales de 1912 escribe Kafka la obra que es, a mi juicio, a pesar de lo temprano de la fecha, la que lleva a un extremo casi alegórico su preocupación por el proceso de alienación padecido por el hombre contemporáneo: en *La metamorfosis* el hombre se transforma real y físicamente en algo no humano.

Puede afirmarse que esta preocupación es el tema central de sus grandes obras, que plasman de modo genial la pesadilla apocalíptica del terror, la tiranía y la incomunicación.

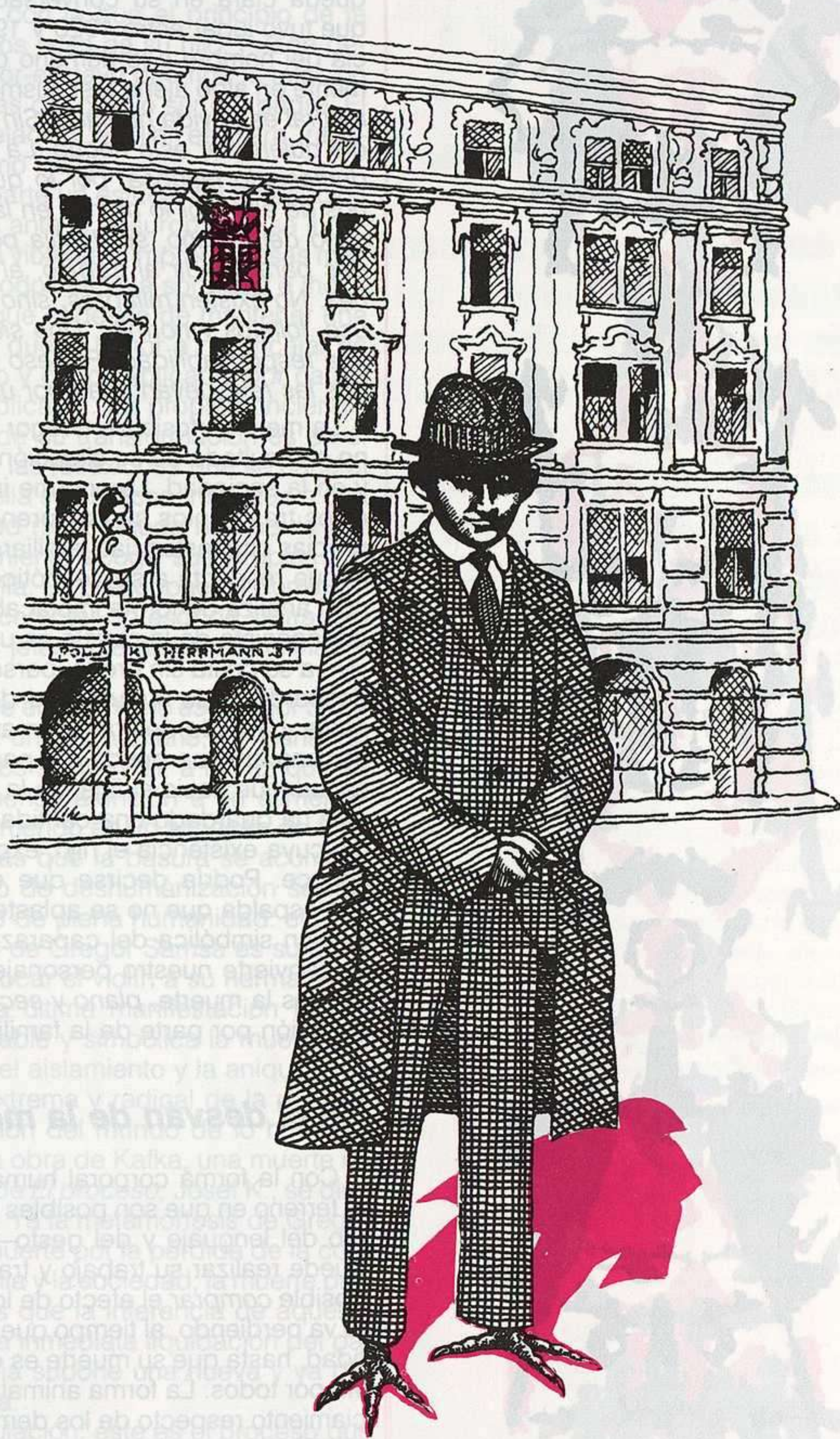
Kafka va mucho más allá de la ineludible influencia del existencialismo; crea una categoría de lo grotesco especialmente dramática para representar la naturaleza trágica de la imagen humana contemporánea en su doble rostro de manipulado y manipulador; roza así el surrealismo —bien conocido es su mecanismo de combinación de lo onírico y lo real—, pues, como dice Theodor W. Adorno, no esboza directamente la imagen de la sociedad naciente sino que la monta con productos de desecho separados de la sociedad muriente por la nueva que se forma, y examina con lupa las huellas de porquería que dejan los dedos del poder en la edición de lujo del libro de la vida.

El proceso y *El castillo*, posteriores a *La metamorfosis* en dos y diez años respectivamente, representan el de-

sarrollo y la profundización de esta conciencia de la alienación. En ambas, el hombre es reducido a una ficha de archivo, a un caso, víctima de la alienación por la burocracia, y en última instancia por un poder anónimo y desmesurado. Según Ernst Fischer, otro gran filósofo marxista, Kafka inventó una forma maravillosa de sátira fantástica, el sueño mezclado con la realidad, para presentar la rebelión del individuo aislado en lucha desesperada e impotente con los poderes oscuros de un mundo ajeno. El carácter de estos poderes queda bien manifiesto en *El castillo*, donde leemos: «Las autoridades no tenían que defender nunca sino causas invisibles y remotas en el nombre de señores invisibles y remotos», así como en *El proceso*: «¿Dónde estaba el juez que nunca había visto? ¿Dónde estaba el alto tribunal ante el cual nunca había comparecido?». En la misma obra, la apelación a la común condición humana es vista por las fuerzas opresoras como un testimonio más a su favor. En el encuentro del protagonista y un clérigo en la catedral, el acusado argumenta: «Todos somos aquí hombres, tanto los unos como los otros», en un débil intento de defensa contra la agresión irracional del fantasmagórico aparato legal. Y el cura contesta: «Precisamente así es como suelen hablar los culpables».

La conciencia del escarabajo

Kafka es maestro en el arte de crear ambientes angustiosos, agobiantes, plenamente irracionales —no olvidemos que la irracionalidad es la más alta expresión de la alienación, siendo la razón lo más específicamente humano—; los pasillos, escaleras y vericuetos de los edificios donde tienen lugar las diligencias legales y burocráticas, y en general todos los ámbitos relacionados con aquéllos y ajenos a la natural vida humana, como el extraño estudio del pintor Titorelli, retratista y hombre de confianza de los jueces, se caracterizan por un aire viciado, casi irrespirable, y por un calor sofocante; es la atmósfera más adecuada para tales asuntos y para los personajes que se ocupan en ellos. Los funcionarios aparecen —muchas veces en sus camas, importunados por el acusado en busca de información y ayuda— más como extrañas larvas que como seres humanos, y más dotados para una retórica confusa y desalentadora que para cual-





Maria Candor Ordoñez

La época en la que se desarrolla la novela de Kafka es entre 1912 y 1915, la formación de la República Checa.

La época en la que se desarrolla la novela de Kafka es entre 1912 y 1915, la formación de la República Checa. La novela se desarrolla en un mundo que está sufriendo los efectos de la Primera Guerra Mundial. El protagonista, Gregor Samsa, es un hombre que se convierte en un insecto. La novela es una crítica a la sociedad y a la burocracia. La transformación de Gregor Samsa es un símbolo de la alienación y la pérdida de la humanidad. La novela es una obra maestra de la literatura del siglo XX.

Puede afirmarse que la novela es una crítica a la sociedad y a la burocracia. La transformación de Gregor Samsa es un símbolo de la alienación y la pérdida de la humanidad. La novela es una obra maestra de la literatura del siglo XX.

Kafka va mucho más allá de lo que se puede esperar de un escritor de su época. Crea un mundo que es a la vez realista y fantástico. La novela es una crítica a la sociedad y a la burocracia. La transformación de Gregor Samsa es un símbolo de la alienación y la pérdida de la humanidad. La novela es una obra maestra de la literatura del siglo XX.

El proceso y El castillo, posteriores a *La metamorfosis* en dos y diez años respectivamente, representan el de-

quier género de diálogo, cuando no son ellos mismos aplastados por enloquecedoras cantidades de expedientes en el más perfecto desorden.

Este efecto de extrañeza, producido por el palpable absurdo de entornos y personajes y que llega a su culminación en la transformación del protagonista de la *Metamorfosis* en un enorme escarabajo, no es sino el procedimiento literario más idóneo para hacer perceptible la alienación. La intención de Kafka al escribir esta novela queda clara en su conversación con Gustav Janouch, que tuvo lugar entre 1920 y 1923. Así ve Kafka la renuncia del hombre a lo humano que le convierte simbólicamente en algo ajeno a sí mismo: «*Para el hombre, la vida natural es la vida humana. Sin embargo, nadie lo ve. Nadie quiere ver este hecho. La existencia humana resulta demasiado fatigosa, por lo que deseamos desprendernos de ella, por lo menos en la fantasía... Cobijado en el seno del rebaño, se desfila por las calles de las ciudades para acudir al trabajo, al pesebre o a las diversiones. No existen milagros, sino sólo instrucciones para el uso, folletos y normas. Uno siente temor ante la libertad y la responsabilidad. Por eso se prefiere morir ahogado tras las rejas levantadas por uno mismo*».

La metamorfosis de Gregor Samsa es en último término el resultado de su situación en la familia, en el trabajo y en la sociedad. La enorme importancia del primero de estos tres puntos se comprende teniendo en cuenta las propias circunstancias familiares de Kafka, sobre todo en lo que respecta a su despótico padre, la relación con el cual analiza de forma implacable en la *Carta al padre*. El protagonista de la novela es utilizado por su familia, que vive a su costa sin preocuparse por el hecho de que esté desperdiciando su juventud dedicado a un trabajo alienante y aislado del trato humano. Tiene además que pagar una antigua deuda del padre, seguramente cuantiosa, aunque hacia el final de la novela comprobamos que éste ha guardado una cantidad de dinero no despreciable cuya existencia el hijo, explotado durante años, desconoce. Podría decirse que estas presiones requieren una espalda que no se aplaste bajo ellas, y ésta sería la función simbólica del caparazón del escarabajo en que se convierte nuestro personaje, así como su aspecto final tras la muerte, *plano y seco*, correspondería a la explotación por parte de la familia y los jefes.

En el desván de la mente

Con la forma corporal humana, Gregor Samsa pierde el terreno en que son posibles la comunicación —por medio del lenguaje y del gesto— y el afecto. Como ya no puede realizar su trabajo y traer dinero a casa, le es imposible *comprar* el afecto de los suyos, que efectivamente va perdiendo, al tiempo que se le niega su propia identidad, hasta que su muerte es deseada y recibida con alivio por todos. La forma animal es la expresión del distanciamiento respecto de los demás, pero, aunque desde el punto de vista de la narración ha de ser contemplada como el motivo de tal distanciamiento, desde el de la intención profunda del autor ha de ser entendida, a mi juicio, como la consecuencia de ese estado de incomunicación y alienación. Es decir, Gregor Samsa no es considerado como un ser humano por las personas que le rodean y, como en una de esas fábulas en que se realizan deseos no del todo voluntarios, se convierte en algo ajeno a lo humano como respuesta al papel que le es adju-

dicado por todos. La metamorfosis es también el reflejo de la relación del personaje con su entorno, evidenciando hasta qué punto es extraño, extranjero y absurdo en un mundo que no le cuadra.

Paralelo a esta anulación de Gregor es el aumento del poder del padre, que sufre también una notable transformación, pues parece rejuvenecer, renunciar a su indolencia y cobrar nuevas energías; vuelve a trabajar y adopta una posición dominante pero sólo en la familia, en contraste con el marcado servilismo de su actitud hacia los inquilinos, que concuerda con la que al principio de la narración mantiene hacia los jefes de su hijo. Puede decirse que la alternativa señor-esclavo que rige la relación padre-hijo son las dos caras del propio ser del padre. El carácter alienante de la relación familiar es clara transposición del caso del mismo Kafka.

La novela es en buena parte un estudio de la reacción de los diversos personajes ante lo absurdo, que se introduce en sus vidas de forma violenta e impregna esas mismas reacciones, pues en todos ellos la sorpresa e incluso el horror son menores que el deseo de mantener una apariencia de normalidad, que el temor a no encajar en el mundo de lo establecido y de lo explicable por causa de lo extraño y de lo inexplicable. La propia conciencia que el protagonista tiene de su transformación es en sí un monumento al absurdo; las reflexiones que se hace al despertar y descubrir aquélla se parecen, más que a una reacción lógica, a la actitud ni extrañada ni crédula por completo con que el durmiente acoge sus propias circunstancias en una pesadilla. La preocupación dominante de Gregor Samsa es el carácter opresor de su trabajo y de la supeditación a sus jefes y su angustia por haber perdido el tren.

El convencimiento de que el insecto no es Gregor Samsa, de que aquello no es un ser humano, va ganando terreno en las mentes de los suyos. Así, a la vez que se va prestando cada vez menos atención a su alimentación, su cuarto se va convirtiendo en un almacén de trastos viejos e inútiles mientras que la basura se acumula. Pero frente a este proceso de deshumanización se nos ofrece un último testimonio de plena humanidad: el refugio postrero de lo humano de Gregor Samsa es su entusiasmo y su alegría al oír tocar el violín a su hermana de nuevo. El fracaso de esta última manifestación tendrá como consecuencia inevitable y simbólica la muerte del protagonista. La soledad, el aislamiento y la aniquilación adquieren en ella forma extrema y radical de la pérdida de contacto, de la expulsión del mundo de lo humano. Es, como otras veces en la obra de Kafka, una muerte no humana; del protagonista de *El proceso*, Josef K., se dice que muere *como un perro*. Ya la metamorfosis de Gregor había sido una forma de muerte por la pérdida de la condición humana ante la familia y la sociedad; la muerte propiamente dicha no es más que la inferencia de aquélla, de la misma manera que la inmediata liquidación del pasado por parte de la familia supone una nueva y ya definitiva reducción a la nada.

De la alienación a la anulación: éste es el proceso que Kafka analiza en *La metamorfosis*, obra que el propio autor, en una carta dirigida a su prometida Felice Bauer y fechada el 17 de noviembre de 1912 —recién publicada la novela—, define como «*un pequeño cuento que se me ocurrió en la cama, en esta desolación, que me aflige íntimamente*».





En junio del 85 Luis Gómez García reconstruía en las páginas de NUESTRA BANDERA el surgimiento y desarrollo del punk. Este movimiento juvenil había llegado a España cinco años antes, cuando ya sus iniciales contenidos habían sido asimilados y maquillados hasta convertirlo en producto de consumo de multicentro.

En estos días, en que un nuevo movimiento juvenil baja a las calles, es oportuno volver a recordar una de las componentes de la cultura juvenil: Alberto Gómez repasa a continuación los diez años del punk: imperdibles, «chupas» y pelos en primer plano de algún póster londinense.

66

Diez años del punk

Alberto Gómez





El *punk* ha cumplido ya diez años: sus orígenes se sitúan en 1976. Antes de que los adolescentes españoles construyeran definitivamente ese complejo bricolage de músicas y comportamientos, su impacto había alcanzado ya medio mundo. *Punk* era un alfiler inquietante que atravesaba el labio, *chupas* negras, un peinado imposible..., era también un disfraz; unas imágenes depravadas, pero de impacto seguro, que no tardaron en difundirse y que gritaban todo lo que tenían que decir. En el espíritu del *punk* no existían ritos clandestinos, como en las bandas juveniles de los años sesenta y setenta, sino conciencia de *provocación*, visual y sonora, tanto en la calle como en los *media*, como cuando los Sex Pistols aparecieron en un popular «show» de la televisión y protagonizaron una de las más increíbles entrevistas de la historia, en la que no hicieron otra cosa que insultar al presentador. Una de las consecuencias, además de titulares escandalizados en los periódicos, fue la negativa de los trabajadores de la Emi a grabar sus discos (con letras como «Anarquía en el Reino Unido» o «Dios salve a la reina y a su régimen fascista»), y otra las emboscadas de los *ultras patriotas*, en las que los cuatro cayeron bastantes veces con consecuencias no precisamente agradables.

Negocio de la provocación

Según Dick Hebdige, un sociólogo inglés que ha vuelto a leer y a interpretar la historia de las bandas juveniles en Inglaterra, el *punk* «estaba condenado a representar la alienación, a fabricar un catálogo completo de imágenes subjetivas correlacionadas con los arquetipos oficiales de la "crisis de la vida moderna": las gráficas de la

desocupación, la depresión, occidente, la televisión...». Alfileres, ropas desgarradas, rostros atormentados...: iconos de la crisis, de sus connotaciones aparentemente lejanas. En las calles de Londres, en las de Berlín o Los Angeles floreció un *look* que arrasaba entre las pieles negras de los sex-shop, entre lo macabro a lo George Romero. Más tarde llegaría la industria de la moda, la revista de lujo, el *maquillaje punk*,... Pero esas son otras historias: en el fondo, hoy el *punk* ha entrado a formar parte del folklore inglés.

En el estilo *punk* existe una componente «artística», una aproximación explícita a las vanguardias históricas (dadá y futurismo sobre todo), que ha generado expresiones muy complejas de la cultura juvenil. Su rápida difusión, sin embargo, se debe a otras causas que tienen su raíces en el interior de las mutaciones del lenguaje de la juventud a fines de los años setenta. Después de diez años de grandes ideales, de grandes conciertos y de grupos que habían dado una fuerza sin precedentes a la identidad juvenil, a fines de los setenta algo parecía haber llegado a su fin, al agotamiento. La escena estaba dominada por cantantes infantilizados, bellos y estúpidos, estrellas del rock en el umbral de los cuarenta, hambrientos de dinero, irremisiblemente alejados de la vida y de los sentimientos de los adolescentes para los que, sin embargo, continuaban cantando. Gran parte de la música negra, que en otros tiempos había fascinado e inspirado a los adolescentes blancos, estaba también en las mismas condiciones.

Los grupos más interesantes (David Bowie, Roxy Music, T. Rex) preferían mantenerse al margen, jugar con la ambigüedad sexual y la decadencia fantascientífica del *glam rock*.





Parecía inevitable que lo nuevo llegara de forma radical. En pequeños escenarios de algunos clubs de New York (el «Cbgs») y de Londres (el «100 club» y el «Academia del Arte», que nunca habían dejado de recibir a las bandas más ligadas al espíritu más simple del rock, comenzó a hablarse de *punk*, casi simultáneamente.

Ya antes, a mitad de los sesenta, el término *punk* había comenzado a usarse en los Estados Unidos para indicar la música de bandas muy jóvenes —una verdadera explosión— que reproducían de manera sucia y distorsionada los sonidos de la llamada British Invasion (los Beatles y los Stones, que entonces gozaban de gran popularidad en los Estados Unidos). Pero ese primer *punk* americano no era todavía un estilo, sino sólo una huida, un posible nuevo escenario. Quienes dieron al *punk* las características que señalábamos al principio fueron adolescentes ingleses, con un amor inédito por lo negativo y la transgresión. Las apergaminadas estrellas del rock hacían del virtuosismo instrumental su punto de fuerza y, por el contrario, los grupos *punk* ingleses no sabían tocar; la lejana etapa hippy había transformado el concierto en un rito casi religioso y el *punk* inglés lo cambió en una inaudita explosión de energía y corporeidad física, entre saltos, empujones y cosas por el estilo. Todo esto no les hizo fácil la vida. Muy pronto gran parte de los locales les vetó el acceso: sus conciertos culminaban frecuentemente en desórdenes (el White Riot Tour, una tournée itinerante de grupos como Clash y Jam, desencadenó verdaderos motines), pero el salto al «más allá» estaba dado.

Había llegado el recambio generacional: los recién llegados tenían veinte años y energía para dar y tomar, y estaban preparados para difundir la buena nueva por todo el país. El *fanzine* «*Sniffin Glue*» (esnifa cola), dirigido

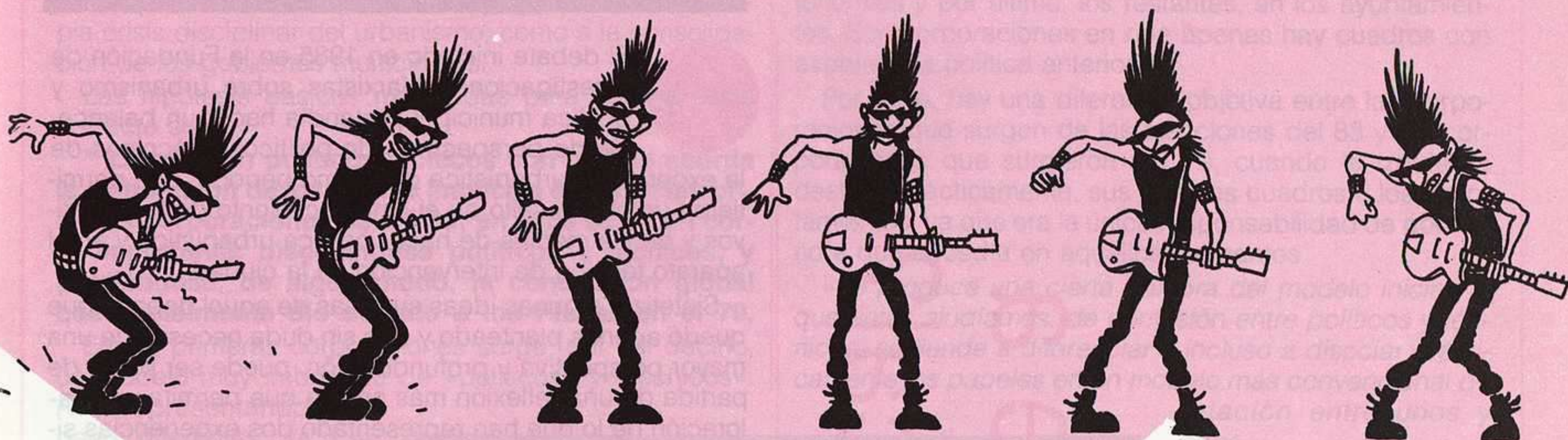
por el diecisieteañero Mark Perry, llevaba en una página los *pattern* de tres acordes de guitarra, y debajo la indicación: «*Ahora vete y forma un grupo*». Nacieron grupos como hongos en Inglaterra y poco después en toda Europa y junto a ellos sellos independientes, fanzines, producciones de video: todo el despliegue de la *producción cultural juvenil*, como hoy se la llama.

La sacudida fue tal que incluso la imagen femenina, que toda la precedente cultura rock había mantenido en la subordinación y en los papeles tradicionales, se transformó radicalmente: se formaron grupos sólo de mujeres (las Slits, las Raincoats, la misma Patti Smith), se habló de *rock against sexism* (rock contra el sexismo); por primera vez un estilo subcultural no preveía imágenes diferentes para chicos y chicas.

No future

Pero había más: detrás de la energía y de la posibilidad de una nueva identidad juvenil (aunque toda insuflada de espíritu negativo y de *no future*), el *punk* afrontó por primera vez la ambigüedad del rock and roll y de su espíritu comunitario. Mientras todas las estrellas del rock hippy y post-hippy habían ocultado rigurosamente el simple hecho de que el rock era antes que nada *un mercado*, los Sex Pistols con su manager Malcom McLaren no se lo pensaron dos veces al proponer verdaderas y auténticas estafas a las casas discográficas y los mass media; lo que contaba para ellos explícitamente era hacer hablar de ellos, entrar en los media, enfrentarse con la sociedad del espectáculo de igual a igual, como truhanes encallecidos.





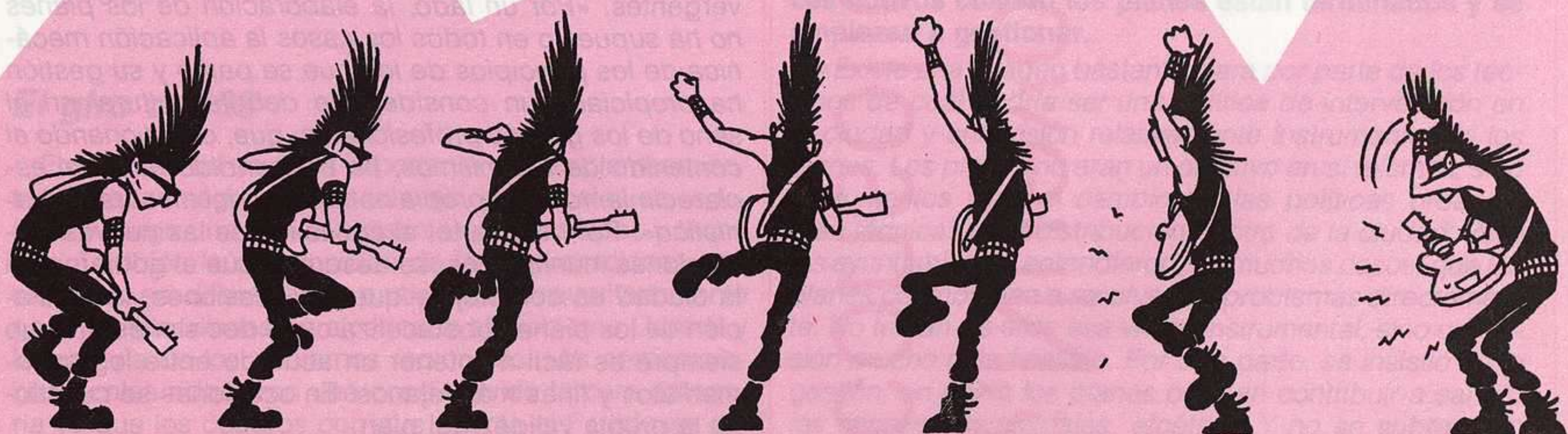
La película testamento del grupo, rodada por el realizador de video inglés Julien Temple, se llamó «*La gran estafa del rock and roll*». Porque el rock and roll es una estafa: una fábrica de mitos, ficciones, espectáculo y, en fin, marketing y dinero. Con un gesto de inspiración casi futurista, la parte más inteligente del *punk* no ocultó nada de esto, sino que hizo de ello una bandera con un cinismo que no tiene precedentes y que continúa siendo hoy la herencia más difícil y más actual del *punk* en los debates de la cultura juvenil y en su relación con el mercado cultural.

La operación *punk* de desmitificación del rock terminó en un gesto político contra el oportunismo de las últimas estrellas del rock: la campaña *Rock against racism* de 1978. Mientras resurgía la intolerancia y el racismo hacia los inmigrantes de color, los *punk* supieron recoger la lección de solidaridad que dictaba la historia del rock inglés, aquella fascinación secreta hacia la música negra que había guiado su desarrollo. Mientras los skinheads, nuevos teddy boys con vínculos con la organización fascista National Front, asaltaban a los inmigrantes por las calles de Londres, los *punk* no tardaron en identificarse simbólicamente con ellos. El grupo Clash, con otros muchos, comenzó a tocar una mezcla de rock y reggae y a referirse explícitamente a los asaltos de aquel período; un gran número de músicos dio su apoyo a una campaña, que culminó con un concierto en mayo de 1978 en el Victoria Park de Londres, en el que participaron cien mil personas. La explícita fascinación de los ritmos negros (el reggae sobre todo) cambió en ese tiempo el estilo musical del *punk*: nace entonces el llamado *ska revival* de grupos como Special o Madness, que volvían a hacer los sonidos sincopados de la primera ola de la música jamai-

cana; en general, el aparato imaginario de los músicos fue poco a poco desplegándose en un abanico de referencias.

En fin, el *punk* inglés, contra lo que pretendía en sus orígenes, llegó al santoral mitológico en un albergue de Nueva York, en el que el bajo de los Sex Pistols, Sid Vicious, murió de sobredosis de heroína, como una estrella del rock cualquiera: el *no future* —se descubrió— podía convertirse en una realidad de autodestrucción.

El destino de las bandas *punk* supervivientes fue diferente: su transformación en contracultura, en señal positiva de oposición social, llegó a convertirse en necesaria y se realizó a través de la vinculación con el movimiento anarquista, con el antimilitarismo, con la ocupación de viviendas; con esas características el *punk* se difunde a partir de 1979 en Alemania y en países del este como Yugoslavia. El *gesto* se transformaba en otra cosa; la provocación genial dejaba sitio a otros componentes. El *gesto* se había realizado y, por su naturaleza, la historia ya no podía durar mucho. Y, sin embargo, el *punk* continúa como un horizonte de oposición radical, en los países del este sobre todo, pero también como silencioso ruido de fondo de una cada vez menos excitante escena de rock internacional. Un gesto perdido: el malicioso *know how* de los sistemas de comunicación de las nuevas culturas juveniles impide, probablemente para siempre, recorrer el camino de la provocación y de la oposición directa: todo corre el riesgo de transformarse en *cita*, en *remake*. Perdida la inocencia, ¿sólo queda la estafa, el sabotaje con estilo? ¿Qué otra cosa queda?



¿Nuevo planeamiento frente a consolidación del poder local?

Teresa Arenillas

El debate iniciado en 1985 en la Fundación de Investigaciones Marxistas sobre urbanismo y política municipal pretendía hacer un balance, desde perspectivas de políticos y técnicos de la experiencia urbanística del último período, que permitieran un nuevo salto en el establecimiento de los objetivos y de los medios de hacer política urbanística y en el aparato técnico de intervención en la ciudad.

Sintetizar algunas ideas surgidas de aquel debate, que quedó apenas planteado y que sin duda necesita de una mayor perspectiva y profundización, puede ser punto de partida de una reflexión más amplia que permita una valoración de lo que han representado dos experiencias simultáneas singulares: el proceso de formación de los ayuntamientos democráticos y la elaboración en su seno de los nuevos planes urbanísticos. Ahora que unas elecciones municipales están a la vista, puede ser momento oportuno de volver sobre estos temas.

Urbanismo después del cambio

Los planes de urbanismo que empiezan a elaborarse a partir del cambio municipal de 1979 marcan un punto de inflexión. La preocupación urbanística pasa a constituir uno de los elementos clave de la política municipal de los ayuntamientos de izquierdas. *«Es el fruto de una larga y estrecha convivencia anterior entre la reflexión o elaboración profesional y la práctica política ciudadana, de manera que la puesta en marcha de los nuevos planes fue, en muchos casos, el intento de convertir aquellos conceptos y aspiraciones en programa de gobierno».*

La necesidad de revisar los planes generales surge tras pocos meses de gestión en los Ayuntamientos. En principio se concibe la posibilidad de dar respuesta a los problemas planteados en la ciudad a través de una gestión renovada, partiendo de criterios distintos; pero pronto se comprende que los nuevos planteamientos políticos son imposibles de encajar en los planes anteriores. Tras unos años, no está claro que los ayuntamientos hayan asumido cambios excesivamente radicales en su política urbanística: ésta va dirigida a arreglar de un modo honesto los problemas pendientes de la ciudad pero no se plantean a fondo la descentralización municipal, el fomento de la participación ciudadana en los procesos de gestión, etcétera.

El tiempo transcurrido desde el inicio de este nuevo proceso de planteamiento, aunque escaso, hace bastante posible detectar la existencia de dos dinámicas divergentes. *«Por un lado, la elaboración de los planes no ha supuesto en todos los casos la aplicación mecánica de los principios de los que se partió y su gestión ha propiciado un considerable debate cultural en el seno de los grupos profesionales, que, cuestionando el contenido de los mismos, ha trascendido hacia el esclarecimiento de la propia naturaleza del discurso urbanístico».* Por otra parte, al consolidarse las nuevas instituciones municipales, se descubre que el gobierno de la ciudad es complejo y que, en ocasiones, la mediación de los planes obstaculiza otras decisiones; que no siempre es fácil mantener un acuerdo entre logros inmediatos y fines más lejanos. En ocasiones se cuestiona la propia validez del plan.

El conflicto actual entre políticos y técnicos en relación con el planeamiento queda así muy ligado tanto a la propia crisis disciplinar del urbanismo, como a la consolidación de los gobiernos municipales.

Las hipótesis básicas manejadas para explicar este conflicto son:

*** La relación políticos-técnicos con que se aborda la elaboración de los Planes implica a éstos en las primeras corporaciones del 79-83; en el 83 se da un corte importante, disociándose políticos y técnicos, y perdiéndose, de algún modo, la concepción global que inicialmente dio sentido a los Planes en el 79.**

En las primeras corporaciones surge, por así decirlo, un modelo muy imbricado de «políticos» y «técnicos».

Aun representando papeles diferentes, se superponen unos a otros de forma que incluso se confunden. De un lado, los políticos entienden que necesitan empaparse de los temas con que tienen que enfrentarse, que, o bien «saben», o han de pretender «saber» las cuestiones sobre las que han de ejercer su gobierno.

De otro lado, los técnicos, implicados en su mayoría previamente en el debate y/o la práctica política —«fuera» de las tareas de gobierno—, se supone que van a sintonizar con los planteamientos políticos, contribuyendo a definir la política municipal. Se considera entonces que esta contribución forma parte de la tarea de los técnicos y que para ello han sido contratados.

«Sobre esas premisas se abordan y enfocan los Planes como eje central de la política y el quehacer de los ayuntamientos de izquierdas en las primeras corporaciones durante el período de los años 79-83.»

El giro del 83

En el 83 se da un corte importante a tales planteamientos. Tras las segundas elecciones, los papeles se redefinen y surge una relación distinta entre políticos y técnicos. También la composición de las corporaciones municipales es diferente. El partido que mayoritariamente gana las elecciones ha alcanzado el Gobierno Central y la mayoría de los gobiernos regionales. Las corporaciones locales adquieren una condición de tercera categoría ya que los cuadros con que cuenta el Partido se co-

locan primero en el Gobierno Central, después en las autonomías y por último, los restantes, en los ayuntamientos. Son corporaciones en que apenas hay cuadros con experiencia política anterior.

Por tanto, hay una diferencia objetiva entre las corporaciones que surgen de las elecciones del 83 y las corporaciones que surgieron del 79, cuando la izquierda destinó, prácticamente, sus mejores cuadros a los ayuntamientos, ya que era la única responsabilidad de gobierno a que accedía en aquellos momentos.

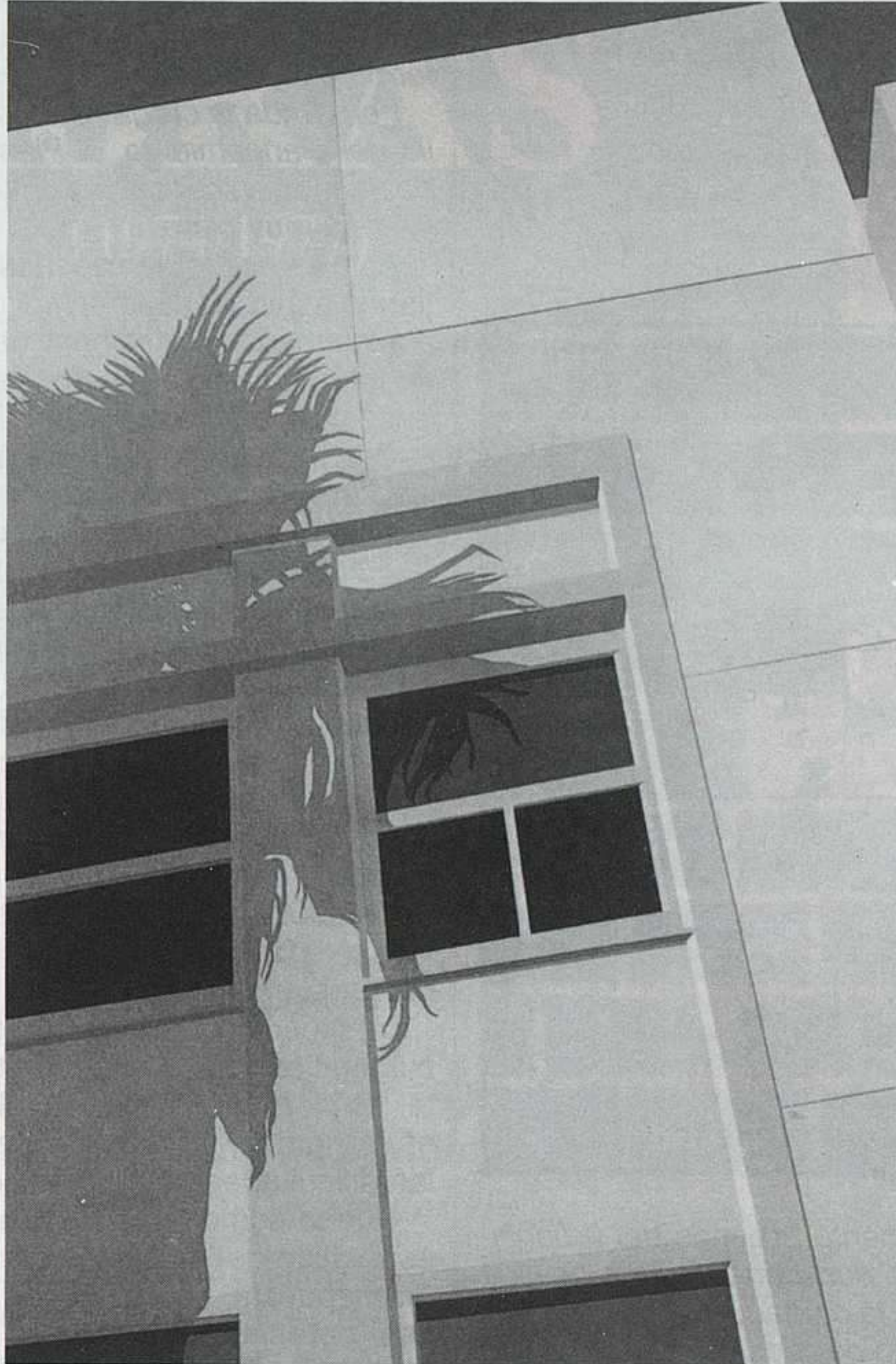
«Se produce una cierta quiebra del modelo inicial, al que antes aludíamos, de confusión entre políticos y técnicos; se tiende a diferenciar o incluso a disociar drásticamente los papeles en un modelo más convencional de relación entre unos y otros.»

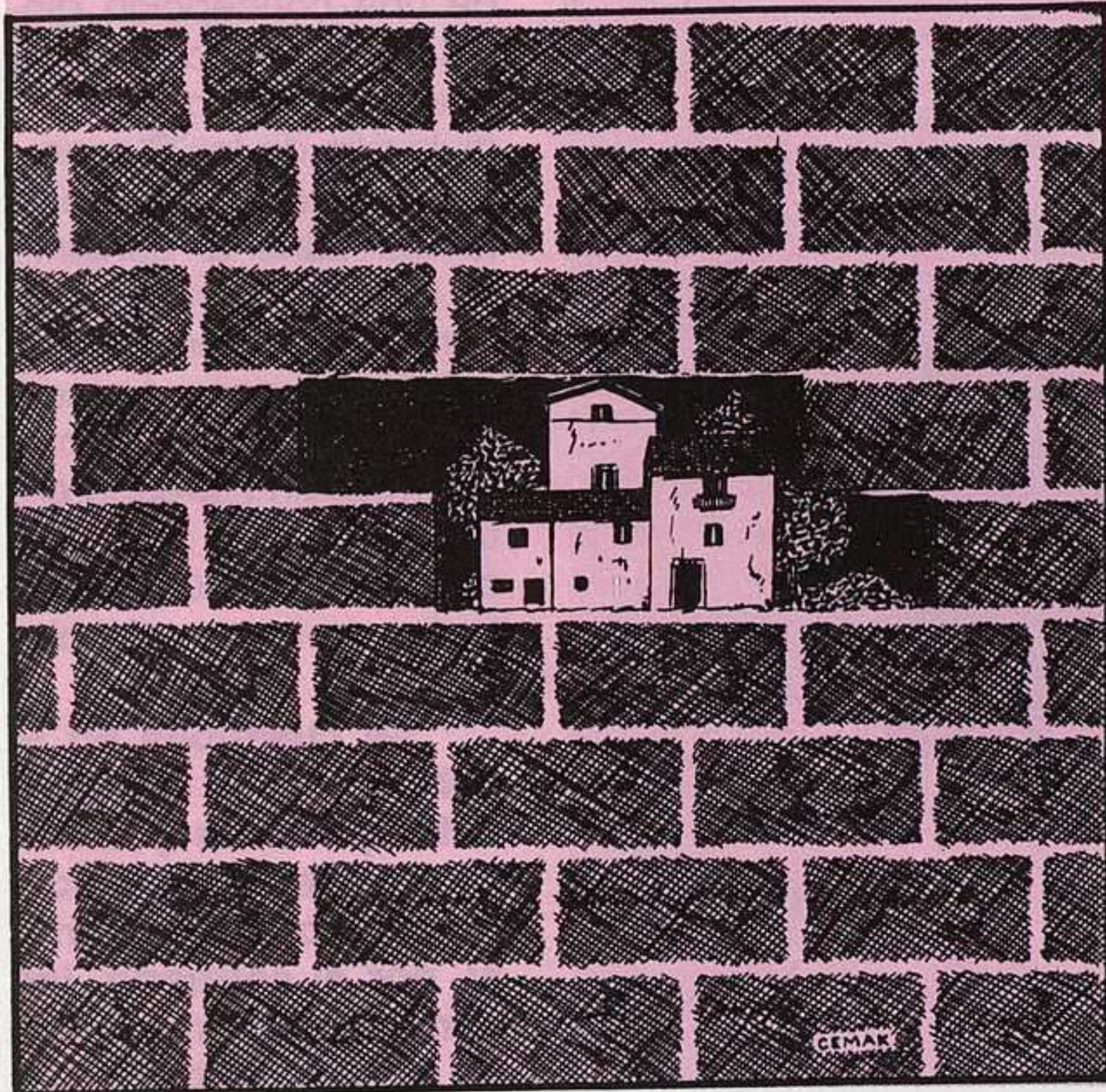
Parte de los problemas que aparecen hoy, surgen de la relativa desconsideración política de los Planes Generales en el momento de empezar a realizar obras. Se pierde una concepción global de la política urbana que dio sentido a la formulación de los Planes y que en gran medida pretendía darlo al conjunto de la actividad municipal. Formula la hipótesis de que ello es consecuencia de la quiebra de la anterior relación estrecha entre políticos y técnicos, colaboración que originó tantas revisiones de planes.

*** Se cuestiona en el debate si ese conflicto entre políticos y técnicos surge de un proceso de especialización o si, por el contrario, los conflictos existían desde el principio. Según esta última hipótesis, el conflicto se plantea en su origen, se transforma en el proceso de redacción del planeamiento y adquiere matices nuevos cuando los planes están terminados y se empiezan a gestionar.**

ces nuevos cuando los planes están terminados y se empiezan a gestionar.

«Existe una imagen bastante clara por parte de los técnicos de cuál podría ser una política de intervención en la ciudad y una visión relativamente instrumental de los planes. Los planes no eran un objetivo en sí mismos, sino instrumentos para el cambio de las políticas urbanas, eran técnicas de redistribución dentro de la ciudad. Pero los ayuntamientos entendieron, en muchos casos, que los planes contribuirían a resolver los problemas directamente. No tenían de ellos esa visión instrumental, sino una visión mucho más finalista. Por otra parte, se insistió en la gestión, en cómo los planes podrían contribuir a sanear las finanzas municipales, etcétera. Y no se subrayaron





aqueños aspectos intrínsecamente urbanos del urbanismo, ni aquellos temas que no son parte de una política redistributiva o de servicios de la ciudad, sino de una cierta concepción del orden dentro de la ciudad, de una cierta concepción de las formas.»

En el proceso de redacción se desdeñaron algunos instrumentos de la práctica y de la ciencia urbanística. Pensando que el urbanismo tendría en la gestión municipal el mismo papel que tiene el cálculo de estructuras en la arquitectura, por así decir, se desdeñaron técnicas corrientes porque había sido el pretexto que dio pie al anterior urbanismo que se rechazaba. Esto hizo que en la redacción final el discurso y la argumentación técnicas fueran muy insuficientes y, por el contrario, su carga y contenido ideológicos bastante fuertes; así, los contenidos de creatividad libre y suelta eran bastante fáciles.

«Con los convenios se entró en una dialéctica que no era una dialéctica de lo urbano, sino del crudo ejercicio del poder.»

Como no se había acotado el campo del Plan General, ocurrió también que en el proceso de redacción de los planes, los ayuntamientos, que carecían de cuadros técnicos propios o de experiencia de gestión municipal, pasaron a pedir a los técnicos muchas más cosas de las que estrictamente contiene la redacción de un Plan. Y cuando la presión del tiempo, la parquedad de presupuestos o la imposibilidad de atender a este tipo de demandas nos llevaron a intentar salirnos de estos menesteres, que no eran estrictamente urbanísticos, surgió la protesta desde los órganos de gobierno: «Nos habéis dejado en la estacada».

«Por último, terminado el laborioso proceso de redacción de Planes Generales, muchos de los problemas siguen intactos. Los plazos de resolución, o ejecución de un Plan General son más lentos de lo intuido. En ocasiones se esperaba que fuese una varita mágica que transformara la realidad.

Pero dada la carga burocrática que implica el desarrollo del planeamiento, el Plan llega a percibirse como un obstáculo, en ocasiones un retraso, para gestionar lo que ya está muy claro.»

Ante estos problemas, desde el discurso profesional se tiende mayoritariamente a atrincherarse en el campo más estrictamente profesional del arquitecto urbanista. Esta seguramente no es la respuesta adecuada, pero ahí está la postura a falta de otra mejor.

Desde el punto de vista político hay que insistir en el valor del Plan como instrumento político más que técnico y en el valor de la participación pública como elemento de dinamización social y de información y formación. Igualmente hay que valorar el papel del técnico como inductor, a partir del planeamiento, de una reflexión global en los ayuntamientos, se echa de menos mayor profundización teórica y mayor reflexión sobre la instrumentación de la gestión urbanística.

Hay que señalar la devaluación sufrida por los Planes ante los problemas de coyuntura, a la vez que se destaca como cambio cultural importante que ha permanecido, el Cambio del Plan de Zonificación por el Plan de tratamiento de espacios (a pesar de las falsificaciones y de los problemas surgidos).

La situación pone en guardia ante una «deregulación» o liberalización salvajes frente al Plan; pero, por otra parte, es cierto que existen problemas que tienen su origen en la rigidez (en algunos casos) del planeamiento y en las dificultades de su modificación.

Queda como tema pendiente el análisis del contenido específico de los planes de los 80, de su carácter inicial de respuesta, «curativa» en gran medida, ante situaciones y carencias heredadas y de su evolución posterior hasta pasar a concebirse —incluso con un cierto cambio de perspectiva en el proceso de su redacción— como el «debe ser» o el proyecto global de ciudad.

* **Las citas proceden de la publicación: «Urbanismo y Política Municipal. ¿Nuevo planeamiento frente a la consolidación del Poder Local?» Editada por Ayuso/Fundación de Investigaciones Marxistas, que recoge las ponencias de Eduardo Leira, Bernardo Ynzenga, Carlos de la Guardia, Pedro Díez, Félix Benito, Enrique Bardají y Carlos Sánchez Casas y la introducción de Luis Felipe Alonso Teixidor. El presente artículo intenta subrayar, a partir del propio texto, los conceptos centrales sacados a debate.**

Alfonso Comín OBRAS

(1974/1977)

II

OBRAS DE ALFONSO COMIN

TOMO I

736 páginas. 2.300 ptas.

España ¿país de misión? 1966.

Noticia de Andalucía, 1970.

Per una estrategia sindical, 1970.

Prólogo a las obras de Emmanuel Mounier, 1974.

TOMO II

832 páginas. 2.450 ptas.

Juventud obrera y conciencia de clase, 1974.

Fe en la tierra, 1975.

Qué es el sindicalismo, 1976.

La reconstrucción de la Palabra, 1977.

TOMO III

Cristianos en el Partido, Comunistas en la Iglesia, 1977.

La soledad de la fe, 1978.

Por qué soy marxista y otras confesiones, 1979.

Cuba: entre el silencio y la utopía, 1979.

TOMO IV

España del Sur, 1965.

En preparación tres volúmenes que incluirán colaboraciones en obras colectivas, artículos, prólogos y escritos inéditos.

7 volúmenes

- Formato 14 × 19 cm.
- Encuadernación en geltex rojo estampado en dos colores.

DE VENTA EN
LIBRERIAS

Distribuciones de
ENLACE

BARCELONA

Bruch, 49

Tel. (93) 317 52 66

MADRID

José Celestino Mutis, 4

Tel. (91) 245 99 34

Nuestra Bandera

LA IZQUIERDA

es parte de la historia de las ideas
y de la lucha de los comunistas.
SUSCRIBETE a la revista teórica
y política del Partido Comunista
de España

Nombre

Dirección: Calle

..... n.º D.P.

Población Provincia

Deseo suscribirme por un período de ocho números, renovable automáticamente a partir del número...

SUSCRIPCION POR OCHO NUMEROS

España	2.250 ptas.
Europa y Norte de Africa ..	2.950 ptas.
América y Africa	3.950 ptas.
Asia y Oceanía	4.150 ptas.

MODO DE PAGO (señalar con una cruz):

- Reembolso (sólo para España).
- Talón bancario nominativo a favor de NUESTRA BANDERA.
- Giro postal núm. (adjunto resguardo).
- Recibo domiciliado en cuenta corriente. (En este caso rellenar el boletín adjunto.)

..... de de

Firma

Enviar en sobre cerrado.

BOLETIN DE DOMICILIACION BANCARIA

Dr. Director del Banco (o Caja de Ahorros)

Agencia, con domicilio en

Población D.P.

Provincia

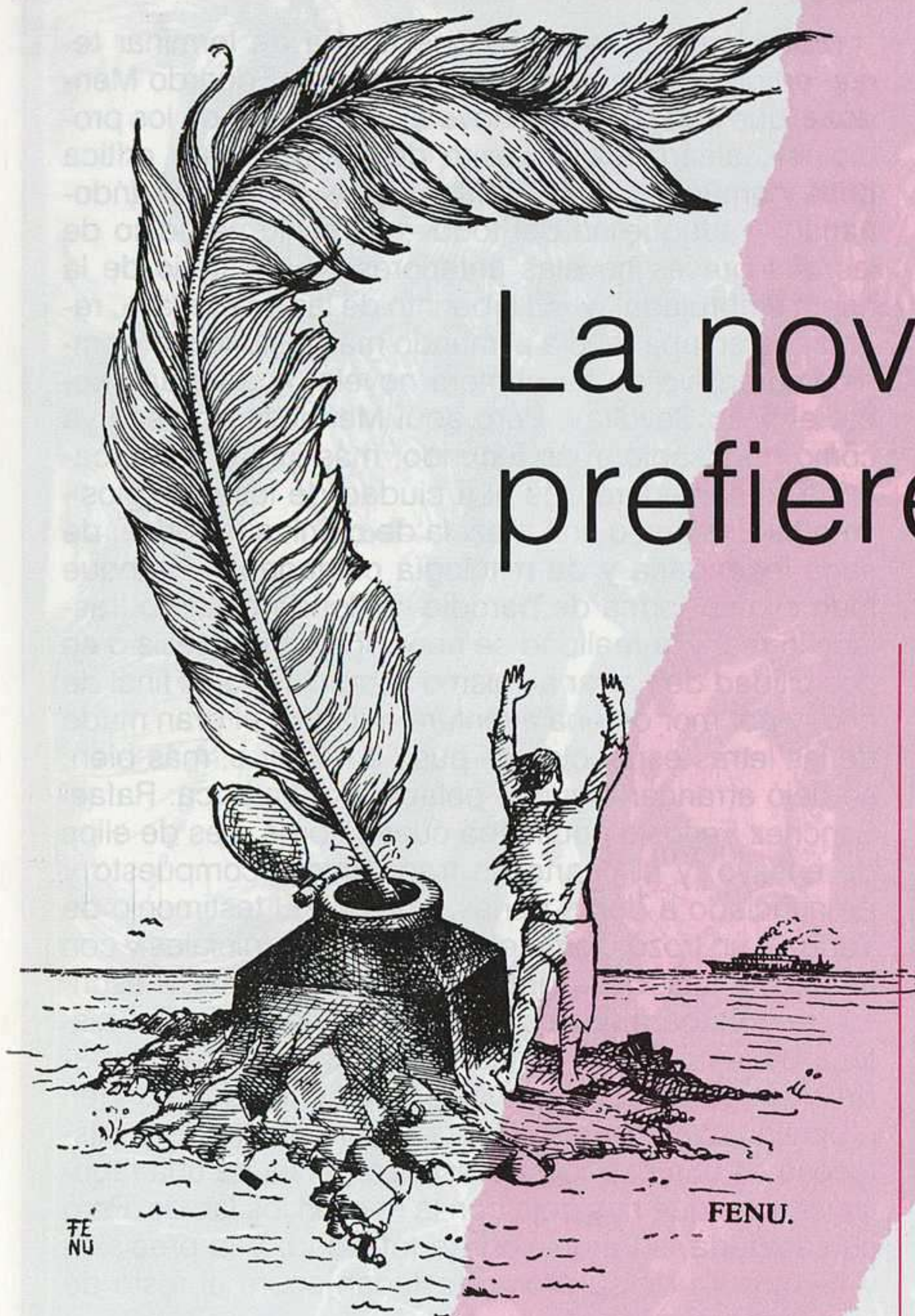
Titular de la cuenta

Número de la cuenta

Les agradeceríamos tomen nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por NUESTRA BANDERA.

..... de de
Firma

Envíe también este boletín a NUESTRA BANDERA:
Santísima Trinidad, 5. Teléf. 446 11 00,
nosotros nos encargaremos de hacerlo llegar a su Banco.



La novela española prefiere el olvido

Rafael Conte



UNQUE al final no lo haya parecido, 1986 no ha sido un año corriente. España ha elegido otra vez un Gobierno del PSOE, pertenecer a la Alianza Atlántica y acercarse a los tres millones y medio de parados. Estas elecciones, a poco más de dos lustros de la muerte natural del general Franco, prueban paladinamente que el país ya no mira hacia atrás, que prefiere olvidar a efectuar cualquier examen de conciencia. Borrón y cuenta nueva, y —una vez más— no me hable usted de la guerra. Y, sin embargo, se cumplían los cincuenta años desde el principio de la Guerra Civil, cuarenta de los cuales el país los ha vivido bajo la dictadura. También se cumplió el medio siglo de las muertes de Valle-Inclán, Unamuno, Ciges Aparicio y García Lorca —asesinados los dos últimos— y el siglo y medio de la muerte de Bécquer, el censor que al final eligió consumirse en su propio e individual holocausto. La historia española no es otra cosa que una larga serie de borrones, a los que suceden las cuentas que nunca son lo suficientemente nuevas.

Latinoamérica

En el terreno de la novela escrita en castellano, aunque del otro lado del Atlántico, el año empezó bajo el impacto del éxito consabido de Gabriel García Márquez y «El amor en los tiempos del cólera», que luego no se repitió. Ni «¿Quién mató a Palomino Molero?», hábil fábula con finales ambiguos de Mario Vargas Llosa, ni ese angustioso examen de conciencia —«La desesperanza»— de José Donoso, ni el bloque implacable e incomprensible de Héctor Rojas Herazo —«Celia se pudre»— lograron traspasar la barrera. El mejor

de todos, Juan Carlos Onetti, publicó algunos cuentos dispersos —«Presencia»—, como Bryce Echenique se volvió a desnudar con los de «Magdalena peruana», de Arreola se publicaba el «Confabulario total», de Borges sus «Textos cautivos», de Julio Ramón Ribeyro sus «Prosas apátridas (completas)», y Adolfo Bioy Casares volvía al tema del amor en «Aventura de un fotógrafo en La Plata». Hubo reediciones de Virgilio Piñera, Augusto Monterroso, Sergio Pitol y Haroldo Conti, el gran «desaparecido». Antonio di Benedetto, que no encontró su sitio ni en España ni en su Argentina natal a su regreso, fallecía después de haber publicado «Sombras, nada más...». Antonio Skármeta fabulaba en torno a la muerte de Neruda y la tragedia chilena con «Ardiente paciencia». Alvaro Mutis rescató a Magroll, el faviero, en «La nieve del almirante». Cristina Peri Rossi publicaba un nuevo volumen de cuentos.

Miguel Barnet, desde el interior de Cuba, «La vida real», nueva novela disfrazada de encuesta antropológica. Santiago Sylvester se acomodaba a la moda española. Luisa Futoransky se lanzaba a tumba tan pequeña como abierta en «De pe a pa», y Raúl Núñez, con «La chica del bar», se plegaba a las necesidades desenfadas y seminegras del mercado español. Los valores están donde estaban.

El bilingüismo

El francoargentino Héctor Bianciotti eligió a Francia de una vez por todas para escribir, publicar y vender «Sans la misericorde de Christ». Jorge Semprún sacó en francés y luego en castellano una de sus novelas mejor pensadas, «La montaña blanca», y Agustín Gómez Arcos no llegó al gran público español con la primera de sus novelas que se publicaba en su país natal, «Un pájaro quemado vivo», que se llamaba libertad, claro está.

Lo mismo que le pasó a Fernando Arrabal con «La piedra iluminada». Y aquí es la frontera la que parece ya no servir de nada, pues la literatura francesa ya no es lo que era en España.

Los premios

En los grandes premios nacionales, Gonzalo Torrente Ballester obtuvo el Cervantes, justo el mismo año en el que, por casualidad, no publicó nada nuevo; pero el premio es merecido. Alfredo Conde, narrador en gallego, se llevó el Nacional de Literatura; Pau Faner —que por una vez dejó de escribir en catalán—, rescató al Nadal con «Flor de sal». Terenci Moix, el Planeta, con «No digas que fue un sueño», a costa de dejar de ser la mitad de sí mismo. Cristóbal Zaragoza, el Plaza y Janés, que sigue sin ser un premio; y Javier Marías obtuvo, enfriando sus amores intelectuales, el Herralde de novela con «El hombre sentimental». Egipto, la Menorca del XVIII y la burla metafísica defendían territorios tan escasamente por no haber quien les atacara.

Los triunfadores

Naturalmente, este año que acaba de terminar tenía, en un principio, un triunfador nato, Eduardo Mendoza, que con su cuarta novela, «La ciudad de los prodigios», alcanzaba un éxito de público y de crítica poco común en estos tiempos que corren. Abandonando —aunque no del todo— su estilo paródico de las dos breves novelas anteriores, «El misterio de la cripta embrujada» y «El laberinto de las aceitunas», regresaba en apariencia al mundo más historicista y omnicomprendido de su primera novela, «La verdad sobre el caso Savolta». Pero aquí Mendoza aparece ya como más sabio, más fecundo, más juglar y abarcador, de tal manera que «La ciudad de los prodigios» se presenta como una mezcla de crónica histórica, de saga legendaria y de mitología ciudadana —aunque todo ello en forma de parodia—, donde el juego trasluce lo real y la realidad se convierte en hipótesis o en posibilidad de narrar al mismo tiempo. Pero, al final de año, y por mor de una aventura editorial, el gran mudo de las letras españolas se puso a hablar o, más bien, se dejó arrancar algunas palabras de la boca: Rafael Sánchez Ferlosio publicaba cuatro libros, tres de ellos de ensayo, y el cuarto un fragmento recompuesto y pronunciado a duras penas, que es «El testimonio de Yarfoz», un trozo, completado con notas iniciales y con un nuevo final, de la gran saga narrativa que el escritor pergeñaba a finales de los años sesenta, «La historia de las guerras barciales». Tal como ha quedado, y sin garantía de que este fragmento tenga origen o continuación precisos, esta fábula abstracta y misteriosa es una especie de esbozo genial de una fabulación total que nos deja con la miel en los labios. Pero su sabiduría, su ambición de totalidad, y la precisión y hermosura de su prosa destacan sobre el resto de los libros del año.

Otro trozo caído del cielo es la narración —o ensayo, no se sabe bien— póstuma de un libro juvenil del desaparecido Miguel Espinosa, «Asklepios el griego», una especie de tratado de educación imposible, con muchos puntos de contacto con la obra citada anteriormente de Sánchez Ferlosio. Estos tres libros dominan el panorama narrativo del año a muchos lustros de diferencia, si acaso seguidos por el nuevo volumen de las «Herrumbrosas lanzas», de Juan Benet, que sigue contando la guerra que nunca fue, aunque se parezca a la que fue, y en el pecado lleva la penitencia.

Algunos clásicos

Entre nuestros mayores, Cela publicó su «Nuevo viaje a la Alcarria», menos dinámico que el primero. Gironella prosiguió veinte años después su mejor saga con «Los hombres también lloran», muy lejano de sus primeros aciertos, y Miguel Delibes, con «El tesoro», se limitó a una realidad más breve y más ceñida. García Serrano se alambicaba hasta la exasperación en una obra frustrada más por el odio que por la propuesta, «V Centenario». Elena Soriano testimoniaba su tragedia personal en «Testimonio materno», y se rescataban varios libros del exilio interior y exterior: «Histo-



las revistas de Fábrega. También se hizo José de
tes en una nación distanzada de ensayo. «La ne-
tusa» y Miguel Sánchez Oatis nos daba sus reflexio-
do entre el periodismo, la política y lo erótico con «La
nura del dragón». Juan Luis Cebalán se lanzaba al nue-
ciorgaba su pequeña prehistoria literaria en «La ter-

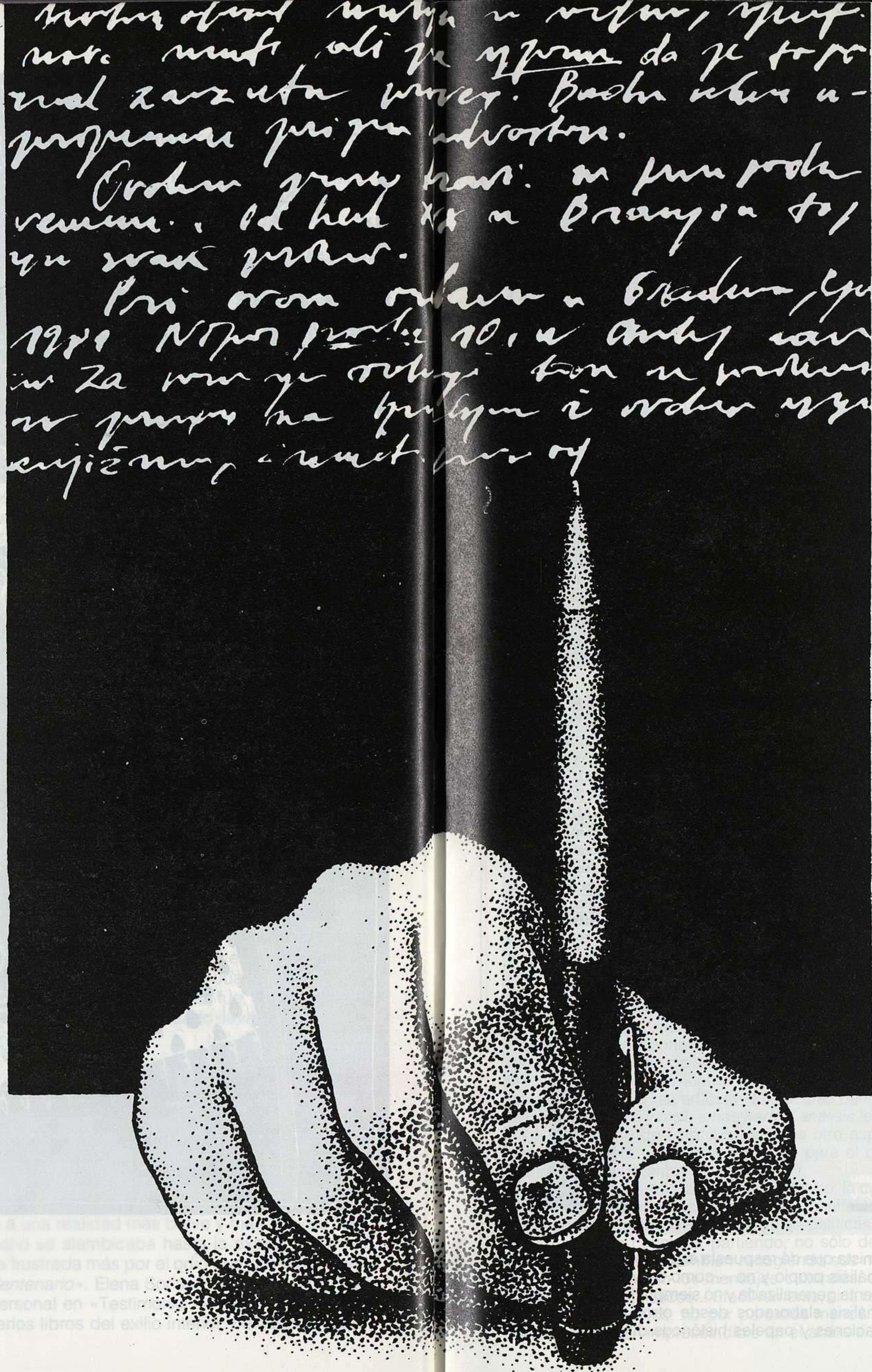
rias de una historia», de Manuel Andújar; «Cumbres de Extremadura», de Herrera Petere; «Cuentos sobre Alicante y Albufera», de Jorge Campos, y la última novela de la saga de Virgilio Botella Pastor. Junto a ello, en castellano y catalán, se recuperaba la obra póstuma de Mercè Rodoreda, «La muerte y la primavera». Y, finalmente, un intelectual y editor de esta generación se estrenaban, con inocencia y dignidad, como narrador, José Ortega Spottorno, con «El área remota».

Juan Goytisolo ha proseguido sus textos autobiográficos con «En el reino de Taifas», aunque con menor repercusión. Antonio Prieto reeditó la digna «Secretum». Cristóbal Zaragoza ganó el premio Plaza y Janés con una novela olvidable, mientras Vicente Soto quedaba finalista con otra poco recordable. Teresa Pamies testimoniaba a «La chivata», Sánchez Dragó fracasaba con «Las fuentes del Nilo» y Leopoldo Azancot no llegaba con su «Jerusalén, una historia de amor», donde judaísmo y amor rayaban en el paroxismo. Fernando Fernán-Gómez nos daba una excelente fábula, su «Viaje a ninguna parte»; Josefina Aldecoa seguía testimoniando su generación, así como Antonio Rabinad —«La transparencia», buena fábula—, o José Luis Castillo Puche y Ramón Hernández o Francisco Umbral, que seguía insistiendo en su misma línea. De ella se separaba Carlos Pujol en «La noche más lejana». Pero pocos se dieron cuenta.

Los nuevos

Nuevas novelas ha habido a toneladas. Más de 100 volúmenes acaso, cerca de 150 han dicho otros. Lo lamento: yo sólo he podido leer 82. Nuevos libros de Ana María Moix, Felipe Mellizo, Carlos Trías, Ester Tusquets, Jesús Alviz, Gonzalo Torrente Malvido, Miguel Veyrat, F. J. Satué —que está empeñado—, Rafael Argullol, Sáenz de la Cadena, Saladrigas, Fernando Márquez, Conget, Savater, Latorre, Miñana y Benzo. Luis Antonio de Villena recreaba su mundo con la historia literaria en «En el invierno romano», Alvaro del Amo seguía insistiendo en su expresionismo vanguardista en «Libreto», Antonio Colinas intentaba reconvertir su poesía en prosa en «Larga carta a Francesca», y Lourdes Ortiz sensibilizaba sus «Arcángeles». José Antonio Gabriel y Galán conseguía con «El bobo ilustrado» su mejor novela.

Alejandro Gándara presentaba su «Punto de fuga» a la incompreensión general, Félix de Azua contaba con ella en «Historia de un idiota contada por él mismo», Adelaida García Morales divagaba en «El silencio de las sirenas», Julián Ríos enmudecía en «Poundemonium», Juan Pedro Aparicio ironizaba sobre «El año del francés», Jesús Pardo proseguía su serie en «Cantidades discretas» e Ignacio Martínez de Pisón nos otorgaba su pequeña prehistoria literaria en «La ternura del dragón». Juan Luis Cebrián se lanzaba al ruedo entre el periodismo, la política y lo erótico con «La rusa», y Miguel Sánchez Ostiz nos daba sus reflexiones en una narración disfrazada de ensayo, «La negra provincia de Flhubert». También lo hizo José Ji-



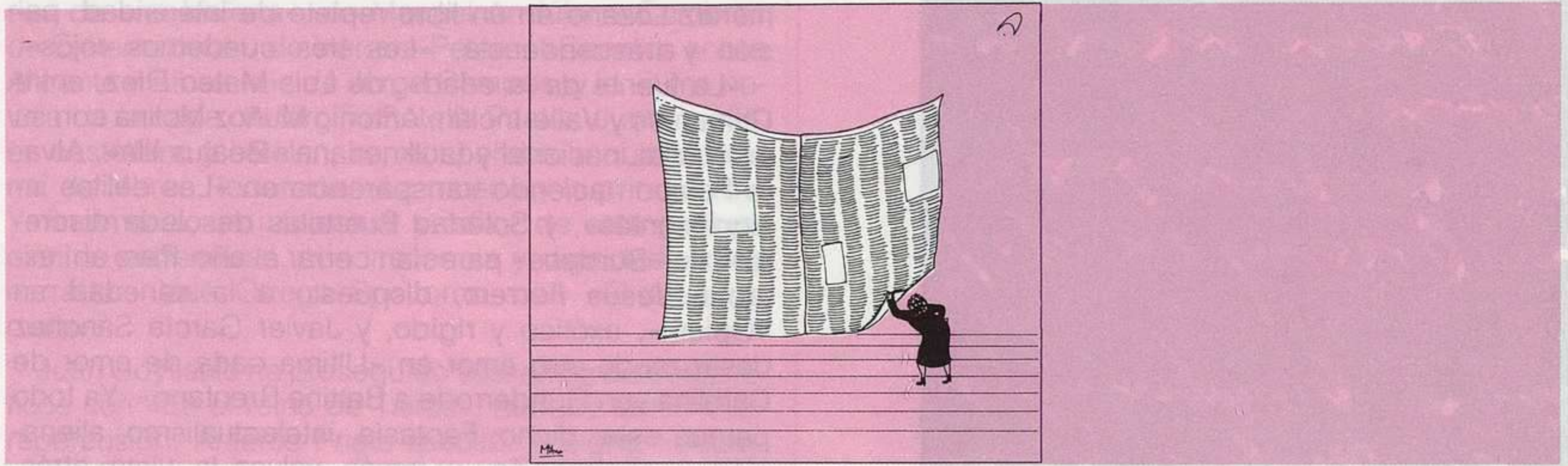
ménez Lozano en un libro repleto de intensidad, pasión y trascendencia, «Los tres cuadernos rojos».

«La fuente de la edad», de Luis Mateo Díez, entre Cervantes y Valle-Inclán, Antonio Muñoz Molina con su provincial, nacional y faulkneriana «Beatus Ille», Alvaro Pombo haciendo transparencia en «Los delitos insignificantes», y Soledad Puértolas desolada discreción en «Burdeos» parecían cerrar el año. Pero ahí estaban Jesús Ferrero, dispuesto a la seriedad en «Opium», exótico y rígido, y Javier García Sánchez destrozando otro amor en «Ultima carta de amor de Carolina von Günderrode a Bettina Brentano». Ya todo parece estar dicho. Fantasía, intelectualismo, alienación y abstracción, y jamás volver la vista atrás.

Los géneros

Pero faltaban los géneros, o subgéneros. El erotismo desenvuelto —pero nunca rebelde— de María Jaén —«El escote»—, de Mercedes Abad —«Ligeros libertinajes sabáticos»—, de Manuel Hidalgo con su «Pecador impecable»; menos mal que Maruja Torres le echó más dosis de parodia que de imaginación en «Oh, es él», donde su autocritica no está a la altura de sus dotes expresivas. Y los policíacos, claro está, los cultivadores de la llamada novela criminal, o novela negra, que ya no es a estas alturas sino una fórmula para muchos de ellos. Algunos se salvan por su intento sociológico, como Manuel Vázquez Montalbán en «El balneario», los restos de un Carvalho que da sus últimas boqueadas, o Juan Madrid, que tiene ambiciones barojianas: «Regalo de la casa». Javier Martínez Reverte se pasa al género del reportaje periodístico plagado de buenas intenciones, pero nada más. Andreu Martín se despeña en la fórmula, por bien que lo haga, mientras los demás se muestran más satisfechos de lo que debieran, como Julián Ibáñez, Fernando Martínez Laínez, Carlos Pérez Merinero —que hasta le echa porno duro a ver si lo salva, pero ni aun así— o Pedro Casals, que rozó un Planeta: se lo merece.

Sí, ha sido el cincuentenario de la Guerra Civil, algunos lo han testimoniado —dos o tres—; otros lo han recordado —no más— y algunos se inquietan de su sombra, pero la inmensa mayoría quiere olvidar desesperadamente, y se drogan con una literatura insignificante. Los mejores libros pertenecen a un muerto —Espinosa—, a un mundo que no quiere dejar de serlo —Sánchez Ferlosio— o a un calculador enmascarado como Eduardo Mendoza, a pesar de su calidad. Algún joven romántico se salvará al final, depende de él, claro está, de que no olvide, o de que se atreva a reconstruir nuestros olvidos. El resto es palabras, palabras, palabras. Esto es, silencio.



Desde el feminismo

De la igualdad y la diferencia

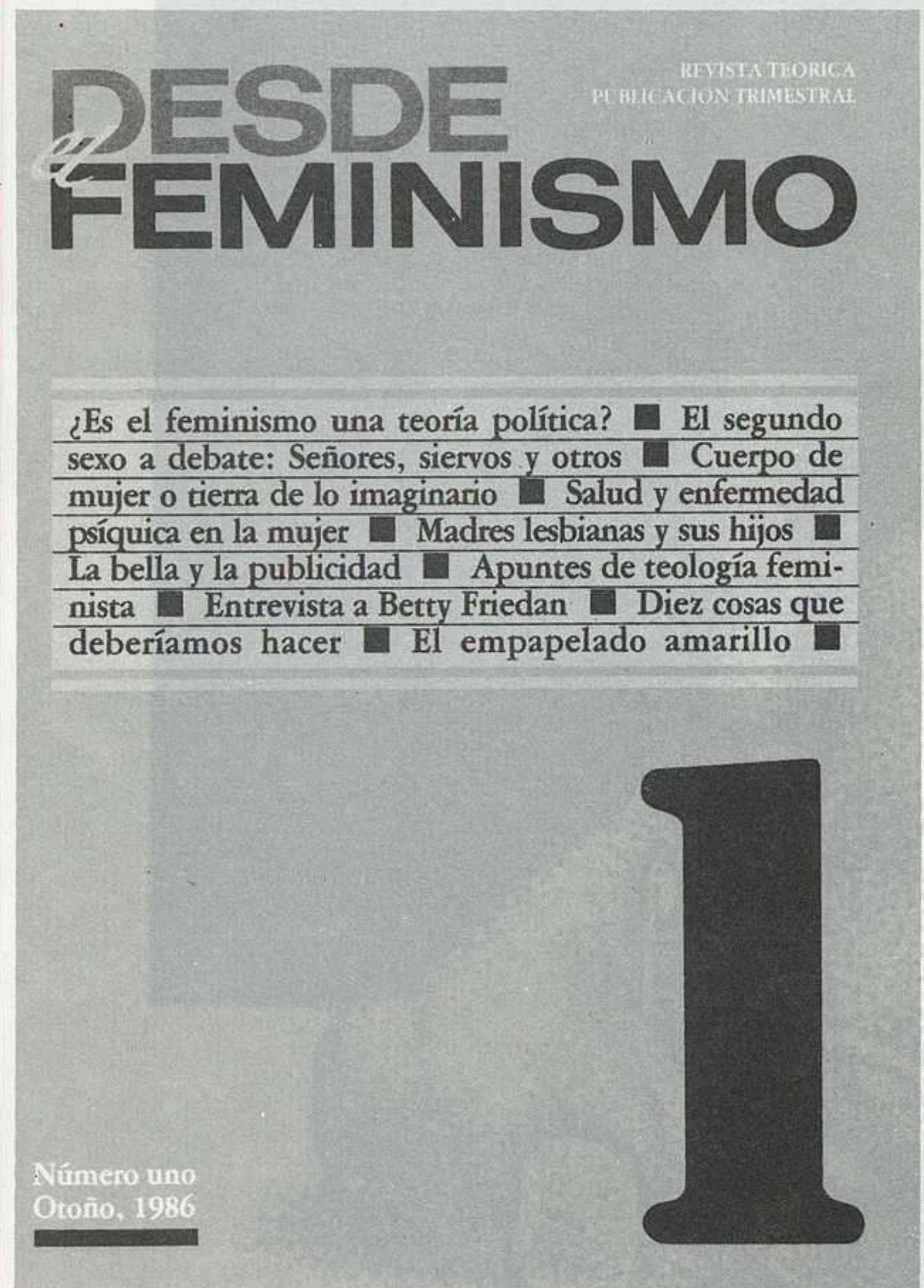
Rosa Pardo

80

Antes de enjuiciar los dos números que hasta el momento conocemos de la revista «Desde el feminismo», celebrar su existencia. Hay pocas publicaciones feministas en España y menos aún orientadas a fomentar el debate. Es una tarea ardua en un momento en el que, en mi opinión, la profundización y discusión en torno a la política feminista está empobrecida y languidece; circunscrita casi en exclusiva a círculos muy reducidos con escasa proyección pública.

La acertada combinación en la revista de artículos de fondo sobre política feminista con otros análisis de aspectos parciales o de divulgación cultural, me parece loable. En palabras explicitadas en la presentación del n.º 0 quedan claros los objetivos: «Cada día se evidencia más la necesidad de una revista teórica que se proponga contribuir, desde el grupo social mujer, a la crítica de la cultura patriarcal. Ese quiere ser el espacio de esta revista, partir desde el feminismo, desde la ideología feminista como instrumento de análisis para el conocimiento y transformación de la realidad». La crítica y análisis de la cultura patriarcal de fondo, y su concreción a partir de los grandes temas de debate actual, son sin duda sus logros más significados.

Superar en este momento el análisis un tanto rebasado en torno a las corrientes ya históricas de los llamados feminismo socialista y feminismo radical, para resituarlo en las diferencias y matices entre el feminismo de la igualdad y el feminismo de la diferencia, me parece una aportación importante al debate. Efectivamente, las diferentes tomas de posición y análisis, consecuencia de los posicionamientos del feminismo socialista y el feminismo radical ante el grupo social de las mujeres, ha supuesto, en muchos casos, planteamientos en mi opinión escorados respecto al derecho a la igualdad socio-política de oportunidades por una parte, y el excesivo énfasis en la diferencia bio-social por otra. Ni un aspecto ni otro, tomados aisladamente, clarifican, pienso, la posición polí-



tica feminista que dé respuesta al grupo social mujer desde un análisis propio y no —como es una tendencia excesivamente generalizada y no siempre fructífera— a partir de análisis elaborados desde otros grupos sociales con situaciones y papeles históricos diferentes. Tampoco



co se trata —como apunta Celia Amorós en su artículo «¿Un movimiento social sólo?, ¿Un movimiento social más?»— de que las pretensiones del feminismo, entendido como revolución radical, «tenga alternativas para todos y cada uno de los problemas planteados en nuestra sociedad cada vez más complejos». El reto es otro, la respuesta propia a una opresión propia: la opresión patriarcal teniendo en cuenta asimismo su especificidad innegable, el carácter ancestral y prototípico del patriarcado.

Otro debate importante para avanzar hoy en la elaboración de una política feminista y que también recoge con acierto la revista que comentamos, es la contraposición diferencia-igualdad exacerbada en la contraposición cultura-hombre con naturaleza-mujer que, en último extremo sitúa al feminismo en un callejón sin salida ya que se parte de análisis parciales de la realidad de las mujeres y con un riesgo adicional no despreciable, la posibilidad de un nuevo modelo de agresión sexual que puede convertirse en una nueva fuente de opresión, como señala Raquel Osborne en su artículo «El discurso de la diferencia: implicaciones y problemas para el análisis feminista».

La superación de esta dicotomía es otro aspecto del debate feminista pendiente y urgente para el desarrollo teórico del Movimiento.

Y todo ello con una perspectiva de fondo: la cultura patriarcal en sus diferentes expresiones, manifestaciones y adecuaciones a las demandas socio-políticas del momento histórico concreto; partiendo, no sólo de sus aspectos teóricos, sino también recogiendo sus manifestaciones cotidianas, en los mensajes culturales, artísticos, publicitarios, lingüísticos... Efectivamente, si la revista obviase estos aspectos, no por parciales menos incisivos, faltaría una visión imprescindible en el análisis feminista,

la concreción y plasmación del patriarcado que, para afianzarse, necesita de dos pivotes básicos: impregnar la vida cotidiana y adecuar su mensaje a la demanda social actual.

Romper el ghetto

Aportar también visiones literarias propias o enjuiciar desde otros presupuestos las diferentes expresiones culturales, es otra aportación de «desde el feminismo». No es posible, creo, combatir una concepción de la vida y de la cultura sólo a través de la crítica hacia ellas, es necesario además mostrar ejemplos, hacer públicas otras formas de expresión que parten de un enfoque diferente y manifiestan otras alternativas de utilización del lenguaje para explicitar la realidad, la concepción cotidiana de la vida desde otros presupuestos y enfoques diferentes a los que emanan de la concepción dominante del mundo. Me refiero a las secciones de cuentos, rememoración de figuras históricas femeninas, mitología, entre otras. Eso es también hacer política feminista desde el feminismo e intentar —muy importante— que trascienda del ámbito del Movimiento. Es urgente irrumpir en la esfera de lo público y hacerlo desde una perspectiva propia.

Romper el ghetto, la discusión endocéntrica, la no irrupción en el espacio ocupado por los valores genéricamente masculinos, es un compromiso ineludible del feminismo hoy. A romper esta tendencia contribuye sin duda la revista que ahora empieza su andadura y cuya continuidad es responsabilidad de todas aquellas mujeres que estamos comprometidas en la elaboración de una política feminista propia y empeñadas en que la revolución feminista sea un elemento incuestionable para la transformación de la sociedad hacia presupuestos de liberación.

Quizá hay algunas lagunas que podrán subsanarse en los próximos números y que son también debates, si no globalizadores, sí con suficiente entidad para el feminismo.

Me refiero a temas que han irrumpido ya en nuestro mundo y ante los que el feminismo debe tener una opinión propia: las nuevas técnicas reproductivas, la masculinización creciente, nuestra visión del ocio, el nuevo machismo emergente, entre otros. Es necesario —estoy segura— contribuir a extender estos debates para que todos los aspectos que expresan la nueva cara del patriarcado tengan una respuesta feminista.

En definitiva, un parabién a la revista que, en palabras contenidas en su presentación, «surge de la reflexión y el trabajo en común de un grupo de mujeres proveniente del movimiento feminista... y abierta a todas las tendencias del MLM.»



Vivencias de la guerra civil

Santiago Alvarez

Se me ha pedido que redacte unas notas explicativas del contenido de mis memorias sobre la guerra civil, cosa poco usual y para mí un tanto incómoda. Pero trataré de cumplir lo que se me ha solicitado.

En algunos de los actos de presentación de la obra he dicho que se trata de una película de la guerra civil. Lo creo así porque la acción empieza en Madrid, en vísperas de la sublevación, y termina en Francia, cuando, perdida ya Cataluña, la sublevación de Casado Besteiro-Mera asestó la última puñalada a la resistencia republicana.

Ahora bien, entiéndase la definición: no se trata de una película de ficción, fuera de la realidad, sino de una *película reportaje*. Porque prevalecen en ella la objetividad y el rigor en el enfoque de los hechos.

Esa película pasa, en el tiempo, por los momentos de la sublevación y su derrota en Madrid, por la organización de las milicias gracias a la movilización del pueblo, la creación del 5.º Regimiento, las primeras luchas milicianas en la sierra, etcétera. También se trata en ella el intento de compromiso con los rebeldes el 19 de julio, su fracaso y la sucesión de los gobiernos Casares, Giral, Largo Caballero y Negrín.

El libro no es únicamente una crónica militar. Contiene mis propias vivencias y, en gran medida, mi ejecutoria, pero también una explicación de los acontecimientos políticos y militares.

En lo militar, el libro refiere los combates de Seseña-Esquivias, al acercarse los franquistas a Ma-

drid, cuando las milicias comienzan a ser Ejército Regular; la defensa heroica de la capital, decisiva para la posterior resistencia de 30 meses, y las grandes batallas del Jarama y Guadalajara. En la primera batalla fracasaron los nuevos intentos del enemigo por cercar Madrid por el sur, y en la segunda logramos derrotar a todo un ejército de 70.000 hombres enviado por Mussolini para ayudar a Franco.

Los combates en el Cerro Garabitas, en Sur del Tajo, y, poco después, en julio de 1937, la durísima batalla de Brunete encuentran también en el libro el espacio correspondiente.

En él se relatan, asimismo, los sucesivos y duros combates de Quinto-Belchite y Fuentes de Ebro, y después la gran batalla de Teruel. Sigue el relato del hundimiento del Frente de Aragón y, tras él, los combates del Col de Balaguer y la preparación y realización de la batalla del Ebro. A esta batalla, la más importante y decisiva de la guerra, con sus decenas de miles de bajas y sus cuatro meses de duración, se dedican dos capítulos. En su curso tuvieron lugar además dos acontecimientos que no cabía pasar por alto: la capitulación en Munich, frente a Hitler, de las democracias occidentales, factor decisivo para estrangular-



nos, y la retirada de los restos de las heroicas Brigadas Internacionales.

En el orden militar, la obra termina al finalizar nuestra resistencia en Cataluña y producirse nuestro paso a Francia.

Pero si he sido prolijo en la descripción de los combates, debo señalar que el libro presta atención a los aspectos políticos de la guerra, tanto por su referencia a los Plenos del Comité Central del PCE de marzo, junio y noviembre de 1937, como por el esfuerzo de análisis del conjunto de la situación política.

Uno de los temas que se abordan en esta obra es el de Aragón (al que antecede cronológicamente la referencia a los sucesos de mayo de 1937 en Cataluña). Los hechos en sí, la obligación en que nos vimos de afrontarlos, con todas sus consecuencias, y nuestra airosa salida de la prueba, creo que revisten indudable interés.

Hay otros tres problemas que también reputo interesantes para muchos lectores, particularmente para los jóvenes, el de las Brigadas Internacionales, el del papel de los comisarios políticos y el del mando único.

Finalmente, se aborda la dimensión internacional de nuestra guerra, como un poderoso estimulante de la conciencia universal en la lucha contra el hitlerismo, lo que representó una contribución importantísima a su derrota en 1945. El libro se cierra con la siguiente conclusión: «En suma, es un hecho histórico que nuestra resistencia representó un detonador de relieve mundial, cuya onda expansiva antifascista abarcó al planeta entero. En virtud de esa trascen-

dencia, me atrevo a afirmar que dicha resistencia fue la aportación más importante que realizó España a la causa de la humanidad desde que Colón descubrió, hace ya cinco siglos, las tierras de América».

No es que con esta afirmación equipare nuestra resistencia y el descubrimiento de América. Lo que sí afirmo, sencillamente, es que la resistencia antifascista española fue, desde el descubrimiento, la aportación más importante que realizó España a la causa de la Humanidad.



GUERRA CIVIL 1936-1939.
«YO HE SIDO COMISARIO
POLITICO DEL EJERCITO
POPULAR». Ediciós Do Castro

Nuestra Escandora